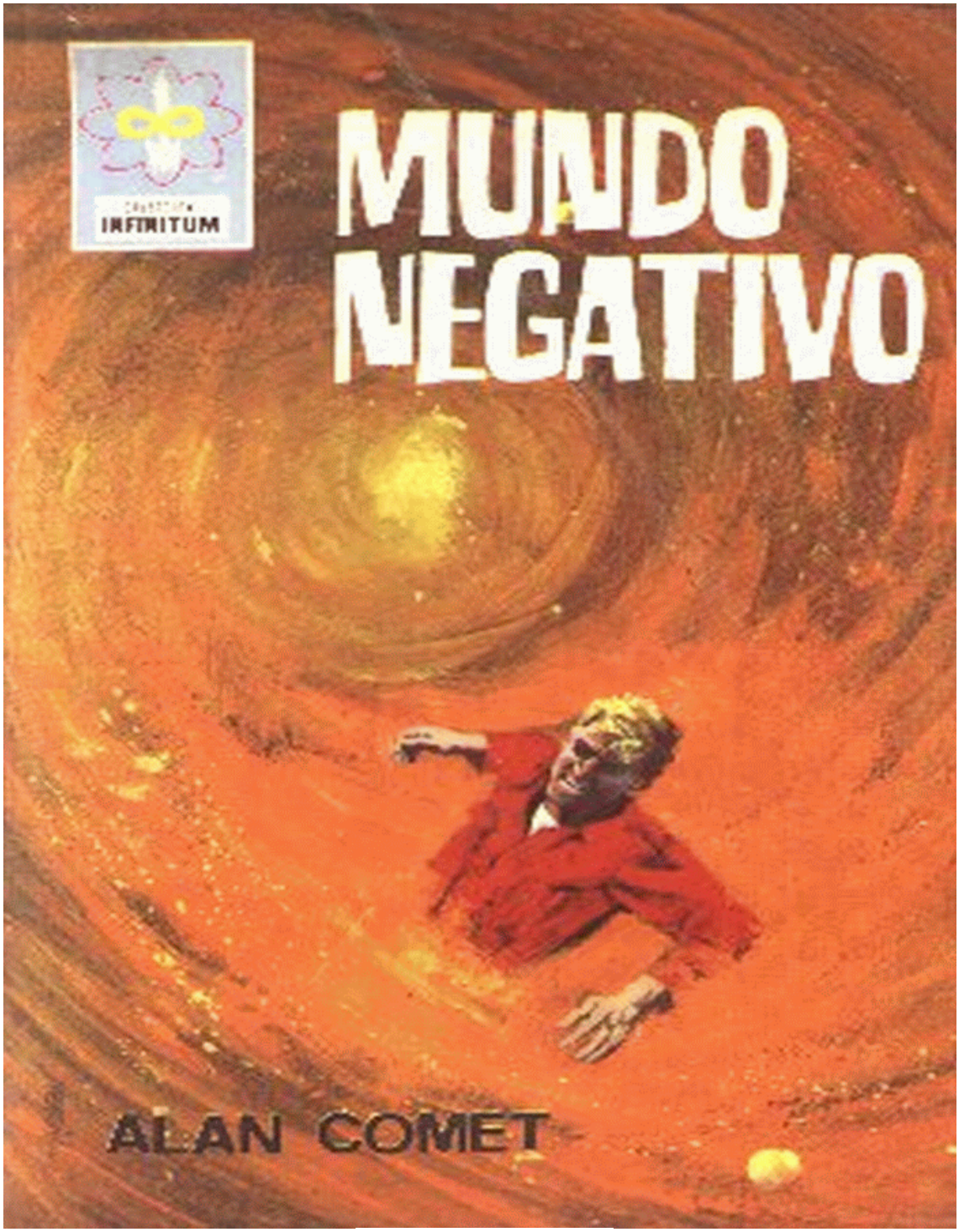
MUNDO NEGATIVO
Alan Comet



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Cruzó la calle...

Todavía llevaba el cigarrillo en los labios. El hálito del tabaco ponía un gusto dulzón en su boca. No era aquel pitillo como los que había fumado, ansiosamente, durante la tarde. No.

Volvía a ser el mismo tabaco de siempre, quizás un poco más dulzón que de costumbre. Como si unas gotas de miel corriesen entre las finas y doradas hebras.

Cuando llegó al centro de la calzada, volvió la espalda, esbozando una sonrisa.

El alto edificio de la clínica se elevaba allí enfrente, cuarenta pisos sobre el nivel del suelo, como una torre de acero, de aluminio y cristal en cuya superficie se reflejaban las lejanas luces parpadeantes de las estrellas. Se dijo que era un hombre. Un hombre feliz.

En los veinticinco años de existencia, aquélla era la primera noche que se sentía verdaderamente hombre, como si la humanidad que había representado hasta entonces hubiera estado mutilada, incompleta...

¿Era tan emocionante tener un hijo? Sonrió de nuevo.

Seguía en el centro de la calzada, mirando las ventanas más altas de la clínica, exactamente donde se encontraba la sección de Maternología. Allí, en un lecho, estaba Jennifer, su esposa.

Y junto a ella, en una minúscula cuna, unas cuantas libras de carne rosada, dos puños tan cerrados como los ojos; una vaga sonrisa en unos labios que dibujaban como una pequeña herida en el rostro del bebé. Su bebé.

Sí. No había error alguno. El ser padre completa al hombre. Quizá, como dijo alguien —y ahora no recordaba si exactamente habían sido los árabes—, un hombre no lo es de veras hasta que ha tenido un hijo, ha plantado un árbol y ha escrito un libro.

"Me faltan dos de las condiciones", se dijo, girando sobre sus talones.

Echó a andar, pero muy despacio. Había visto, desde la puerta de la clínica, el letrero luminoso del bar, en la acera de enfrente. Y estaba dispuesto a tomar un trago antes de regresar a su casa.

Todavía no había escrito el libro, aunque era periodista, pero terminaría haciéndolo.

Y en cuanto Jennifer y el niño estuvieran fuera de la clínica, adquiriría aquella casa, en los alrededores de la ciudad. Y plantaría un árbol. Se echó a reír.

No era que fuese supersticioso, ni pensara en que los refranes orientales expresasen una verdad irrefutable. Pero la idea le gustaba, como si comprendiera que dar vida a un niño, darla a un árbol y hacer que un libro naciese eran cosas ciertamente hermosas.

Un niño y un árbol crecen. También un libro.

Porque un libro hunde sus potentes raíces en cuantos lo leen. Y bebe de ellos las hondas sustancias de la vida de cada uno. En realidad, no sólo el autor escribe el libro. Lo hace cada persona que recorre sus páginas, como si la creación estuviese repartida entre todos los que aman una sola cosa. Arrastraba los pies por la calzada, como si no quisiera apartarse demasiado ni de la clínica ni de sus pensamientos.

Y es que se sentía enormemente feliz. Un hijo. Acababa de lanzar, con

el nacimiento del pequeño, un pedazo de su propia carne hacia el futuro.

Era como si hubiera logrado proyectar hacia el porvenir su propia vida, burlándose del fatal final de su limitada existencia. ¿No estaban en él todos los seres que le habían precedido?

A veces, cuando se dejaba arrastrar por aquella clase de elucubraciones, se sentía unido a sus antepasados más remotos, como si fuera capaz de recorrer, en marcha inversa, el largo camino que le separaba de los primeros hombres.

¿No se había estremecido, a veces y muy a su pesar, al oír el estrepitoso fragor de un trueno? Igual que debieron hacerlo los hombres de las cavernas, sus antepasados, antes de que dejaran de levantar la cabeza hacia el cielo y echarse a temblar.

Siguió cruzando la ancha avenida. No vio el coche.

Hubiese sido incapaz de ver cualquier cosa. Estaba tan profundamente ensimismado que había perdido todo contacto con la circunstancia, como si hubiera roto definitivamente las amarras que le mantenían unido a su universo.

¿Fue acaso una intuición? No hubiera podido decirlo.

De la misma manera que no se apercibió de que el vehículo, conducido por un trasnochador borracho, se le echaba encima, tampoco habría podido percatarse de que estaba acercándose a "una situación límite".

Y aunque se lo hubieran dicho... ¿lo habría comprendido? ¡*No*!

Por eso, cuando el guardabarro brillante del coche, lanzado a toda velocidad, lo tiró hacia arriba, como en un descomunal zarpazo, Lionel Walter estaba pensando, con una sonrisa en los labios, en un hombre que, con un hacha de piedra pulimentada en la mano, vigilaba la marcha de un gigantesco animal de épocas remotas.

Era inútil que suplicase.

En la inmensa galería, bajo el atronador rugido de las máquinas, hubiera tenido que gritar, sin la esperanza de que nadie le oyese. ¡Y si hubiera podido escapar!

Pero aquello no era más que estúpida ilusión. No tenía más que llevarse la mano a la cabeza, tocar con las yemas de los dedos la región situada inmediatamente encima de la nuca, para que entrase en contacto con la placa...

Si se atreviera a alejarse sólo un poco, saliendo por una de las puertas de la factoría, que nadie se molestaba en cerrar, el "contador electrónico", situado en el cuerpo de guardia, comunicaría inmediatamente que uno de los empleados se alejaba. ¡Empleados!

Esclavos. Eso era lo que eran. Vulgares y desdichados esclavos, a los que ya no era necesario sujetar con cadenas y grilletes.

Desde el momento en que cumplían quince años, pasaban unas semanas en las salas de la clínica. Allí, sometidos a una hibernación total, se les operaba, abriéndoles el cráneo para colocar en el interior de su cerebro aquel minúsculo receptor.

¡Era como si llevasen al "Amo" dentro de la cabeza!

Claro que, por fortuna, aquel maldito y endemoniado aparato era incapaz de inmiscuirse en las ideas del que lo llevaba. ¡No hubiera faltado más que eso! Pero era igual.

Ahora mismo, cuando Lionel había dejado de vigilar los computadores de la máquina, absorto en sus propias ideas, sintió un calambre en el interior de su cerebro, que le obligó a ocuparse de su trabajo con la misma intensidad que antes.

¿Para qué necesitan los "Amos" a los guardianes, a los vigilantes, a los portadores de los "chorros tetanizantes"? ¡Maldita sea!

Jennifer debía estar pasando un mal rato. En aquel minúsculo cubículo, en el bloque 654, apartamento 654.987, la pobre debía retorcerse, sin ayuda alguna, abandonada como un animal.

Lionel había esperado que su vecina, Helen Spencer, coincidiese en su maternidad con Jennifer. Pero no había sido así.

Helen dio a luz una hermosa niña una semana antes. Y Jennifer, que esperaba su primer hijo, estaría sola, en aquella estufa de su apartamento, apretando un pañuelo con fuerza, quizá mordiéndolo, con los ojos dilatados por un horror inconcebible.

Nada importaba a los "Amos" que un niño muriese.

Nacían demasiados. Y nuevas ciudades, con nuevos bloques, colmenas inhumanas, brotaban sobre la tierra como hongos después de unos días de lluvia.

Seiscientos millones de seres trabajaban sin descanso, guiados por los aparatos receptores que llevaban en el interior de sus trepanados cráneos. Seiscientos millones.

Todo lo que había quedado de una humanidad que se deshizo, quince años antes, en una estúpida guerra nuclear.

Nada se sabía de lo que quedaba en gran parte del mundo. Europa, Asia y África no eran más que un desierto sobre el que soplaban tormentas que, en vez de arena, llevaban en su seno partículas radiactivas. Oceanía había sufrido de igual manera.

Todavía no podía explicarse cómo América, sobre todo la parte septentrional, había escapado a la Gran Hecatombe.

Pero aquello había dejado de preocupar a Lionel hacía muchísimo tiempo. *Jennifer.*

Eso era lo que le torturaba ahora. Una vez más, empujado por el mundo de ideas contradictorias que poblaban su mente, abandonó un tanto su trabajo. Y de nuevo, con una intensidad dolorosa, que le hizo entornar los ojos, el calambre se reprodujo en el interior de su cabeza. ¡Malditos!

Se habían servido de sus inventos demoníacos, de sus diabólicas técnicas para convertir a los supervivientes de la guerra nuclear en meros esclavos. Pero, entonces, ¿por qué no les arrancaron la totalidad del cerebro?

¿Por qué dejaron que siguieran pensando, sintiendo, como lo hacían antes?

¿No hubiese sido más sencillo anular en ellos todo lo que tenían de humanos, todo lo que poseían de seres conscientes y racionales?

No hay peor esclavitud que la del que puede pensar, razonar y que,

sin embargo, no tiene medios para reaccionar contra el "Amo" que le oprime.

Lionel se dijo que los antiguos esclavos, sobre todo los negros que fueron llevados a América por los "mercaderes de ébano", no habían conocido aquella infelicidad que él experimentaba.

Por fortuna, la ignorancia, el temor y la superstición les cubrieron con un magnífico manto protector. Sólo más tarde, cuando se percataron de la maldad de sus raptores, de la estupidez e ignorancia de sus amos, sufrieron al verse sometidos bajo la férula de criaturas que, las más de las veces, eran inferiores a ellos mismos.

De nuevo llegó hasta el cerebro de Lionel el doloroso calambre. Estaba descuidando su trabajo.

Temiendo que el cerebro electrónico de la sala de guardianes contabilizase fríamente sus errores, volvió a su labor con denodado ahínco, ya que no deseaba, en modo alguno, ser castigado. ¡Sobre todo en aquellos momentos!

Faltaban cuatro largas horas para que el trabajo terminase, para que la jornada más larga de su vida tocase a su fin.

Entonces, utilizando el primer tren subterráneo, correría hacia su casa, con la esperanza de poder servir de algo a Jennifer.

Una oleada de dulzura le envolvió.

Al lado de aquella deliciosa muchacha, a la que se había unido hacía apenas un año, había experimentado algo completamente nuevo e inédito para él.

Ni siquiera envidió a los poderosos a los que nunca veía, a los que habitaban las luminosas ciudades de tierra adentro, lejos de las playas a las que aún solían llegar, de tiempo en tiempo, nubes cargadas con una dosis relativa de radiactividad.

Ellos, los "Amos", vivían en suntuosos palacios, protegidos de todo lo que desde fuera podía constituir el menor peligro para sus preciosas existencias.

Movió la cabeza de un lado para otro.

La guerra lo había destruido todo: no sólo grandes continentes, ciudades hermosas, recuerdos históricos inapreciables. También había terminado con la libertad.

Las placas que todos los modernos esclavos llevaban en la parte posterior de la cabeza, cubriendo el aparato que ocupaba una parte de su cerebro, les había convertido en una nueva clase de sumisos y obedientes esclavos.

Una manada de siervos para los que no podía haber esperanza alguna.

Eso era precisamente lo que más le dolía.

Ahora, que la vida iba a darle un hijo, se estremecía de pavor al imaginar que el destino de aquella criatura, y de sus propios hijos, sería igual al suyo.

Un destino de esclavo, en un mundo caótico, implacable, bajo la férula de unos "Amos" a los que nadie había visto jamás. Intentó seguir trabajando.

Pero por más esfuerzos que hacía por coordinar los movimientos,

ante la poderosa máquina que estaba a su servicio, no consiguió reconcentrarse plenamente.

Era completamente imposible dejar de pensar en la pobre Jennifer.

Jamás se había sentido tan amargado como en aquellos instantes. Conocía perfectamente el estado de rebeldía de muchos de aquellos hombres que trabajaban a su lado, en las inmensas galerías de la gran fábrica de artículos sintéticos.

Pero de nada sirvió el que, de vez en cuando, surgiera un chispazo que mostrase el deseo de recobrar una libertad que, en realidad, ninguno de aquellos hombres, así como ni sus padres ni sus abuelos, habían conocido más que de nombre.

En la Sala de Control de la gran fábrica, Donald Kramer y Fred Lester, los dos vigilantes, fumaban cigarrillo tras cigarrillo.

Ellos pertenecían a la clase privilegiada de los "Épsilon", más conocidos con el nombre de "Intermediarios".

Los hombres que trabajaban en las galerías de todas las fábricas, extendidas sobre aquel único continente que había sobrevivido a la gigantesca catástrofe de la guerra nuclear, llevaban el nombre de "Omega".

Pero, a pesar de su apariencia de hombres listos, los "Intermediarios" estaban también trepanados.

Lo único que les diferenciaba de los "Omega", la clase más baja de aquella paradójica sociedad, era que los aparatos de control que llevaban en la parte posterior de su cráneo estaba en relación directa con los lejanos centros de control, en la región ignota donde vivían los "Amos", que en la denominación general y técnica del mundo se denominaban los "Gamma". Nadie había visto a los "Gamma".

Las órdenes de control general eran enviadas desde algún punto distante e ignorado del país y recibidas en los aparatos de recepción que llevaban en su cabeza los "Épsilon".

Estos, que poseían características de técnicos, preguntaban entonces las instrucciones recibidas a los poderosos cerebros electrónicos, a las máquinas calculadoras que, en fábricas y centros de trabajo, llevaban a cabo un estudio profundo y determinante la producción que debía efectuarse.

Fuera de las enormes extensiones que estaban destinadas, de manera exclusiva, a los llamados "cultivos hidropónicos", el resto de las fábricas, salvo aquellas que producían telas y enseres personales para la inmensa multitud de los "Omega", trabajaban en la producción de aparatos misteriosos que ni los esclavos ni los "Intermediarios" podían comprender.

Eran parte del fabuloso proyecto de los "Amos", de los "Gamma".

Nadie, en absoluto, sabía para qué iban a ser destinados aquellos colosales aparatos, aquellas delicadas máquinas que salían de las fábricas y que, conducidas por helicópteros y aparatos voladores dirigidos desde la misteriosa región de los "Amos", volaban hacia allí para llevar todos los productos que salían de las perfeccionadas máquinas.

Detrás de los dos hombres, en un panel de cerca de cien metros cuadrados, estaban encendidos los controles de cada uno de los "Omega".

Las luces, por su color e intensidad, iban marcando la calidad del trabajo que cada uno de los siervos llevaba a cabo.

Y Donald Kramer, con el cigarrillo en los labios, se volvió de nuevo hacia el panel luminoso, frunciendo el ceño.

—El 296503 —dijo con voz ronca— está fallando de nuevo.

Su compañero, Fred Lester, que acababa de tirar el cigarrillo al quemador automático, se acercó al panel luminoso, metiendo ambas manos en los bolsillos de la blusa azul que llevaba puesta.

Sus ojos se clavaron en la luz que correspondía al número 296503, viendo que parpadeaba con un intenso color rojo.

—Tienes razón —repitió al cabo de unos instantes—. Parece como si estuviera preocupado.

El otro se encogió de hombros.

—La máquina le ha enviado ya unas cuantas descargas de aviso, pero es inútil. Si esto sigue así, la cadena de producción va a resentirse y la responsabilidad caerá después sobre nuestras espaldas.

Lester miró a Kramer.

—¿Y qué quieres que hagamos?

Donald Kramer se quitó el cigarrillo de los labios, y lo mantuvo entre el índice y el anular de la mano derecha, mirándolo con fijeza, como si toda su atención se concentrara en la débil columna de humo azulado que se escapaba del extremo del pitillo.

Una sonrisa se dibujó en sus delgados labios.

—Hace tiempo que deseaba hacer una prueba, Fred. Enviar un aviso, al máximo de potencia, al cerebro de ese imbécil.

—¡Le matarías!

—¿Y eso qué? Nunca lo hemos hecho, Fred. He hablado con los hombres de otros equipos y me han dicho que el espectáculo vale la pena.

Lester lanzó un suspiro.

—No conseguirías más que destrozarle, Donald. Las descargas de aviso están controladas y medidas exactamente, de forma que produzcan una sensación de dolor en el cerebro del "Omega" pero sin producir otra clase de mal. Si aumentases la intensidad, como tú dices, al máximo, le producirías una muerte instantánea.

—¿Y qué importa? El 296503 está empezando a fallar de una manera seria. ¿Prefieres que el cerebro electrónico anote nuestra falta de coraje y comunique a los "Amos" la anormalidad en la cadena de producción?

Aquellas palabras hicieron mella en Fred Lester.

Perplejo, se rascó el mentón durante unos instantes. No es que le importase en absoluto la vida de aquel "Omega". Las bajas se producían con frecuencia, pero casi siempre eran por errores de cálculos o fallos en las gigantescas máquinas que manejaban los siervos.

Sólo de vez en cuando, en contadas ocasiones, se castigaba a uno de ellos con la muerte fulminante producida por la intensa acción de las ondas que brotaban del cerebro electrónico y que, de manera regular,

en dosis pequeñas, no producían más que aquel dolor desagradable para hacer que el que lo recibía se percatase de que estaba siempre bajo el control de la máquina calculadora.

Sin dejar de sonreír, Donald se acercó a él.

—¿Por qué no lo hacemos? —insistió, poniendo una mano sobre el hombro de su compañero.

Aquello terminó por barrer definitivamente las dudas de Lester.

—Está bien. Vamos a colocarnos junto al mirador de plástico. Usaremos el control automático, de modo que podamos ver, desde esta torre de mando, lo que le ocurre a ese idiota de 296503.

—Como quieras.

Donald fue hacia la máquina calculadora, preparando el dispositivo que, segundos después, iba a lanzar una corriente tremenda que golpearía en el interior del aparato receptor que el "Omega" llevaba en la cabeza.

Se colocó después junto a su compañero, observando desde la alta torre de control la enorme sala de máquinas donde los siervos se afanaban, como minúsculas hormigas, al lado de aquellas gigantescas masas de acero que rugían en su interior mostrando una potencia incalculable.

El dispositivo funcionó exactamente doce segundos después.

Se oyó un pequeño zumbido a la espalda de los dos "Intermediarios".

Los ojos fijos en el 296503, los dos hombres contuvieron la respiración. Estaban esperando lo que ocurriría en aquel mismo instante. Y ocurrió.

El "Omega" 296503, Lionel Walter, cayó al suelo como fulminado por un rayo.

II

La gente empezó a correr. Tres hombres salieron del bar, precipitadamente, cruzando la calzada hasta el lugar del accidente.

Una mujer puso en el aire la alta nota de su grito histérico.

El conductor del coche, aterrado, sintiendo repentinamente los efectos del alcohol que había ingerido, descendió del vehículo, apoyándose en una de las alas, mirando con los ojos desmesuradamente abiertos el cuerpo del hombre al que había atropellado.

Un coche patrulla de la policía paró cerca. Dos agentes bajaron de él, apretando el paso hacia el grupo de curiosos que se había detenido, formando una barrera humana, ante el atropellado.

—¡Abran paso, por favor!

Mientras llegaban al lugar, alguien gritó, con voz ronca.

—¡Hay que llamar a un médico!

—Hay una clínica ahí enfrente —sugirió otro.

Un hombre bajito dijo unas palabras al policía y éste, con un gesto de asentimiento, se volvió hacia su compañero.

—Hazte cargo del herido —dijo—. Voy a hablar con el causante de todo esto.

Y echó a andar hacia el conductor del coche, autor del accidente, que seguía, pálido como un muerto, apoyado en su propio vehículo.

Entonces, ante la sorpresa general, Lionel Walter se incorporó.

Dos personas le ayudaron, cogiéndole por los brazos. Pero él se liberó en seguida, con un gesto, al tiempo que movía la cabeza de un lado para otro, en un movimiento acompasado, como si quisiera echar fuera de su cráneo las ideas confusas que aún flotaban en el interior de su mente. Miró a su alrededor.

No comprendía absolutamente nada. La gente le era extraña, y los edificios que veía al fondo pertenecían a un mundo que no era el suyo. Se estremeció.

Una especie de rara intuición le hizo prever que debía encontrarse en un grave peligro, ganado por aquella desconfianza que había ido acumulando durante años y años, en el largo cautiverio de la ciudad-colmena en la que había vivido, no pensó más que en una sola cosa: ¡*Huir*!

La gente intentaba ayudarle, decían palabras amables, el agente de policía que estaba a su lado señaló la clínica, al tiempo que decía:

—Venga usted por aquí. Tiene que verle un médico.

Lionel denegó enérgicamente con la cabeza.

—En absoluto. Pero muchas gracias. Ya estoy bien.

—¡Es imposible, después del golpe que ha recibido! —gritó una mujer—. Estaba segura de que le había matado.

El agente de policía se volvió hacia la matrona, con una sonrisa en los labios.

—No exageremos, señora. Ya ve que este hombre se ha puesto en pie.

Otro, en el centro del corro, opinó:

—Eso ocurre a veces, agente. Se ponen en pie y, luego, de repente, caen al suelo como fulminados.

Mientras aquellas amables personas discutían, Lionel echó una mirada a su alrededor, diciéndose que tenía que alejarse de allí cuanto antes.

Los gritos de la gente que estaban interrogando al culpable atrajeron la atención del otro policía, que, olvidándose momentáneamente del accidentado, apretó el paso para unirse con su compañero. Aquella era precisamente la ocasión que estaba esperando Walter.

Como suele ocurrir en tales ocasiones, nadie se percató, en absoluto, de que se alejaba, apretando el paso, cruzando la calle y echando a andar por la acera mientras que su mente estaba llena de confusas ideas, pero con una que dominaba a las otras que le empujaba, con fuerza creciente, a desaparecer cuanto antes, escapando a la atención de la que, de forma inesperada, se había visto rodeado. ¿Dónde estaba?

Cuando anduvo lo suficiente para sentirse con cierta seguridad, se detuvo, mirando de nuevo a su alrededor, contemplando con arrobo los gigantescos edificios que convertían a las calles en estrechos callejones, como el fondo de tremendos acantilados. Se preguntó con franqueza si no estaba muerto. Era completamente imposible que el escenario hubiese cambiado de forma tan completa.

Hacía sólo unos instantes, ¿eran acaso siglos o años?, estaba en la

sala de máquinas de la fábrica, desoyendo las advertencias que le enviaba la Sala de Control, preocupado por... ¡*Jennifer*!

El corazón empezó a latirle de forma desmesurada. Parecía como si se hubiera encabritado en el interior de su pecho, golpeando las costillas como si deseara escapar. ¡*Jennifer*!

La había olvidado por completo. Había olvidado a su esposa que, en una de aquellas celdas de la casa-colmena, debía estar sufriendo, esperando su primer bebé, completamente sola, en un mundo en el que la piedad y el cariño parecían haber desaparecido para siempre. Pero, ¿dónde encontrarla?

Echó a andar, mirando de un lado para otro, confuso y perdido en aquella inmensa ciudad que no conocía. Seguía haciendo trabajar poderosamente su cerebro para entender lo que había ocurrido, para explicarse cómo había llegado a aquel sitio y, sobre todo, dónde se encontraba la fábrica, la ciudad-colmena, su esposa...

La gente que pasaba junto a él no tenía apariencia que pudiera recordarle a sus compañeros de trabajo, aquellas inmensas masas de "Omegas" con las que circulaba también por las amplias calles de la ciudad-colmena.

La gente iba vestida de otro modo.

Y entonces se percató de que su ropa tampoco era la misma que llevaba cuando se produjo aquel terrible choque en su cerebro, en la sala de máquinas.

Se detuvo, palpando el tejido de su abrigo, desabotonándolo luego para hacer lo mismo con su americana, sus pantalones. La ropa le caía exactamente bien, como hecha a medida, ciñéndose a su cuerpo como un guante. *Pero no era la suya*. ¿Qué clase de broma le estaban gastando? Miró con miedo a su alrededor, pensando esta vez si no había sido trasladado, en alguna de aquellas poderosas máquinas voladoras, a la tremenda y terrible ciudad de los "Amos".

Pero el rostro de una mujer que pasó a su lado, de la mano de un niño, no le pareció en absoluto la de uno de esos poderosos "Gamma" de los que sólo había oído hablar remotamente.

Luego, continuando su camino, su opinión se hizo más lógica y certera al contemplar a un hombre vestido de harapos, seguramente borracho, que iba dando tumbos de derecha a izquierda, mientras que la gente sonreía y le abría paso para no tropezar con él.

No, aquel hombre no podía ser un "Gamma". ¿Dónde estaba entonces?

Le hubiese gustado poder hablar con alguien, con alguno de sus compañeros de trabajo, de verter sobre la conciencia de otra persona la carga emotiva que llevaba dentro.

Y, sobre todo, la confusión que hacía que su cerebro girase vertiginosamente, rechazando idea tras idea, sin que pudiera explicarse en modo alguno lo que le había ocurrido.

Fue entonces cuando una voz sonó detrás de él:

—¡Eh, Lionel!

Se volvió.

Un hombre joven, alto, sonriente, se acercaba dando grandes

zancadas. Le reconoció en seguida. Era Alan Semper, el número 350037, de la sala de máquinas B, uno de sus compañeros, con el que muchas veces volvía a la ciudad-colmena y que habitaba dos manzanas más abajo, completamente solo, ya que su esposa había muerto en condiciones tan trágicas como las que debía ahora atravesar la pobre Jennifer.

El otro se acercó, sonriente.

—Me has hecho correr como un loco, Lionel. ¿Estás bien?

—Sí.

—Me enteré por casualidad. La verdad es que te vi desde lejos, cuando aquel maldito borracho te atropelló. Pero mi coche estaba detenido junto a un semáforo y no pude abandonarlo, ya que no había zona de aparcamiento en aquel sitio. Vi que te levantabas y que, aprovechándote de la distracción de la gente, te alejabas. ¿Por qué lo has hecho? ¡Debías haber presentado una denuncia! contra ese conductor ebrio!

Lionel frunció el ceño.

Estaba haciendo esfuerzos por comprender las palabras que su compañero pronunciaba.

Hablaba de accidente, de denuncia, de conductor. Y nada de aquello concordaba con lo que había en el cerebro de Walter.

Claro que no le habían extrañado los vehículos de aquella inmensa ciudad, puesto que eran semejantes, aunque mucho más hermosos, a los grandes autobuses que llevaban a los "Omega" hasta los centros de trabajo y a las ciudades-colmenas.

Se sintió mareado.

El otro le miró, enarcando las cejas.

—Todavía no te sientes bien. Ven. Tomaremos un trago.

Le cogió por el brazo, arrastrándole casi hacia un bar vecino. Una vez dentro, le condujo de la misma manera hasta el fondo del salón, donde hizo que Lionel se sentara en un sillón, llamando luego al camarero, al que pidió dos "whiskys" dobles.

La palabra sonó rara en el adormecido cerebro de Walter.

Sin embargo, no dijo nada. Esperó a que aquel hombre vestido de blanco y negro dejase los dos vasos sobre la mesa. Luego, con mirada suplicante, se volvió hacia el 350037.

—¿Qué ha ocurrido, Alan?

Ahora fue el otro quien se extrañó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Te han dejado salir de la fábrica? Ya sabes que Jennifer está delicada...

—No te entiendo, Lionel. No sé de qué fábrica me estás hablando. En cuanto a tu mujer, tú sabrás lo que le ocurre mejor que yo. Habías salido de la clínica cuando te atropello aquel maldito borrachín.

—¿De la clínica? ¿Qué es eso?

Alan se asustó.

Pero luego, casi inmediatamente, la conclusión de que el golpe había sido mucho más importante de lo que aparentemente parecía, se apoderó de él. Era evidente que el atropello había producido un estado

de "shock" en el pobre Walter, cuyo cerebro se encontraba ahora en un puro estado de confusionismo.

—Deberías ver a un médico, muchacho.

—¿Para qué?

—No temas. Lo que te ocurre es completamente natural.

—No te entiendo, amigo.

El otro suspiró.

—Por lo menos, si tu memoria está confusa, al menos me recuerdas.

—¿Por qué no había de hacerlo? Hemos trabajado juntos todos estos años. Juntos hemos salido de la fábrica, juntos hemos ido a la ciudad-colmena.

Prefiriendo sonreír a asustarse, Semper repuso:

—De acuerdo, Lionel. Lo que tú quieras. Pero vas a hacerme un favor. Tú conoces al doctor Currigan. Voy a acompañarte. Tengo el coche aparcado cerca de aquí.

—Un momento...

—¿Qué quieres?

—Deseo volver al lado de Jennifer. Está sola.

—¡No digas tonterías! Se encuentra en la mejor clínica de la ciudad. Pero, para tranquilizarte, deja que la llame por teléfono.

Y antes de que el otro pudiera evitarlo, se levantó, avanzando hacia la cabina. La puerta se cerró tras él, mientras que los ojos de Lionel Walter no se separaban de aquel pequeño receptáculo, cuya utilidad desconocía por completo.

La angustia le estaba haciendo mucho daño. De buena gana hubiera salido corriendo. Pero le daba miedo la inmensa ciudad. Además, después de haber tenido la suerte de encontrar al 350037, no quería despegarse de él.

Al lado del amigo, siempre estaría cubierto, sin necesidad de encontrarse solo y desamparado en aquella gigantesca metrópoli a la que de manera tan misteriosa había llegado.

"¿Qué me está ocurriendo?", se preguntó, al tiempo que se mordía los labios hasta hacerse sangre.

Su compañero se acercó sonriente, sentándose de nuevo a su lado y dándole unas palmaditas en la espalda.

—¡Hombre dichoso! ¡Tienes un hermoso bebé! Un niño. Me han dicho en la clínica que ya lo sabías.

—¿Un niño?

Se borró la angustia como por ensalmo. Una dicha infinita le penetró, esparciendo una sensación cálida a lo largo de todo su cuerpo.

¡Un niño!

Jennifer le había dado un hijo. A pesar de las terribles dificultades, del abandono inhumano en aquella casa-colmena, Jennifer había conseguido sobrevivir sin ayuda alguna, convirtiéndole de golpe en el ser más feliz que jamás hubiera existido.

Se volvió hacia Alan, mirándole con simpatía.

—Estoy muy contento, amigo mío. ¡Lástima que tú no hayas tenido la misma suerte!

—¿Yo? —preguntó el otro, asombrado.

—Sí, tú. Lo de tu esposa fue muy triste.

Alan Semper soltó una carcajada.

—¡Vaya chiste, Lionel! ¡Mi esposa! ¿Es que no sabes, pedazo de zopenco, que soy el rey de los solteros?

—¿Cómo? ¿No querrás decirme que no has estado nunca casado?

—¿Yo? ¡Qué cosas tienes!

Pero luego, pensando en las consecuencias del golpe que su compañero había recibido, Semper, al ver el rostro de extrañeza que ponía el otro, le dio unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes por eso. Ya sabes que soy un bromista. Ahora deja que te dé la enhorabuena, muchacho. ¡Ya eres todo un papá!

Walter asintió con la cabeza.

—Sí —dijo sonriendo por primera vez—. Tengo un hijo, Alan. La única cosa que me apena, que me horroriza casi, es que va a convertirse en un número como nosotros. Yo tengo el 296503. Tú eres el 350037... ¿Qué número le pondrán a él?

Alan Semper no pudo evitar un estremecimiento. Algo raro, terriblemente extraño, estaba ocurriendo a su amigo. El golpe debía de haber producido una confusión mental mucho más intensa de lo que en un principio pudiera parecer.

Mirando a Lionel con simpatía, pero con temor al mismo tiempo, llamó al camarero y pagó la bebida, que el otro no había probado, cogiendo del brazo a Walter...

—Vamos...

Caminaron hasta el coche y Alan abrió la portezuela. Lionel, que había mirado el vehículo con los ojos muy abiertos, preguntó:

—¿Quién te ha dado esta máquina?

El otro estaba empezando ya a pensar que lo mejor era seguir la corriente a Lionel. Por eso, bajando la voz, repuso:

—Un buen amigo mío. Es una máquina estupenda. Anda, sube...

Condujo un tanto nervioso, echando constantes ojeadas a su compañero, que, sentado a su lado, miraba por la ventanilla y fijaba sus ojos asustados en los mecanismos del coche.

Cuando, finalmente, Alan Semper se detuvo en las afueras de la ciudad, junto a un pequeño hotelito en el que habitaba el doctor Currigan, lanzó un suspiro de satisfacción.

—Vamos, Lionel. Verás cómo pronto te encuentras bien.

—Quiero ir a ver a Jennifer.

—En seguida iremos. Pero primero tenemos que hacer esto.

Lionel se dejó conducir dócilmente. Atravesaron el pequeño jardín y, momentos después, ya en el interior de la casa, fueron recibidos por Abel Currigan, que conocía a los dos amigos y que estrechó sus manos, calurosamente, al tiempo que se preguntaba:

—¿Quién es el más enfermo de vosotros dos?

Alan sonrió.

—Es Lionel, Abel. Le ha atropellado un coche.

—¿De veras?

—Sí —y Semper guiñó un ojo al médico—. No es nada, parece tener un pequeño lío en la cabeza. Yo esperaré aquí, en esta salita. Anda,

Currigan, échale una buena ojeada.

—Como quieras. Ven, Lionel.

Le hizo entrar en su despacho, indicándole después un amplio diván.

—Túmbate ahí, muchacho.

Desde que habían entrado en casa del doctor, Lionel no había dejado de mirar al médico, buscando en su memoria el nombre y el número de aquel "Omega", al que también conocía.

De repente, cuando se hubo echado en el cómodo mueble, rió y dijo:

—¿Cómo están tus hijos, Abel?

El médico frunció el ceño.

—¿Mis hijos? No tengo más que una hija. Lionel. Tú bien lo sabes.

—¿Y los otros tres? ¿Los has dejado en la ciudad-colmena? ¿Por qué has venido aquí? Tú trabajabas en la sección de las laminadoras y ahora recuerdo tu número: eras el 654312...

El médico sonrió.

—Tienes una excelente memoria, Lionel. Deja que te mire un poco la cabeza...

Le palpó, frunciendo el ceño de repente. Su extrañeza fue tan grande que las manos le empezaron a temblar, justo cuando las yemas de los dedos recorrían la región occipital de la cabeza de Lionel.

—¡Diablos! —exclamó—. Nunca me dijiste que te hubieran trepanado, Walter.

Lionel se echó a reír.

—¡Qué cosas tienes, Abel! Toca tu propia cabeza y verás que eres lo mismo que yo. ¿O has olvidado ya que eres un "Omega"? Esa es nuestra desgracia, 654312. ¡Trepanación! Querrás decir que llevas en la cabeza lo que yo: el signo innoble de nuestra esclavitud.

El médico se estremeció, retrocediendo unos pasos.

III

Desde la torre de control, Donald Kramer y Fred Lester observaron, con asombro, lo que estaba sucediendo en la inmensa sala de máquinas.

—¡Mira, Donald! —gritó con un hilo de voz—. ¡Se está levantando!

—Ya lo veo.

Parecía imposible.

Nadie había resistido jamás la descarga de ondas llevada al máximo, nacida en el interior de la máquina electrónica.

Siempre se había hablado de aquellas descargas como necesariamente mortales.

Y ahora, paradójicamente, el hombre que la había recibido, el número 296503, Lionel Walter. se incorporaba, moviendo la cabeza de un lado para otro, como si la descarga no hubiera producido en él más que un efecto momentáneo y sin importancia.

Donald Kramer cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

—¡Voy a lanzarle otra descarga! —rugió—. ¡Ese maldito no escapará!

—¡No hagas eso!

Fred se volvió, cogiendo del brazo a Donald. Éste se desasió, brutalmente.

—¡Déjame, imbécil! Si se enteran que lo hemos hecho, que hemos fracasado, vamos a pagarlo muy caro.

En aquel memento, una sirena lanzó un maullido impetuoso que atravesó las salas de máquinas, inmovilizando al mismo tiempo los poderosos motores y haciendo que los "Omega" se parasen, al unísono, como si estuvieran constituidos por máquinas como las que hacían trabajar.

El trabajo había concluido.

Donald se detuvo, colérico, junto al panel luminoso. Incluso si hubiera querido, en aquellos instantes, enviar una nueva descarga mortal al cerebro de Walter, no hubiera podido hacerlo.

De manera automática, al cesar la jornada, los mecanismos complicados de la torre de control se paralizaban, deteniendo al mismo tiempo el funcionamiento de los cientos de gigantescas máquinas que estaban a sus órdenes.

Entre tanto, Lionel, ya en pie, seguía moviendo la cabeza, sintiendo que tenía el cerebro lleno de ideas extrañas, sin darse cuenta aún del lugar en el que se encontraba.

Una idea, sin embargo, atravesó su confuso cerebro.

—Me ha debido de atropellar un auto. Se me ha echado encima, sin darme cuenta —musitó, en voz baja.

Luego abrió los ojos.

Los abrió y los volvió a cerrar, abriéndolos de nuevo. El lugar en el que se encontraba era completamente distinto a la calle que estaba atravesando cuando el accidente ocurrió.

Miró hacia la izquierda, con la esperanza de ver el bar hacia el que se dirigía. Luego volvió la cabeza sin ver el enorme edificio de la clínica, en cuyas ventanas iluminadas había imaginado a Jennifer, con el niño a su lado.

¿Qué diablos le estaba ocurriendo?

Hombres vestidos con blusas verdes y pantalones que parecían los que se vendían en la Quinta Avenida, cerrados en los tobillos, circulaban ahora por su alrededor, con pasos medidos, como robots humanos.

¿Dónde se encontraba?

Miró hacia las gigantescas máquinas que se levantaban a su lado, varios cientos de pies sobre su cabeza. Nunca había estado en semejante sitio. Era posible que le hubieran conducido allí, para curarle, pero seguía sin comprender la falta de atención de la gente que circulaba a su alrededor le hacía.

De repente, su ensombrecido rostro se iluminó, al tiempo que una sonrisa aparecía en sus labios.

—¡Alan! —exclamó, apretando el paso.

El hombre se volvió.

Llevaba un uniforme exactamente igual al de los demás. Pero era él, sin duda alguna. Alan Semper, su compañero de redacción, aquel solterón empedernido que, por culpa del "whisky" y de las juergas, no

había ascendido como él a los primeros puestos del *New Herald Tribune*.

Se acercó a él.

—¿Qué estás haciendo aquí, Alan? —le preguntó.

El otro le miró, con una expresión de tristeza en los ojos, al tiempo que sacaba una mano para apretar el brazo derecho de Walter.

—Me lo han contado, Lionel. Son unos canallas. Podrían haberte matado.

—¿Qué me ha ocurrido?

—Te enviaron una corriente de muerte. Una de esas descargas con las que eliminan a los que no producen lo suficiente. Pero, por lo visto, los mecanismos de la máquina electrónica fallaron.

—No entiendo ni palabra.

—Es igual. Deben ser los efectos del golpe. Ven conmigo. Iremos juntos a casa.

Encogiéndose de hombros, Lionel siguió a su amigo, atravesando la enorme sala de máquinas para, después, salir a una especie de gran plazoleta en la que se veían un gran número de vehículos, de forma extraña, semejantes a los viejos autobuses que habían circulado por las afueras de Nueva York hacía diez años.

Lionel estuvo a punto de preguntar a su compañero lo que estaban haciendo allí y dónde se encontraba aquella singular fábrica que nunca había visitado. Entre los vehículos y la salida de la fábrica había una serie de pasillos, delimitados por barras de metal, que hicieron recordar a Lionel las entradas del "Madison Square Carden".

Luego vio que en la parte final de aquellos pasillos habían unos paneles luminosos en los que aparecían unos complicados números cada vez que un hombre empujaba un torniquete, única manera de salir de allí.

Alan Semper le precedió y Walter vio sobre el recuadro luminoso el número 350037; luego, cuando su mano se posó en el torniquete, para hacerlo girar, miró hacia arriba y vio que, al pasar él, aparecía el número de su amigo y era el 296503. Todo aquello era muy extraño. En los coches no había asientos y tuvieron que viajar de pie, durante cerca de veinte minutos. Iban apretados como sardinas, lo que impidió que Lionel hablase con su amigo.

Cuando el vehículo se detuvo, bajaron todos y Walter miró frente a él, frunciendo el ceño.

—¿Quién es el cretino que ha construido esas casas? —preguntó, esbozando una sonrisa.

Alan no contestó.

Y mientras avanzaban, Lionel miró de nuevo a aquellas feísimas construcciones, con ventanas minúsculas, gigantescas y macizas, de color grisáceo, que le hizo imaginar una tremenda colmena humana, como aquéllas que solían construir a mediados del siglo veinte y que un sentido más racional de la arquitectura hizo desaparecer definitivamente de la faz de todos los países civilizados del mundo.

Alan le había vuelto a coger por el brazo y ahora se dirigió hacia una de las entradas de aquella terrible colmena.

—¿Dónde vamos? —preguntó Walter.

—A ver a Jennifer. ¿O has olvidado que tu esposa estaba pasando un mal momento?

—¿Jennifer?

—Sí. ¿No esperaba un niño?

—¡Y lo ha tenido!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el otro, volviéndose hacia él.

—Estás muy raro esta tarde, Alan.

—Parece que tú lo estás mucho más que yo. Anda, subamos.

Un ascensor estrecho, que olía terriblemente mal, les condujo hasta la planta veinticinco, donde después tomaron un pasillo estrecho, tan maloliente como el elevador, deteniéndose ante una puerta en la que estaba plantado aquel famoso número que había aparecido en el túnel luminoso, a la salida de la fábrica:

El 296503.

La puerta se abrió silenciosamente, bajo el impulso de una célula electrónica.

Fue aquel el único detalle de modernidad que Lionel apreció en el feísimo edificio en el que habían penetrado.

Entraron en el apartamento.

Era minúsculo. Tan pequeño que costaba trabajo moverse entre los muebles, cuyo aspecto desagradó en seguida a Walter.

Pero Alan, que parecía conocer la casa muchísimo mejor que él, que no la había visto nunca en su vida, le empujó casi hacia una habitación, y entonces, en la entrada, Lionel lanzó una exclamación de espanto.

—¡Jennifer!

Se volvió hacia su compañero.

—¿Qué hace mi mujer aquí?

El otro se encogió de hombros.

La mujer yacía en el lecho. Tenía dos almohadas, lo que levantaba un poco su cuerpo. Estaba pálida, ojerosa, aunque una sonrisa entreabría sus labios y llevaban las muestras de haber sido mordidos en momentos de terrible angustia.

A su lado había un bulto envuelto en una manta de color gris.

—¡Querido! —exclamó ella, con voz débil.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lionel. Escurriéndose por el minúsculo espacio que quedaba entre la cama y la pared, se acercó a Jennifer, mirándola con extrañeza, llena la cabeza de preguntas que no podía contestar.

Ella se hizo a un lado, entreabriendo un poco la manta gris y dejando ver el rostro de un niño que dormía, con los ojos y los puños cerrados, estos últimos junto a una boca que parecía una minúscula herida rosa en su rostro mofletudo.

Hubo unos segundos de silencio ominoso que pesaron sobre Lionel como una losa de plomo.

—¿Quién te ha traído aquí, Jennifer? —preguntó, con una nota de rabia en su voz.

La mujer miró a Alan y éste hizo un gesto de asentimiento.

—Los canallas de la torre de control le lanzaron una descarga máxima, Jennifer. Todavía no sé cómo ha podido salvarse.

Ella lanzó un gemido.

—¡Qué desgracia! ¡Pobrecillo mío!

Lionel estaba confuso.

Le hubiera gustado gritar que no comprendía ni una sola palabra de lo que su esposa y su amigo Alan estaban diciendo. ¿Qué significaba aquella descarga? ¿Qué estaban haciendo allí Jennifer y el pequeño? ¿Por qué Alan, su compañero del periódico, estaba vestido de aquella manera tan ridícula, formando parte de una masa de obreros en una fábrica que él, Walter, no había visto en su vida?

Sin embargo, algo en el interior de su cerebro, en lo más hondo de su espíritu, selló sus labios.

Por un instante, al tiempo que se estremecía, pensó en si no se habría vuelto loco, o estaba dormido, tendido en alguna clínica, como resultado del accidente que había sufrido, teniendo una pesadilla de la que iba a despertar en cuanto se pasaran los efectos del anestésico que, con toda seguridad, le habían dado al ser llevado al quirófano de alguna clínica neoyorquina.

"Estoy soñando —se repitió—. Por eso no debo decir nada. Tengo que esperar a que me despierte..."

Se sentó sobre el borde de la cama, sonriente.

—Debes descansar, querido —le dijo ella—. Los hombres de la torre de control son muy malos. Pero no creo que vuelvan a repetir lo que han hecho hoy.

—También lo pienso yo así —intervino Alan—. Si lo hicieran, podrían buscarse un disgusto bien gordo. ¡Cómo les odio!

Lionel escuchaba.

Estaba escuchando a su esposa y a su amigo, sin comprender una sola sílaba de lo que decían. Era como si le hablasen en un lenguaje extraño, en un dialecto remoto de un mundo perdido en una quimera que parecía rozar los límites de la locura.

Pero él, aferrado a la idea de que estaba en plena pesadilla, apretó los labios, sin decir nada, escuchando, sonriendo en su fuero interno como si tuviera la absoluta seguridad de que, de un momento a otro, fuese a despertar.

Cerrando la puerta cuidadosamente a su espalda, el doctor Currigan avanzó hacia Alan Semper, que continuaba sentado en la sala de espera, con un cigarrillo entre los labios.

—¿Cómo está? —preguntó el joven periodista.

El médico no contestó.

Se acercó al otro, sentándose a su lado, sacando una pitillera de la que extrajo un cigarrillo, que encendió luego con lentitud, parsimoniosamente. Alan sonrió.

—No puedes imaginarte, Abel, las cosas raras que ha dicho desde que sufrió el accidente. Desde luego, ha debido afectarle profundamente en el cerebro. Tenemos que tener cuidado para evitar, sea como sea, que visite, al menos por ahora, a Jennifer. Ella se alarmaría y podría ser

perjudicial para su estado. ¿No dices nada?

El médico, que había escuchado al otro con la cabeza inclinada sobre el pecho, levantó la mirada para clavar el brillo de sus ojos grises en las pupilas marrones del periodista.

—Tengo que decirte algo muy grave, Alan...

—¿Es que Lionel no va a curarse?

—No es eso.

—¿Entonces?

El médico no contestó en seguida. Dio unas cuantas chupadas al cigarrillo, contemplando después, aparentemente distraído, las volutas ondulantes que serpenteaban, elevándose lentamente hacia el techo.

Después, con voz apagada, sin timbre, dijo:

—Ese hombre no es Lionel Walter.

Alan dio un salto, poniéndose en pie.

—¿Qué estás diciendo?

—Siéntate, Semper.

El otro obedeció.

—Pero... —empezó de nuevo a decir.

—Calla un instante, Alan. Estoy tan confuso como tú. No puedes imaginarte la sorpresa que me he llevado. La verdad es que no entiendo nada. La única cosa de la que estoy seguro, completamente seguro —subrayó estas palabras, silabeándolas para sí—, es de que el hombre que está tendido en mi sala de observación, bajo los efectos de una dosis de pentotal que acabo de ponerle, no es nuestro amigo Lionel Walter.

—¡Tú estás loco!

—No lo estoy, pero he estado a punto de perder la razón. Ya te he dicho que no comprendo nada, absolutamente nada, pero la herida que he visto en la parte posterior de la cabeza de ese hombre me ha hecho comprender, inmediatamente, que no se trata de Lionel Walter.

—¿Una herida en la cabeza?

—Una cicatriz, sería más justo decir. Una vieja cicatriz, que tiene por lo menos catorce o quince años. El resultado de una extraña e incomprensible trepanación.

—¡Pero si Walter no sufrió nunca ninguna intervención quirúrgica!

—No tienes que decírmelo a mí, Alan. Soy el médico del periódico. Reviso, de arriba a abajo, a todos, cuatro veces al año. Ya comprenderás que me sé de memoria vuestro historial clínico, conozco vuestros cuerpos mejor que vosotros mismos.

—En efecto...

—Hace sólo seis semanas que hice la última revisión a Lionel Walter. Miré, como siempre, de la cabeza a los pies, analizando su sangre, investigando su interior con rayos X, haciéndole un radiograma, un electrocefalograma...

—¿No viste esa cicatriz?

El doctor dejó escapar una risa nerviosa.

—¿Cómo querías que la viese? Lionel Walter no tuvo ninguna cicatriz nunca. Ni siquiera como recuerdo de su época infantil, como te ocurre a ti por ejemplo, que tienes las rodillas cosidas por las cicatrices de las

veces que te caíste de los árboles, cuando ibas a robar nidos con tus amigos...

Alan sonrió.

Casi inmediatamente, su rostro volvió a ensombrecerse de nuevo.

—Entonces, Abel, si ese tipo no es Lionel Walter, ¿quién es?

—Lo ignoro.

Alan movió la cabeza de un lado para otro.

—¡Es imposible! Yo estaba en mi coche, a unos doscientos metros del Accidente. Lo vi todo a la perfección. El coche llegó, golpeó a Lionel, que yo había visto salir de la clínica y que, con toda seguridad, iba a beber un trago de "whisky" al bar de enfrente. Le vi caer, observé cómo la gente se acercaba a él, y luego, cuando pude aparcar el coche, le vi salir del corro y alejarse, subiendo por la calle, donde le alcancé poco después.

Currigan hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Pues te equivocaste, Alan. El hombre al que viste atropellar no era Lionel Walter.

Una chispa pareció encenderse en las pupilas del periodista.

—Eso voy a saberlo dentro de poco, Abel. Informaré primero a la clínica para enterarme si estuvo allí y a qué hora abandonó la habitación de Jennifer. Luego llamaré al periódico, llamaré a todas partes. Puedes estar seguro de que antes de un par de horas sabré exactamente dónde se encuentra el verdadero Lionel Walter.

IV

Sobreponiéndose, con un poderoso esfuerzo, de aquella enorme sensación de angustia que le dominaba por completo, Lionel se mordió los labios, contemplando la exigua habitación de aquella casa-colmena, formulándose cientos de preguntas que, por desgracia, no podía contestar.

Pero se percató en seguida de que debía de adoptar una actitud especial para conseguir que Jennifer y Alan no le tomasen por loco. Lo mejor, pensó, era utilizar aquel accidente que le había hecho abrir los ojos en un mundo desconocido.

Por eso, después de una larga pausa, dijo, mirando con fijeza a su amigo:

—Esa descarga de la que me has hablado, Alan, ha debido hacerme perder la memoria.

—Me he dado cuenta —repuso Semper, que, volviendo el rostro hacia la mujer que yacía en el lecho, preguntó a su vez—: ¿No es cierto, Jennifer?

Ella hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¡Pobre amor mío! Cada vez que pienso en el peligro que corrías, me estremezco de horror.

Walter esbozó una sonrisa.

—Dejemos eso, por favor —dijo—. Lo que interesa verdaderamente es que me ayudéis a recordar. No hay nada tan terrible como una amnesia.

—Tienes razón —replicó su amigo—. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

—¿Cómo todo?

—Sí. He olvidado la totalidad de mis recuerdos. Las únicas cosas que han quedado grabadas en mí mente han sido tu rostro, el de Jennifer y saber, aunque de manera vaga, que estaba esperando un niño.

—Entiendo. Puedes empezar a preguntar.

—¿Dónde nos encontramos?

—En una ciudad-colmena. A unas veinte millas del lugar del trabajo.

—¿En qué parte del mundo?

Alan le miró con fijeza. Después, frunciendo el ceño, preguntó a su vez:

—¿Es que tampoco recuerdas eso?

Lionel tuvo un gesto de impaciencia.

—Te aseguro que tengo el cerebro completamente en blanco. Contéstame, por favor.

—De acuerdo. Nos encontramos en América, en América del Norte, el único país que se libró de los efectos destructivos de la Gran Hecatombe.

—Entonces, ¿hubo una guerra atómica?

—Sí —repuso el otro pacientemente—. Pero de eso hace ya cuarenta años. Ni tú ni yo habíamos nacido.

—Entiendo. ¿Y qué ha sido de esta parte del mundo?

—Muy sencillo, Lionel. Un grupo de hombres sin escrúpulos se apoderó del poder, cuando la gente estaba aterrada, escondida en los refugios atómicos, ocultas en montes y montañas. Organizaron el mundo a su modo y entonces, ayudados por un grupo de sabios que estaban a sueldo de esos canallas, nos redujeron a este estado de esclavos.

—¿Cómo lo consiguieron?

—No tienes más que tocar la parte posterior de tu cabeza para entenderlo.

Lionel obedeció, recorriendo con las yemas de sus dedos la región de su cabeza que había precisado Semper. Naturalmente, no encontró nada, pero, dispuesto a seguir disimulando, dijo:

—Sí, ya lo veo, pero explícamelo.

—Está bien. Esos "Amos" que nos mandan, que residen en un lugar desconocido del país, al que ninguno de nosotros hemos ido jamás, hicieron realidad el viejo sueño de los ambiciosos capitanes de industria.

—¿Qué quieres decir?

—Que consiguieron convertir a los hombres en meros esclavos. Para ello no tenían más que controlar esa parte del cerebro que se ocupa de la coordinación de los movimientos durante el trabajo y que, normalmente, según he oído decir, está íntimamente ligada al atávico instinto de la libertad.

—Sigue.

—Han colocado un aparato receptor en el interior de nuestra cabeza. Eso hace que estemos completamente controlados, en todo momento, y

sobre todo cuando trabajamos en las grandes salas de máquinas.

—¡Es horrible!

Alan sonrió tristemente.

—El aparato receptor que llevamos en la parte posterior de la cabeza es, al mismo tiempo, un pequeño emisor que hace saber a los cerebros electrónicos de control en qué lugar nos encontramos en cada instante. Como ves, nos hemos convertido para esos señores en simples piezas de una colosal maquinaria.

—¿Cuántos somos?

—Unos quinientos millones, aproximadamente. Aunque no conozco la cifra exacta. Sólo el veinte por ciento de esa cantidad trabaja en los cultivos hidropónicos, en las industrias de calzado y vestido, en las de bienes materiales, aunque ves que pocos podemos conseguir esto último, que podamos seguir malviviendo.

—¿Y cuántos son ellos?

—Lo ignoro. Pero su poder es colosal. Si estás pensando en rebelarte, pierdes el tiempo.

—Sigue, por favor.

—Como te decía antes, el ochenta por ciento de esta población estamos trabajando en un proyecto que desconocemos por completo. Hacemos piezas raras, maquinarias increíbles, aparatos voladores y helicópteros sin piloto, dirigidos por radio, que llevan después a esa ignota y misteriosa ciudad donde viven los "Gamma".

—¿"Gamma"?

—Sí, así se llaman los poderosos que nos mandan. Nosotros somos los "Omega". Pero es imposible que hayas olvidado todo eso.

—Te he dicho la verdad, Alan. Continúa, por favor.

—Como quieras. Hay otra clase, una tercera, quizá la peor.

—¿Cuál es?

—La de los "Épsilon", a los que llamamos vulgarmente "Intermediarios".

—¿Y qué hacen ésos?

—No están dirigidos como nosotros. Son los capataces, los jefes de control, los que manejan las poderosas máquinas electrónicas que nos tienen encerrados en su invisible tela de araña.

—Comprendo.

—No creo que haya mucho más que explicar, Lionel. Durante el trabajo, si el cerebro de uno de los "Omega" falla o se cansa, o produce la menor distracción, una luz se enciende en el panel de control y, automáticamente, uno de los "Intermediarios" pulsa un botón que envía al cerebro del desdichado una descarga que le hace volver rápidamente al ritmo previsto del trabajo.

—¿Y la familia?

El otro se encogió de hombros.

—Esa palabra no tiene ahora la misma significación que en otros tiempos. Todos hemos oído hablar, a nuestros mayores, de esa magnífica organización llamada familia. Ahora se ha perdido.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Pronto te darás cuenta, cuando tu hijo sea arrancado

de las manos de su madre. Entonces te percatarás de que sólo podrás verlo una vez cada mes. Más tarde, cuando sea operado, para convertirlo en otro "Omega", lo habrás perdido para siempre, al menos si piensas que la palabra familia sigue poseyendo aquel maravilloso valor que tenía antes.

Lionel no pudo evitar un estremecimiento.

Gracias a su habilidad, se había dado cuenta de que acababa de llegar, de manera misteriosa y todavía inexplicable, a un mundo horrendo, a una humanidad deshumanizada, a algo que no podía ser, en modo alguno, la obra de seres que pertenecieran a su propia especie.

Movido por la curiosidad, miró intensamente a su amigo:

—¿Y nadie ha visto a los "Amos"?

—Nadie.

—Es posible que no sean humanos.

El otro se echó a reír.

—Te encuentro muy raro desde que te dieron esa descarga, Walter. Dices cosas muy curiosas.

—Estaba pensando, Alan. Parece imposible que seres de nuestra misma especie puedan cometer delitos como los que han convertido esta vida en un verdadero infierno.

Alan se volvió hacia Jennifer.

—¿Te das cuenta de cómo piensa tu marido?

Ella sonrió tristemente.

—El golpe ha debido de afectarle más de lo que aparenta. Pero yo le calmaré, Alan. Necesita mi cariño y lo tendrá. Lo único que esos malditos "Gamma" nos han dejado en la vida.

Decidido a seguir la corriente, dispuesto a descubrir la espantosa incógnita de cuanto le rodeaba, Lionel Walter simuló cuanto pudo su angustia, dejándose arrastrar por la monotonía de la vida de aquellos esclavos.

Volvió al trabajo, teniendo sumo cuidado en lo que hacía, sabiendo que no poseyendo aquel singular aparato en la cabeza, podía ser descubierto de un momento a otro.

Pero tuvo suerte.

Luego, más tarde, explicó aquella racha de buena fortuna que hizo que pasara desapercibido entre los cientos de miles que penetraban, cada día, en las inmensas fábricas.

Pudo comprobar el control de su presencia, ya que las cifras de su número aparecieron a la salida de la fábrica, y aquello no dependía del aparato que debía haber llevado en el interior de su cráneo, sino de la emisión eléctrica de su propio cuerpo.

Singulares receptores, de una sensibilidad extraordinaria, captaban las emisiones eléctricas con la misma perfección que lo hubiera hecho un electroencefalógrafo.

Así descubrió que, en contra de lo que creía Alan, el control de la presencia de los "Omega" se hacía por las emisiones eléctricas de su propio cerebro, limitándose el aparato receptor encerrado en la parte posterior de la cabeza para percibir las instrucciones para el trabajo,

aquellos latigazos que eran como descargas que movilizaban, en todo momento, la energía de cada cuerpo para un ritmo acelerado en el trabajo.

También comprobó las extrañas piezas que salían de la fábrica.

Estaba perplejo.

Nunca había visto nada semejante. Por mucho que se rompió la cabeza, no encontró la utilidad de aquellas cajas de dimensiones colosales, de aquellas esferas de brillante metal, de aquellas largas tuberías que salían de la fábrica y que, como las otras piezas, eran enviadas desde las terrazas por aparatos voladores y helicópteros controlados a distancia, sin que ninguna presencia humana pudiera acercarse a la lejana y desconocida región habitada por los "Gamma".

Por lo menos, pensó, sabía que no había salido de su propio mundo, de aquella Tierra en la que había vivido en paz, con seres humanos sonrientes, dichosos y desgraciados, pero enteramente libres, en un mundo en el que era posible sonreír.

También estaba completamente seguro de que su traslado a aquel mundo extraño y paradójico había sido producido por el choque cuando el vehículo le atropello en la calle, junto a la clínica donde estaba la verdadera Jennifer, su esposa, junto a su verdadero hijo.

No demostró sin embargo alguna extrañeza, ni dejó de tratar a esta nueva Jennifer como si no fuera su esposa. Aquella mujer necesitaba la ternura que él le daba, y aunque sus relaciones fueron sencillamente amistosas, él procuró poner en cada gesto, en cada palabra, la dulzura que ella tenía derecho a esperar de él.

Habían pasado varias semanas y Lionel Walter seguía pensando, torturándose, pero con un regusto en la boca, como si estuviera seguro de que, tarde o temprano, conseguiría explicarse el misterio y encontrar la manera de escapar de aquel mundo, aunque de verdad estaba empezando a encariñarse con aquellas pobres criaturas que gemían bajo la despótica férula de los desconocidos "Gamma".

Todo sucedió en una tarde.

Después de trabajar, estaba pasando un rato con Jennifer, la Jennifer que no era la suya, conversando sobre el niño que, recién nacido, había sido trasladado a una especie de maternidad, situada en el otro extremo de la gigantesca aglomeración de las casas-colmena.

Entonces llegó Alan.

Estaba sonriente, jovial, y estrechó la mano de Lionel con fuerza y calor.

—Venía a proponerte una cosa, Walter —dijo.

—¿Qué quieres?

—Dar un paseo contigo. He dejado de preocuparme por tu falta de memoria, aunque ahora creo que la has recuperado en gran parte.

—Así es.

—Lo que quizás hayas olvidado también es que solíamos dar un paseo, de vez en cuando, por las afueras de la ciudad, paseando por la vieja ciudad destruida.

—Creo que me interesará mucho.

—Entonces, vamos. ¿Me lo dejas, Jennifer?

Ella sonrió.

—Desde luego que sí —repuso—. A Lionel le conviene tomar el aire un poco.

Los dos amigos salieron.

Era la primera vez que Lionel abandonaba la tremenda complejidad de las casas-colmenas.

Guiado por su amigo, abandonó aquella fea aglomeración, tomando un camino que se alejaba hacia el Sur. Poco a poco, empezaron a aparecer viejas construcciones que ahora yacían derruidas, vacías por completo, donde animales y alimañas acampaban por completo.

—¿Qué es esto? —inquirió Lionel.

—Le llaman la Vieja Ciudad.

—¿La Vieja Ciudad?

—Sí. Existió aquí, antes de la Gran Hecatombe. Todo esto fue destruido en una especie de maremoto, producido seguramente por las explosiones atómicas al otro lado del océano.

—¿Y dices que el resto del mundo desapareció?

—De eso no hay la menor duda. Todavía no sé cómo pudimos salvarnos nosotros. Aunque hubiera sido mucho mejor que las bombas nos desintegraran. ¿No te parece?

Lionel no contestó.

Acababa de ver algo que hizo que un escalofrío de sorpresa le recorriera la espalda.

—¿Qué es aquella casa?

El otro se encogió de hombros.

—Una de tantas. Una vieja casa, un hotelito de otra época, en el que los hombres podían permitirse el lujo de habitar de manera aislada, con un pequeño jardín. Eso es lo que es.

—Vamos a verla.

—¿Qué interés tienes por ese montón de ruinas?

—Mera curiosidad.

Pero no era cierto.

A medida que se acercaba, a pesar de que aquella construcción había sido casi completamente destruida, la emoción de Lionel no dejó de crecer hasta que, mientras su corazón latía con una fuerza tremenda, comprendió que se hallaban ante la casa del doctor Currigan. ¡La casa de Abel! ¿Cómo era posible?

Tenía la misma forma, idéntica estructura, igual color cubrían sus paredes. Cuando penetró en el interior, tropezó con una disposición de habitaciones que conocía de memoria.

La emoción le puso un agradable calor en el cuerpo.

Sí, aquélla era la casa del doctor Currigan, con sus habitaciones, su sala de estudio, el lugar donde el viejo médico tenía su biblioteca, su cocina, la habitación que ocupaba en la parte posterior de la casa.

Todo era exacto.

Él no había estado nunca en aquel mundo y, por lo tanto, era lógicamente imposible que reconociera la estructura de una casa que, sin embargo, era la de un amigo, un lugar que había visitado con muchísima frecuencia, ya que el pesadísimo del doctor Currigan, el

médico del periódico, revisaba allí a los redactores y periodistas con harta frecuencia.

Sonrió. ¿Qué estaría haciendo ahora el viejo zorro?

Salió de la casa y miró a su alrededor.

Entonces, de nuevo, una idea luminosa atravesó su mente. Recorrió con la vista los alrededores, viendo al final, junto al horizonte, la enorme masa de las fábricas.

—Aquello es Manhattan —dijo.

El otro sonrió.

—Así se llamaba antes, según me dijo mi padre y mi abuelo. Era una ciudad llena de rascacielos.

—¿Y ahora están las fábricas allí?

—Ya lo ves.

El corazón de Walter se puso, una vez más, a brincar alegremente en el interior de su pecho.

—Veamos —dijo después—. Estamos aquí, al norte de Manhattan, donde en otro tiempo debieron existir los barrios negros de Harlem. Si apuntamos hacia allí, ¿no es aquélla nuestra fábrica?

—Ya te he dicho que sí.

—Si apuntamos hacia allí —siguió diciendo Lionel, sin hacer caso del tono de cansancio que había en la voz de su amigo—, tenemos que la fábrica está situada, aproximadamente, entre una amplia zona que se extendía desde la calle 60 a la 44. Eso es.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Déjame, por favor. La sección en la que yo trabajo está situada en la calle 35, a la altura de la Cuarta Avenida... ¡Eso es, Alan, eso es!

Había gritado, de repente, con un gozo infinito, volviendo el rostro hacia su amigo. Éste vio un brillo intenso en las pupilas de Lionel Walter.

—Estás todavía muy enfermo, amigo —murmuró.

—No digas bobadas. Estaba comprobando una cosa. Tonterías mías. No me hagas caso.

El rostro del otro se ensombreció.

—Tenemos que volver, Walter. El control nocturno va a empezar dentro de poco.

—De acuerdo.

Poco le importó regresar a la ciudad-colmena. Estaba tan contento que tuvo que hacer un esfuerzo para que la alegría no se reflejase con demasiada intensidad en su rostro.

¡Ahora sabía muchas cosas!

Cuando Alan le hubo dejado, Lionel se sentó a la mesa, donde la mujer le había servido la comida que los distribuidores automáticos llevaban a cada casa.

—Quiero preguntarte algo, Jennifer.

—Lo que tú quieras, querido.

—¿Sabes si hay luz eléctrica en la vieja ciudad?

Estuve en una casa, pero no me acordé de mirarlo.

—Hay unas líneas que la atraviesan. Las antiguas fueron destruidas. Pero, ¿por qué me preguntas eso?

—Mera curiosidad, amor mío.

—Te encuentro muy raro, Lionel. Y no sabes lo que sufro. Antes eras más tranquilo, más resignado...

Él la cogió cariñosamente por las manos, mirándola con ternura.

—No debes preocuparte por mí, Jennifer. Estoy mejor que nunca. ¿Es que no notas lo contento que estoy?

—Sí, pero eso me preocupa.

—Comprendo. En este mundo no hay lugar para la sonrisa.

Ella frunció el ceño.

—¿En este mundo? —inquirió—. ¿Qué quieres decir?

—Es que me gusta hablar así. Pienso que podrían haber otros mundos en los que seríamos más felices, querida.

—¡Me das miedo cuando hablas así!

—No lo tengas, Jennifer. Hoy hay una gran esperanza en mi pecho. No sé si lo conseguiré, pero habré de intentarlo. Si un día lo consiguiera, entonces, Jennifer, te volverías a encontrar, te lo prometo, con ese Lionel de antes, al que tú amas tan apasionadamente.

—Te amo a ti, Lionel. Nada más que a ti. Aunque te encuentres raro, sé que eso te pasará cuando terminen los efectos que dejaron en tu cerebro las criminales descargas de esos canallas.

Era inútil discutir con ella.

—De acuerdo, querida.

La vio alejarse hacía la habitación.

Pensó que tenía que hacerlo. Ya no le interesaba solamente regresar a su mundo, al mundo feliz que tantos hombres criticaban porque no conocían algo tan espantoso como aquella otra tierra.

Lo que le interesaba, por encima de todo, era hacer cuanto pudiera por liberar no solamente a Jennifer y a Alan sino a todos aquellos "Omega" a los que un grupo de criaturas, que seguía creyendo no humanas, habían reducido a simples robots de carne y hueso.

V

Tuvo que hacer poderosos esfuerzos para no distraerse durante las horas de trabajo, tan absorto estaba en el plan que iba formándose en su mente.

Sabía que, en la fábrica, cualquier distracción sería fatal.

Si los malditos vigilantes enviaban una descarga de aviso, se percatarían en seguida de que el número 296503 no la recibía, ya que carecía del receptor intracraneal de los demás "Omega".

Lo que a Lionel preocupaba era cómo el cerebro electrónico no se había dado cuenta de su carencia de receptor.

Pero, por lo visto, también tenían fallos aquellas complicadas y poderosas máquinas. Quizá por su misma complicación.

En cuanto hubo terminado la nueva jornada de trabajo, salió de la fábrica, reuniéndose en el feo autobús con Alan Semper.

Éste le sonrió, poniéndose a su lado.

—¿Cómo va eso, Lionel? —le preguntó.

—Bien.

—¿Vuelve la memoria?

—Sí.

—Me alegro.

Hubo una pausa.

Walter hubiera querido empezar a hablar de lo que verdaderamente le interesaba, pero se abstuvo. Y no rompió el silencio hasta que, después de abandonar el vehículo, caminaban juntos hacia la ciudad-colmena.

—Alan…

—¿Qué quieres?

—Voy a necesitarte.

—¿Para qué?

Cogió del brazo a su amigo, mirándole con fijeza.

—Quisiera que me acompañases de nuevo a aquella casa de la ciudad vieja.

Alan frunció el ceño.

Había creído, momentos antes, en el autobús, que su compañero estaba casi completamente repuesto de los efectos de la descarga de castigo que recibió en la fábrica.

Ahora empezaba a dudar de nuevo.

No obstante, armándose de paciencia, inquirió:

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Algo muy importante, Alan. Ya lo verás. Yo iría solo, pero creo que voy a necesitarte.

Semper pareció dudar unos instantes.

—Bueno —dijo después, encogiéndose de hombros—. Está bien, Lionel. ¿Cuándo quieres que vayamos?

—Esta noche.

—¿Hoy?

—Sí.

—Pero, ¿por qué tanta prisa?

—Ya lo verás. Es algo fundamental para todos nosotros, amigo mío.

El otro lanzó un suspiro.

—¡Cómo quieras!

Se separaron junto a la puerta de la casa-colmena donde vivía Lionel. Quedaron citados, allí mismo, para una hora después.

El apartamento estaba vacío.

Walter encontró una nota de Jennifer en la que ésta decía que trabajaba en el turno de noche. La comida estaba en el "termoestabilizador", y Lionel comió con bastante apetito.

El bebé se encontraba en la guardería y sólo se dejaba al cuidado de sus padres una vez cada quince días, aunque Jennifer pasaba a verlo cada día, camino de su trabajo.

En cuanto hubo terminado de cenar, Lionel examinó el papel que tenía escondido en uno de los cajones de la alacena. También extrajo de allí la botella metálica que había encontrado en el enorme basurero de la ciudad-colmena.

Una luz extraña se pintó en sus pupilas.

Todo iba a depender de la experiencia que, junto a Alan, hiciera aquella noche.

Ahora que iba comprendiendo cada vez mejor en el que había ido a parar por un proceso que intentaba explicarse, la respuesta al experimento que iba a hacer, le diría, con toda claridad, si había un átomo de esperanza de salir de aquel horrible mundo. Si fallaba...

Ni siquiera se atrevía a pensarlo. La sola posibilidad de tener que quedarse allí para siempre le produjo un tremendo escalofrío.

Entonces, de repente, pensó en Jennifer, en la "verdadera", diciéndose, no sin cierta amargura, que había pensado muy poco en su mujer y su hijo en los últimos días.

—Es que no quiero pensar en ellos —dijo en voz alta—. Prefiero no hacerlo. Me volvería loco si me dedicara a imaginar que es posible que no pueda volver a verlos más...

Una idea escalofriante penetró en aquel momento en su cerebro.

—Se quedó helado.

Le temblaban las piernas y tuvo que sentarse, cogiéndose la cabeza entre las manos.

Había pensado en su mundo, en Jennifer, en el pequeño...

¡Pero no pensó ni un sólo instante en el *otro Lionel*!

¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo habría reaccionado al encontrarse, de repente, en un mundo que no era el suyo?

Y, sobre todo, al encontrarse con Jennifer, su Jennifer, no se percatara de que el otro Lionel no era el *verdadero*. Una mujer que ama no puede equivocarse de una manera tan burda.

Pero... ¿se había dado cuenta, acaso, la Jennifer de este extraño mundo de que él *no era su verdadero esposo?¡No!*

Se clavó las uñas en las palmas de las manos, hasta hacerse sangre.

Él había respetado a la esposa del *otro,* tratándola con la ternura suficiente como para no despertar sospechas. Es más, deseaba pelear por aquella pobre mujer y por todas las demás "Omega". Quería hacer algo positivo por aquellos desdichados esclavos, por aquellos robots de sangre y hueso. Pero... ¡No quería pensarlo!

Si deseaba actuar, si quería hacer algo bien hecho, debería alejar inmediatamente todas aquellas dolorosas ideas de su atormentado cerebro.

¡Porque, si no, iba a terminar volviéndose loco!

El timbre de la puerta le sobresaltó.

Se puso en pie, yendo a abrir como un autómata. Alan, sonriente, apareció en el umbral de la puerta.

—Ya me tienes aquí, cabezota.

—Espera un instante. Voy a coger algo.

Volvió al lugar donde había dejado la botella metálica y el papel. Lo envolvió todo, regresando junto a su amigo.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Semper, que parecía estar de excelente humor.

—Luego lo verás.

—¡Si que eres misterioso!

Salieron de la casa-colmena, abandonando después la ciudad para adentrarse en la noche, bajo el parpadeante manto de estrellas que parecían tiritar de frío en el espacio.

No habían cambiado ni una sola palabra durante el camino.

Cuando penetraron en la casa, Lionel fue directamente a una de las habitaciones, deteniéndose allí.

—¿Puedes explicarme lo que te propones? —preguntó el otro.

—Sí, pero antes traeremos los cables hasta aquí.

Alan le siguió mansamente, ayudándole a arrastrar los cables que estaban rotos.

—Ponlos bastante separados —le advirtió Walter—. Si los uniésemos, soltarían una descarga.

—Eso ya lo sé; pero espero que te expliques.

Lionel se volvió, mirándole con fijeza.

Había llegado el momento.

Todo iba a depender de la manera de reaccionar de Alan. Al recordar al otro Alan, su amigo periodista, Lionel no pudo evitar que una sonrisa se dibujase en su boca.

—¿Hay algo que te divierta? —preguntó el otro, un tanto amoscado.

—No, no es nada.

—Entonces, empieza a hablar.

Lionel dudó unos instantes; luego, acercándose a Alan, le dijo, con voz que intentó fuera lo más serena del mundo:

—Toca la parte posterior de mi cabeza, Alan.

El otro frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Hazlo, por favor.

El otro seguía dudando.

Era como si temiera que algo tremendo iba a ocurrir de un momento a otro.

Mas, finalmente, se dijo que todo aquello eran los resultados del estado de Lionel y hasta se arrepintió de haberle acompañado, diciéndose que lo mejor sería hacer que volviese a la ciudad-colmena.

—Anda, hazlo —insistió el otro.

Encogiéndose de hombros, Semper pasó la mano sobre la parte posterior de la cabeza de su amigo.

Al principio lo hizo de manera mecánica, casi ausente... pero después, mientras una intensa emoción se apoderaba de él, palpó con mayor detenimiento, recorriendo la nuca y el occipucio, acercándose luego para mirar aquella zona del cráneo de Walter.

—¿Y tu aparato? —preguntó, separándose del otro.

—Nunca lo tuve, Alan.

—¿Eh?

—Nunca lo tuve.

—¡Mientes! Tú debes tenerlo como todos nosotros. Además, ¿cómo te castigaron con la descarga... si no podías recibirla?

—Fue Lionel, el número 296503, quien la recibió.

—Entonces, *¿Quién eres tu?*

La sonrisa se amplió en los labios de Walter.

—Lionel Walter.

—¿Quieres burlarte de mí?

—No, Alan. Lo sucedido es bastante difícil de explicar, pero voy a

intentarlo. Escucha... Cuando Lionel, tu amigo, recibió la descarga, yo, a mi vez, fui atropellado por un coche...

—¿Dónde estabas?

—En mi mundo.

—¿Eh?

—Sí. En mi mundo, muy parecido al tuyo. En realidad, ambos mundos son idénticos, lo que demuestra que puede haber dos Lionel Walter, dos Alan Semper...

—¡Te estás burlando de mí!

—De ninguna manera. Tú acabas de comprobar, con tus propias manos, con tus ojos, que yo no poseo cicatriz alguna en la cabeza. No llevo un aparato como el que vosotros lleváis; no soy, en una palabra, un "Omega".

—Pero ese mundo... ¿dónde está?

—Aquí mismo.

—¿Aquí?

—Sí.

—No te entiendo.

—Tampoco lo comprendo yo aún... Pero, reflexionando en lo que me ocurrió, he llegado a la conclusión de que ambos mundos se encuentran en el mismo sitio.

—¡Pero eso es imposible! Dos cosas no pueden estar, al mismo tiempo, en el mismo lugar...

—Sí, si reúnen una condición indispensable.

—¿Cuál?

—Hallarse en diferente dimensión.

—Cada vez te entiendo menos.

—Un poco de paciencia, Alan. Todo empezó a aclararse en mi mente al descubrir esta casa.

—¿Y qué tiene que ver esta casa?

—Mucho. En mi mundo, hay otra idéntica. Es la mansión del doctor Currigan. ¿No conoces tú a un Abel Currigan?

—Sí, es amigo mío.

—¿Dónde está?

—Ahora, en su casa. Trabaja en la fábrica, como nosotros, en la sección M.

—El Abel Currigan que yo conozco es médico... y vive en esta casa.

—¿Por eso hemos venido aquí?

—Sí.

—¿Y qué es lo que piensas hacer?

Esta vez, Lionel no contestó.

Había colocado el paquete sobre un vieja mesa y se puso a desenvolverlo.

Alan se acercó a él, intrigado.

—¿Qué es eso?

—Una botella de metal que recogí del basurero de la ciudad-colmena.

—¿Y esos papeles?

—Un mensaje, un amplio informe para mi amigo, el doctor Currigan. Si consigue que llegue hasta él, habré roto la coraza que separa a los

dos mundos. Y Abel, de eso puedes estar seguro, nos ayudará...

—¿A qué?

—A muchas cosas, Alan. Abel es un hombre inteligente y puede ponerse en contacto con otros hombres capaces de hallar la manera de establecer un "puente" entre nuestros dos mundos.

Semper miró intensamente al otro.

—¿Es que tu mundo es diferente a éste?

—Mucho. No es que sea perfecto, ni muchísimo menos, pero allí no estamos sometidos a la esclavitud que vosotros padecéis...

—¿No hay "Omega"?

—No... Es un mundo libre, como debió ser éste antes de la Gran Hecatombe.

Miró a su alrededor.

—Aquí debió vivir un Abel Currigan, médico. Tú, es decir, alguno de tus antecesores fue como el Alan Semper que yo conozco periodista...

—Pero si todos esos hombres murieron, ¿cómo es posible que sus copias exactas, es decir, nosotros, vivamos ahora?

Lionel suspiró.

—Es una pregunta que me gustaría mucho contestar, pero que no puedo, porque ignoro la respuesta...

Alan parecía súbitamente interesado.

—¿Y tú crees que los de tu mundo podrán ayudarnos?

—Lo intentarán.

Semper se encogió de hombros.

—No podrán. Los "Gamma" son poderosos...

—Lo sé. Nadie los conoce. Y yo tengo la extraña intuición de que seres tan malos, tan espantosamente crueles, no pueden ser humanos.

—¿Qué quieres decir?

Hubo una pausa.

Luego, mirando con fijeza a Semper, Lionel preguntó:

—¿Sabes si ocurrió algo extraño inmediatamente después de la Gran Hecatombe?

—No sé.

—¿No oíste hablar de nada?

—No lo recuerdo. Yo no había nacido...

—Pero tus padres te hablarían.

—Contaban muchas cosas que, a su vez, habían oído cuando eran niños. Sé que la gente estuvo mucho tiempo escondida en los refugios antiatómicos...

—¿Y después?

—Espera. Creo recordar algo... Sí... Oí contar que unos hombres llegaron y entonces empezaron a operar a los que estaban ocultos. Así nacieron los primeros "Omega".

—¿Existían ya las fábricas?

—Creo que sí. Cuando la gente abandonó los refugios, ya trepanados, las fábricas y las ciudades-colmena estaban ya aquí.

—Y esos hombres que llegaron, ¿cómo eran?

—Yo no los vi, Lionel.

—Lo sé. Estamos hablando de lo que oíste contar a tus padres.

—Se trata de cosas muy vagas. Es posible que el tiempo las haya deformado y no hayan quedado más que leyendas.

—No importa. Te escucho...

Semper reflexionó unos instantes.

—La única cosa que recuerdo, porque me hizo bastante gracia, es que me contaron que aquellos hombres no reían nunca. Eso es. También me parece que mi madre me dijo que eran "fríos"... y así los llamaban: "Los Hombres Fríos".

Torció el gesto en una mueca que no llegó a convertirse en sonrisa.

—Quizá lo de "frío" era una manera de expresar su carácter adusto, serio.

—Es posible.

—Desde aquellos remotos tiempos, que nadie recuerda con precisión, no hay uno solo de nosotros que sepa con exactitud cómo son los "Gamma".

—Está bien. ¿Me ayudas?

—¿Qué quieres hacer?

—Vamos a colocar el mensaje en el interior de la botella metálica... Luego uniremos los cables, produciendo una descarga fuerte.

—¿Y qué crees que pasará?

—No lo sé, Alan. A estas horas, el doctor Currigan está trabajando siempre con sus rayos X. Si nuestra descarga coincide con la de su aparato, es posible que la botella pase al otro mundo.

Hizo una pausa antes de decir:

—Cuando yo fui atropellado, Lionel recibió la descarga. Eso produjo una coincidencia en el espacio y en el tiempo, lo que hizo posible que pasásemos los dos, de un mundo a otro. Ya sé que Currigan no tiene ahora ninguna botella, pero cuento con la descarga de su aparato y la de esos dos cables.

—¿Y si falla?

Se apagó súbitamente el brillo de los ojos de Walter.

—En ese caso —dijo después de un corto silencio—, estaré condenado a vivir en este horrible mundo, sin poder hacer nada por vosotros...

Se rehizo casi en seguida.

Una sonrisa llena de entusiasmo desdibujó las arrugas de su rostro.

—¡No hay que perder el optimismo! —exclamó, con tono jovial en la voz—. Coge ese cable, Alan. Yo cogeré este otro. Cuando te haga una seña, acércalo al mío, por encima de la botella, pero sin tocarla, ya que podríamos destruir el mensaje. ¿Entendido?

—Sí.

VI

—¿Has hablado con Jennifer, Alan?

El periodista hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Luego se dejó caer en el sillón, frente al que ocupaba el médico.

—¿Qué le has contado? —insistió Abel.

—Una mentira piadosa.

—¿Cuál?

—Le he dicho que Lionel fue enviado a Centroamérica para un reportaje importante.

—¿Y qué has contado en el *New Herald Tribune*?

—Otro cuento. Les he dicho que Lionel seguía la pista de algo sensacional y que me había dicho que se comunicaría con el periódico en el momento oportuno.

—Bien. No podemos sembrar la alarma. Al menos por el momento. Pero, ¿dónde diablos se habrá metido Lionel?

Semper se encogió de hombros.

—Es como si se lo hubiera tragado la tierra —siguió diciendo el médico.

Alan encendió un cigarrillo.

—¿Y el otro?

—¿El Lionel trepanado?

—Sí.

—Le he enviado a la clínica mental de mi amigo, el doctor Forrester. Comprende que no podía tenerle aquí, ni mucho menos dejarle en libertad.

—¿Le has vuelto a ver?

—Sí, ayer.

—¿Y qué?

—Sigue igual. En pleno delirio. Habla de un modo extraño. Forrester afirma que nunca vio una esquizofrenia tan tremenda.

—¿Van a someterle a tratamiento?

—No, al menos por el momento. Está en observación, en una celda acolchada, con micrófonos que captan, en un magnetófono, el contenido de su extraño delirio.

Alan suspiró.

—Lo que no entiendo es cómo pude confundirle con el otro Lionel.

—No es extraño. Son como dos gotas de agua.

—¿Y qué hacía éste en la clínica donde Jennifer había dado a luz?

—Quizá le estaban tratando allí.

—No. Ya lo pregunté. El director de la clínica me dijo que no conocía a más Lionel que al esposo de Jennifer. Además, cuando le hablé de trepanación, se rió en mis barbas.

Abel sonrió.

—Es natural. Desde el descubrimiento de los antibióticos, la trepanación ha pasado a la historia.

—¡La nuestra sí que es una historia! ¡Menudo reportaje, si supiera dónde encontrar a Walter!

Hubo una nueva pausa.

Abel se puso en pie, alisándose los pliegues de la corta bata que llevaba puesta.

—Tengo que hacer unas radiografías a un viejo paciente, al que sospecho portador de un tumor cerebral.

—¿Grave?

—Inoperable, pero intentaremos lo que sea. ¿Vienes conmigo?

Alan se puso en pie, con una cierta desgana en el gesto.

—De acuerdo.

—Ponte el delantal protector de plomo.

—Bien.

Calzados con los extraños delantales, penetraron en la sala de rayos X. Junto a ésta, en una minúscula sala de espera, estaba un hombre de edad, con los cabellos completamente blancos.

Abel le hizo pasar a la sala de investigación radiológica.

—¿Cómo va eso, señor Clement?

El viejo movió la cabeza, balanceándola de un lado para otro.

—Los dolores no me dejan, doctor.

—Bien. Un poco de paciencia. ¿Quiere echarse aquí?

Alan ayudó al viejo a tenderse sobre la cama basculante.

Mientras, Currigan acercó el aparato, situándolo sobre la cabeza del paciente. Sirviéndose de una plomada, calculó la distancia exacta y la zona que sería captada en la radiografía.

—Esté tranquilo, señor Clement.

—Sí, doctor.

Seguido por Alan, Currigan se acercó a los mandos del aparato. Tiró de una palanca y un suave zumbido se dejó oír.

—Voy a tirar varias placas —dijo a su amigo—. Haré una especie de tomografía; es decir, una serie de radiografías a distintos planos. Deseo conocer la forma y la extensión del tumor.

Semper bajó la voz para decir:

—¡Pero si has dicho que es inoperable!

—No importa. Jamás hay que perder la esperanza... aunque queda muy poca. Ninguna, en realidad.

El zumbido aumentaba de intensidad, en un "crescendo" impresionante. Parecía como si el suelo vibrase.

Abel se apoderó de la perita del disparador.

—Allá va la primera —dijo.

Apretó el botón.

Una especie de estallido coincidió con un relámpago que cegó momentáneamente a los dos hombres.

Movidos por un mismo instinto, retrocedieron, tapándose la cara con los brazos.

En los electrodos del aparato, allá arriba, en los aisladores esféricos, una tremenda chispa saltó, de uno a otro, formando un arco de luz intensísima.

Un fuerte olor a ozono quedó flotando en el aire.

—¡Dios mío! —exclamó Alan.

Currigan se quitó los brazos de delante de la cara, imitado por su amigo.

De momento, no vieron absolutamente nada.

El reflejo vivísimo de la descarga perduraba en sus retinas, haciendo que les pareciese que la estancia estaba aún repleta de luces y arcos incandescentes que flotaban ante ellos.

Poco a poco, recuperaron la visión normal.

Abel se acercó a la cama.

Semper le había seguido y fue el primero en lanzar una exclamación

de horror.

Currigan estaba mudo de espanto.

El paciente seguía allí, tendido sobre el lecho de cuero. Pero algo espantoso le había ocurrido.

¡Tenía la cabeza deshecha, reducida a una extraña pulpa gris-rojiza!

Y allí, emergiendo de su cráneo destrozado, brotaba un objeto que tenía la extraña y paradójica forma de una botella.

—¡Dios mío! —repitió Alan, casi sin aliento.

Abel seguía callado. Estaba tan intensamente sorprendido que hubiera sido incapaz de pronunciar una sola palabra.

Fue Semper quien rompió el pesado silencio que había caído sobre ellos.

Señaló el objeto que brotaba, a medias, del cráneo del desdichado anciano.

—¿De dónde se ha desprendido eso, Currigan?

Abel lanzó un suspiro.

—No lo sé.

Volvió la cabeza, echando una rápida ojeada al aparato de rayos X, pero fuera de una ligera columna de humo que brotaba de su parte superior, lo demás estaba perfectamente bien.

—Eso no es del aparato —dijo, volviéndose de nuevo para señalar el extraño objeto.

—Parece una botella.

Abel cogió unas pinzas y acercó la mano al objeto, golpeándolo con suavidad.

—Es de metal —dijo, al oír el tintineo.

—¿Y de dónde demonios ha salido?

—No lo sé. ¡Pobre señor Clement!

—Van a exigirte responsabilidades, ¿verdad?

—Desde luego que sí, pero ha sido un inexplicable accidente. Tú mismo lo viste.

—No temas. Yo seré tu testigo.

Calzándose unos guantes de goma, Abel extrajo la botella de la masa encefálica del desdichado paciente. La limpió, examinándola luego con detenimiento.

Alan estaba a su lado.

—¿No tiene nada dentro?

—Ahora veremos.

Cogió unas largas pinzas de disección, introduciéndolas por la boca del recipiente.

Pronto tropezó con algo, empezando a estirar con cuidado.

—¡Papeles enrollados! —exclamó el periodista—. Esto me recuerda las botellas que, en la antigüedad, lanzaban los náufragos al mar.

—No es cosa de broma, Alan.

—Hablo en serio…

Abel dejó la botella, desenrollando los papeles. Se acercó a la lámpara, echando una ojeada a la apretada escritura.

—¡Cielo santo! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —inquirió Semper.

—¡Es un mensaje de Lionel!

—¿Eh?

—Sí. Pero lo que dice aquí es imposible... ¡Vamos a mi despacho, Alan!

¡Le habían capturado los "Gamma"!

Ahora estaba completamente seguro. Y aunque no podía explicarse muchas cosas, como por ejemplo su llegada a aquella fabulosa y extraña ciudad, no dudaba de que había caído en un miserable cepo.

Con toda seguridad, los malditos guardianes, aquellos repugnantes "Épsilon", después de castigarle con una descarga que le quitó el conocimiento, le habían trasladado aquí... Aquí.

Pero ésta debía ser, sin duda alguna, la gran ciudad de los "Amos", el punto lejano al que se dirigían los aparatos voladores repletos de las extrañas piezas y máquinas que se fabricaban en el mundo de los "Omega".

¿Qué pensaban hacer con él?

Lionel había oído muchas cosas.

Recordaba, aunque muy vagamente, algo que le habían contado sus padres, cuando los "Hombres Fríos" habían llegado a los refugios.

Se decía que ocurrían cosas horribles en los laboratorios de aquellos monstruos, donde no se limitaban solamente a trepanar a los "Omega". Otras experiencias horribles habían tenido lugar allí.

¿Iban a hacer algo semejante con él?

No es que tuviera miedo o sintiera repugnancia ante su propia muerte. Pero no estaba dispuesto a abandonar a Jennifer y al niño.

Amaba a la mujer y al pequeño con todas sus fuerzas.

¿Qué había hecho, después de todo, para merecer el horrible castigo de verse separado de los suyos?

No era el único en haber sufrido la "descarga".

Y aunque recordaba que una de aquéllas había matado a un compañero, otros habían salido indemnes como él. Y volvieron al trabajo.

Entonces, ¿por qué no estaba él en la fábrica, como los demás? ¿Para qué le habían traído aquí?

Andaba de un lado para otro, como una fiera enjaulada, en el interior de su celda, cuyas paredes acolchadas le habían llamado, al principio, poderosamente la atención.

Un hombre venía, dos veces por día, acompañado por otro, para traerle la comida.

Eran dos tipos vigorosos, que llevaban sendas batas blancas y que le miraban con desconfianza y con temor.

¡Si pudiera vencerles!

No es que les tuviera miedo, a pesar de la fortaleza de los dos guardianes. Lo que deseaba era no fallar, dar un golpe preciso para poder escapar de su encierro, abandonar aquella maldita ciudad y correr hacia la casa-colmena para volver a ver a su mujer y a su hijito.

Lo que ocurriera después le importaba muy poco.

Quizá consiguiera ocultarse, llevar a su familia a las ruinas de la

gran ciudad que había visitado en compañía de Alan.

¿*Alan*? ¡No!

Ni Alan ni Abel. Ambos se habían convertido en enemigos suyos, quizás habían sido premiados por los amos y convertidos en "Épsilon". No, no podía fiarse de ellos.

Es más, si tropezaba de nuevo con ellos en su camino...

¡Los mataría!

Ahora lo que tenía que hacer era madurar su plan para cuando los dos hombres viniesen a darle la cena.

Saltaría sobre ellos, reduciéndoles por la fuerza. Luego saldría de allí y escaparía.

Nadie se atrevería entonces a detenerle.

Lionel lanzó un grito de entusiasmo.

—¡Mira, Alan! ¡La botella ha desaparecido!

—¿No se habrá fundido por el chispazo?

—No. Mira la mesa. Ni siquiera se ha quemado... ¡Lo hemos conseguido, Alan!

Semper se rascó dubitativamente la cabeza.

—Entonces, ¿crees que ha llegado a tu mundo?

—Sí. Ahora el viejo Abel sabe dónde me encuentro y lo que me ha pasado. Le informaba de todo...

—Pero entonces, ¿tú crees que Lionel, el número 296503, está con tus amigos, en el otro mundo?

—¡Claro que sí!

Alan suspiró.

—¡Pobrecillo!

—Sí. Debe haberse llevado una sorpresa tan grande como la que yo me llevé. Quizá más. Pero no correrá ningún peligro. Estará con mis amigos, con toda seguridad. Y ellos le cuidarán, sobre todo cuando lean mi mensaje.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy sencillo. Para que yo haya llegado aquí, ha sido necesario que mi "otro" yo, tu amigo Lionel, pase a mi mundo. Ambos somos exactos, como lo sois Alan Semper, el periodista, y tú... Pero para que yo pueda regresar a mi mundo, es necesario que el otro Lionel vuelva aquí, en el preciso instante, cuando se produzca una nueva "coincidencia espacio-temporal".

—¿Y cuándo ocurrirá eso?

—Es lo que digo a Currigan que investigue. Hay que hacer las cosas con cuidado. Pero antes de que yo regrese, y puedes imaginarte si tengo ganas de hacerlo, quiero que Currigan venga aquí.

—¿Eh?

—Lo que oyes.

—Pero, ¿para qué?

—Porque deseo que podamos investigar a fondo este mundo. Ya te he dicho que, aunque no entiendo lo que aquí haya podido ocurrir, no quiero abandonar este planeta sin haber hecho lo posible para ayudaros.

—No podrás.

—¿Por qué no?

—Los "Gamma". Son invencibles.

—Ya veremos. Tú, Alan, desconoces lo que hay en mi mundo. Existen hombres muy inteligentes, medios muy poderosos. Y, sobre todo, hay humanidad porque el hombre de mi planeta ha descubierto lo más maravilloso del mundo.

—¿Qué?

—La libertad.

Semper sonrió tristemente.

—También aquí debió existir la libertad.

—Desde luego que sí. Y ésa es otra de las preguntas que me estoy haciendo constantemente. Si ambos mundos son idénticos, ¿por qué hubo aquí una guerra atómica y no en mi mundo?

—No lo sé.

—Yo tampoco, Alan, aunque es posible que alguna vez lo sepamos. Y otra de las preguntas que me preocupa es cómo es posible que los hombres se hayan repetido, a pesar de que las circunstancias fueran distintas.

—No te comprendo.

—Por ejemplo, si aquí hubo una guerra y luego desaparecieron por completo, seguramente por la acción de los "Hombres Fríos", ciudades como la de Nueva York, ¿por qué sigue habiendo dos Lionel Walter, dos Alan Semper, dos Abel Currigan, dos Jennifers y dos niños, nacidos puede ser que en el mismo instante?

—¡Parece una locura!

—Sí, pero debe haber una explicación racional a todo esto.

—Antes dijiste que los dos mundos estaban en el mismo sitio, en el mismo tiempo, pero en distinta dimensión.

—Sí.

—¿Es eso posible?

—Perfectamente. Y no importa que se hayan producido ciertas variaciones... Por ejemplo, yo he descubierto que el lugar de la fábrica donde cayó Lionel fulminado por la "descarga" corresponde a la calle donde yo fui atropellado por el coche. Aquella calle ha desaparecido aquí, ya que en su lugar se ha construido una fábrica. Pero eso no importa. Cuando se produjeron las circunstancias de la "coincidencia espacio-temporal", los detalles fueron matemáticamente exactos.

"Yo salía de la clínica, de ver a Jennifer y al niño. El otro Lionel se encontraba "en medio de la calle"; es decir, en la fábrica. En el justo instante en que el vehículo se lanzó sobre mí, mi homónimo recibió la descarga y yo el impacto del coche. Entonces se produjo el cambio. Y ambos, en sentidos distintos, atravesamos la barrera "dimensional" que separa estos dos mundos.

—¡Es escalofriante!

—Sí.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Regresar a la ciudad-colmena. Vendremos cada tarde aquí, como se lo explico a Currigan. Y hablando de él, mañana me presentarás al otro

Abel. Tengo que ir preparándole.

—Haré lo que tú quieras.

—Lo sé, Alan. Confío en ti. No digas a nadie lo que has visto aquí ni lo que te he dicho.

—Pierde cuidado, amigo.

VII

Se iban pasando las hojas que el médico había sacado de la botella. Una a una, las fueron devorando, repitiendo la lectura, como si pudieran creer lo que había allí escrito y fuera necesario, para cada uno de ellos, volver a recorrer la pequeña y ordenada escritura de Lionel Walter.

—Pero, ¿qué... significa... esto? —balbució Alan.

Abel se pasó la lengua por los labios resecos.

Nunca, como entonces, había experimentado cosas tan dispares, emociones tan antagónicas, ideas tan contradictorias.

Dejó sobre la mesa las hojas que estaba leyendo. Luego encendió un cigarrillo.

—Parece una pesadilla...

—¿Crees todo lo que dicen esas hojas, Abel?

—¿Y por qué no?

—Pero, entonces, ¿existe ese mundo junto al nuestro? ¿Es posible?

El médico sonrió.

—No "junto" al nuestro, Alan. "En" el nuestro. Coincidimos exactamente, como esas cajas de los prestímanos que entran una dentro de la otra. Lo que ocurre es que nos encontramos en distinta dimensión.

—Sí, eso ya lo dice Lionel, pero no lo entiendo. ¿Puedes darme un ejemplo más claro?

—Sí, con mucho gusto. Imagínate dos aviones en pleno vuelo. Pueden estar en el mismo punto, donde coincidan las coordenadas espaciales, *pero no al mismo tiempo*. Ahí reside uno de les descubrimientos de Einstein al precisar que el *tiempo* es la *cuarta* dimensión del *espacio.* Ahora bien, lo que Lionel acaba de comunicarnos demuestra, bien a las claras, las falsas premisas de la relatividad. Dos cosas pueden estar al mismo tiempo en un sitio, siempre que no se hallen en la misma dimensión.

—¡Me estoy haciendo un verdadero lío!

—No exageres. Tú sabes, igual que yo, que aquí, en Nueva York, han existido muchas ciudades, desde la primitiva. Se han derribado casas para construir otras, se han delimitado nuevas rutas y caminos... ¿Quiere decir eso que las otras no hayan existido?

—No.

—Lo que ocurre es que las cosas se han "deformado" a consecuencia de la dimensión temporal. El tiempo las ha cambiado, decimos nosotros; pero si fuera posible borrar el tiempo, veríamos todas las cosas que han desaparecido, como incrustadas en las nuevas, de la misma manera que encontramos bajo las ciudades modernas, cuando

excavamos, los restos de las que las precedieron.

—Lo que ocurre con el mundo de Lionel es distinto.

—En efecto. En este caso es como en los valores matemáticos de los números. Frente a una cifra, cualquiera que sea, se halla siempre su valor negativo.

—Ahora creo que empiezo a entenderte.

—Está claro. El valor negativo y el positivo *existen*, pero no pueden estar juntos porque se anularían, convirtiéndose en *cero*. Los matemáticos encierran los valores negativos en un paréntesis; la naturaleza ha separado los mundos negativos y positivos por una dimensión distinta.

—Ya veo.

—Sé que vas a preguntarme si de los dos, el nuestro es el mundo positivo o el negativo. Ni lo sé, ni me importa. Porque no creo que la naturaleza tenga ese sentido peyorativo que nosotros tenemos de lo que llamamos negativo.

—Todo eso está bien y hasta entiendo el mecanismo que hizo que los dos "Lioneles" cambiasen de mundo; pero, ¿cómo vamos a arreglárnoslas para ayudar al pobre Walter?

—Él ha encontrado la manera de comunicarse con nosotros, cosa que podemos utilizar para estar en contacto con él.

—Pero...

—Deja que siga. Lionel desea que yo vaya allí, que estudie ese curioso y horrible mundo, no sólo para ver la manera de volver a éste, sino para ayudar a esa pobre gente.

—Es curioso lo que dice respecto a esos... Gamma.

—Y debe tener razón. Ninguna criatura humana, por muy ambiciosa que fuera, llegaría al extremo de convertir al resto de la humanidad en simples robots de carne y hueso.

—Entonces, ¿son otra clase de seres?

—Probablemente, sí.

Semper encendió nerviosamente un cigarrillo.

—¿Y tú... piensas ir, Abel? —preguntó luego.

—Si encontramos el medio de pasar de una a otra dimensión, estoy dispuesto.

—Tendrás que hacerte atropellar por un coche, como Lionel. Y el otro Abel deberá recibir una de esas famosas "descargas".

El médico sonrió.

—No, será mucho más fácil.

Alan abrió los ojos como platos.

—No irás a decirme que ya has pensado algo, ¿verdad?

—Así es.

—¿De qué se trata?

—Del electroschock.

—¿Eh?

—Sí, amigo mío. Una corriente de unos noventa voltios será capaz, así lo creo yo, de desencadenar ese proceso que nuestro buen amigo Lionel ha bautizado con el nombre de "coincidencia espacio-temporal". Pero tendrá que hacerse en el mismo segundo. Y hay que prepararlo

muy bien. No se trata esta vez de proyectar, a través de la cortina dimensional que nos separa de ese otro mundo, una simple botella metálica.

—¡No haría yo la experiencia!

La sonrisa se alargó en el rostro de Abel.

—Déjate de bobadas. Lionel carece de medios técnicos para preparar la experiencia. Lo primero que tendremos que hacer será enviarle un aparato de electroschock y unos relojes precisos.

—¿Por el mismo procedimiento que él ha enviado la botella?

—Parecido. Y ahora que recuerdo, tengo que llamar al Colegio de Médicos y luego a la policía.

—¿Por lo de ese pobre Clement?

—Sí.

Iba a alargar la mano, cuando el teléfono, sobre la mesa, empezó a repiquetear con insistencia.

El médico descolgó el combinado, acercándoselo al rostro.

—¿Diga?

—¿Es Currigan?

—El mismo. ¿Ocurre algo?

Hubo una pausa antes de que el otro dijera, con un hilo de voz:

—Lo lamento mucho, Abel.

—¿Qué ha pasado, Forrester?

—El enfermo.

—¿Muerto? —inquirió Currigan, con un escalofrío de horror.

—No. Se ha escapado...

Abel se quedó de piedra, sin saber qué decir.

—¿Me has oído, Abel?

—Sí... perfectamente... te he oído.

—Me disponía a llamar a la policía, pero quise advertirte antes.

—Has hecho muy bien. ¡No llames a la policía, Forrester!

—Pero, ¿por qué?

Abel dudó unos instantes.

—Luego te lo explicaré. ¿Sabes dónde vive el profesor Mars?

—Desde luego que sí.

—Espérame a la puerta de su casa dentro de una hora.

—Pero...

—Haz lo que te digo, Forrester. Y no digas nada absolutamente a nadie. ¿Entendido?

—Como tú quieras.

—Hasta luego.

Currigan colgó el microteléfono con un gesto de cansancio infinito.

Permaneció así, con la mano apoyada en el combinado de ebonita, la mirada perdida. Su frente se había cubierto de arrugas que formaban hondos surcos paralelos sobre su piel blanca y lechosa.

Alan había oído perfectamente la conversación.

Por eso no dijo nada.

La noticia le había golpeado con violencia, como al médico; pero, sin embargo, Semper no llegaba a medir con exactitud las repercusiones que podía tener la fuga del Lionel del otro mundo.

Se acercó al médico, poniéndole una mano en el hombro.

Abel se estremeció, levantando luego la mirada hacia el rostro de su amigo.

—¿Qué va a suceder ahora, Currigan? —preguntó éste.

El otro se encogió tristemente de hombros.

—Nadie puede predecirlo, Alan. Es como si estuviésemos divirtiéndonos con un juguete desconocido, que puede ser una bomba u otra cosa aún peor.

—Pero no le ocurrirá nada a nuestro Lionel, ¿verdad?

—Eso es, precisamente, lo que me estaba preguntando. Y he llegado a la desesperante conclusión de que, en efecto, cualquier cosa horrible puede sucederle a Lionel.

Y como Semper no dijera nada, siguió hablando:

—La condición indispensable, *sine qua non,* como dicen los juristas, para que nuestro amigo regrese a este mundo es, sin duda alguna, que el otro Lionel se preste a hacerlo, en el mismo instante. Pero si el Lionel que nos es extraño desaparece, nuestro compañero no podrá volver nunca.

—Podemos encontrar al fugitivo.

—Eso espero. Y también deseo que sea lo más pronto posible; pero hay algo que me está torturando desde hace unos instantes.

—¿De qué se trata?

Currigan bajó la voz hasta convertirla en un medroso murmullo.

—Imagínate, Semper, que algo ocurriera a ese fugitivo. Piensa, por un momento, que se metiera en un jaleo importante..., piensa que le matasen...

—¿Por qué habrían de matarle?

—No lo sé. Es un hombre confundido, con el cerebro lleno de cosas terroríficas. Por desgracia, cuando descubrimos que no era nuestro Lionel, no podíamos explicarle lo que luego hemos sabido gracias al mensaje de la botella.

—Incluso si le ocurriera un accidente y muriera... Lo único que se me ocurre es que Lionel no podría volver aquí.

—No es sólo eso.

—¿Entonces?

—Yo no sé hasta qué punto, en las circunstancias actuales, la vida de los dos Lionel está ligada, emparejada en íntima interdependencia. Si así fuera, y es eso lo que me hace temblar de pavor, si el Lionel que corre ahora por las calles sufriera un accidente mortal, el otro podría morir también en el extraño mundo en el que se encuentra.

—¡No digas eso!

Semper se estremeció de pies a cabeza.

Luego, mirando con fijeza al médico, inquirió con voz truncada por la emoción:

—¿Cómo puede depender la vida de dos seres de esa manera? ¡Es absurdo!

—¡Ojalá lo sea!

Hubo un corto y pesado silencio.

Luego, Abel esbozó una pobre sonrisa.

—Voy a ir a casa del profesor Mars. Allí me espera Forrester. Quisiera, Semper, que te dedicases a una sola cosa, sin descanso.

—Comprendo. ¿Quieres que busque a Lionel número dos?

—Sí.

—Pierde cuidado.

—No olvides que la seguridad del número uno depende del número dos, amigo mío. Avisar a la policía, por el momento, pudiera ser contraproducente...

—Confía en mí, Abel.

—Gracias, muchacho.

Archibald era un hombre de pequeña estatura, con un cráneo enorme, lo que le daba el aspecto de una criatura que hubiese sufrido, en su niñez, una crisis de fuerte raquitismo.

Pero no era así.

El enorme desarrollo del cráneo del profesor Mars estaba íntimamente ligado al de su cerebro.

Hacía dos años que le fue concedido el Premio Nobel de Física por sus investigaciones en lo que él mismo llamaba "los campos límite", una oscura y misteriosa rama de la Física que muy pocos hombres eran capaces de entender.

Leyó atentamente las notas de Lionel que Currigan le había llevado, y que también leyó, con asombro, el doctor Forrester.

Se encontraban los tres en la amplia biblioteca de la casa de Mars. Los libros ocupaban la totalidad de las paredes, hasta el techo, no dejando libre más que el justo espacio para dos ventanas y una puerta.

Un criado les había servido café y licores.

Archibald se echó hacia la frente las amplias gafas de montura negra, clavando su aguda mirada en el rostro de sus visitantes, pero deteniéndola en el de Abel.

—Es el mejor regalo que usted podría haberme hecho, doctor Currigan —dijo.

—¿El mejor regalo, profesor? Temo no entenderle...

—Sí, amigo mío. Esto —y golpeó las cuartillas que tenía sobre la mesa— constituye la demostración palpable y completa de mis teorías.

—Pero...

—Perdone unos instantes. Usted sabe que he estado trabajando todos estos años en un aspecto de la Física verdaderamente apasionante: "los campos límite". Yo defiendo la tesis de la "pluralidad dimensional" en el Universo. Algunos fenómenos vinieron a demostrarme la *certeza* de mis ideas. Por ejemplo, de vez en cuando algunos aviones han desaparecido misteriosamente en el aire. ¿No es cierto?

—Sí.

—La Prensa primero y después los ingenieros afirmaron que el aparato en cuestión se había desintegrado. No se equivocaban. Lo que confundían es el verdadero sentido y significación de la palabra " desintegración".

Hizo una pausa.

—"Desintegrar" es, sencillamente, "no integrar", no formar parte de

algo a lo que antes se pertenecía. Fíjense bien que hay otras palabras para representar la idea de un partimiento hasta lo más pequeño posible. Cuando decimos que una cosa se ha "deshecho" o que se ha "pulverizado", nos expresamos con toda corrección, ya que todo el mundo entiende que dicha cosa se ha divido en partes muy pequeñas, perdiendo el aspecto que antes poseía.

—Eso está claro, profesor.

—Pero la pequeñez tiene un límite marcado por la naturaleza: el átomo. Los corpúsculos que componen el átomo no pueden estar en libertad más que en pequeñísimas cantidades, sin formar nunca nada que pudiéramos calificar de "materia". Ahora bien, si desintegramos algo... ¿no dividimos incluso su estructura atómica?

—Desde luego que sí.

—Pero no podemos destruirlo, en el sentido material que tiene esa palabra. Lo que hacemos es "desintegrarlo" de nuestro mundo para que se "integre" en otra dimensión. Llegar al estado de desintegración es lo que yo llamo "campo límite"; es decir, el paso de uno a otro universo: del positivo al negativo, o viceversa.

—Entonces, ¿usted ya había previsto la existencia de otro universo, igual al nuestro, pero de signo contrario?

Mars sonrió.

—No he sido yo, mi querido amigo. Mucho antes de que yo me ocupase de esta clase de investigaciones, se hablaba ya de materia negativa, y se había señalado la desaparición de galaxias enteras que, de repente, se borraron de nuestro espacio.

—¿Desintegrándose?

—Hablando vulgarmente, sí. Lo que ocurrió es que llegaron a un "campo límite". Y entonces pasaron sencillamente al otro universo.

Entornó los ojos, como si estuviera contemplando algo lejano, ignoto, tremendamente complejo.

—Es evidente —dijo luego— que existe una corriente entre los dos universos; el nuestro y el otro. Basta que existan "campos límite" para que se lleve a cabo una especie de "osmosis" entre los dos cosmos.

—¿Y eso fue lo que ocurrió con Lionel?

—Sí, mi querido Currigan. Aunque, en este caso, estoy plenamente convencido de que el motor fue la mente de los dos hombres, una especie de "instinto de evasión".

—No entiendo.

—Verá. Lionel, el que ustedes llaman el número uno, vio que un coche se le echaba encima. En las cortas décimas de segundo que precedieron al atropello, la mente de Walter se aferró desesperadamente a una idea de huida. ¡Quería escapar, fuera como fuese, del peligro de muerte que se le echaba encima!

—Eso es natural.

—Al mismo tiempo, en el otro planeta, un hombre recibía una descarga que había sido mortal varias veces. Las mismas ideas de evasión se produjeron en su enloquecido cerebro.

—Ya veo.

—Por eso, con el esfuerzo mental conjunto de ambos hombres,

consiguieron realizar un "campo límite", que les hizo pasar de un mundo a otro. Afortunadamente, las consecuencias de ambos accidentes no fueron fatales.

Forrester estaba admirado.

—Me complace saber, profesor, que la mente de un hombre es capaz de saltar barreras de ese tipo.

Pero Currigan, menos entusiasta que el otro, seguía inquieto.

—Profesor…

—Diga, Abel.

—Si algo malo ocurriera al Lionel número dos, ¿repercutiría sobre el número uno? Me refiero a un accidente mortal…

Mars reflexionó unos instantes.

—Es un problema complejo el que usted me plantea, doctor. Sin embargo, voy a intentar decirle algo… El paso de materia no viva de un universo a otro no altera demasiado las propiedades de la citada materia. Es posible que se produzcan ciertos cambios estructurales, pero de ínfima importancia. En el caso de seres vivos, la cosa cambia. Y aún más, cuando se trata de criaturas humanas. Hablando claro, podernos decir que Lionel, tanto el uno como el otro, *no están en su universo.* Eso implica una situación delicada. Y yo me pregunto: ¿Puede un hombre morir en un universo que no es el suyo?

—¡Por favor, profesor! —intervino Forrester—. Bien ha habido cosmonautas que han muerto en planetas que no eran la Tierra.

Archibald lanzó una mirada al psiquiatra; una mirada llena de conmiseración.

—Esos hombres murieron en *su universo*, doctor. Aunque la muerte se produjese a mil millones de años-luz de nuestra galaxia, esos cosmonautas *seguirían estando en su universo.*

—Entiendo.

—Los dos hombres que nos ocupan están en *universos distintos*. ¿Lo comprende ahora?

Forrester bajó la cabeza, avergonzado.

—Sí, profesor. Perdone mi error.

—No tiene importancia. Y ahora oigan mi opinión, señores. Estoy plenamente convencido de que, mientras permanezca en nuestro mundo, el Lionel número dos no puede morir.

—Entonces, es… —balbució Abel.

—Inmortal —fue la escalofriante respuesta del profesor.

VIII

Caminaba como una fiera.

Había corrido al principio, pero luego fue serenándose, viendo que si caminaba de manera normal no llamaba la atención de nadie.

¡Cómo odiaba a aquella ciudad!

La había atravesado de parte a parte, sin apenas detenerse, mareado por la intensidad del tráfico de las calles, por el gentío que ocupaba las anchas pero insuficientes aceras.

Sólo empezó a tranquilizarse cuando llegó a los barrios extremos, allí

donde habían desaparecido los gigantescos edificios y no había más que casitas rodeadas de jardines; donde poca gente circulaba por las calles; donde la circulación rodada era muy poco intensa. Respiró.

Estaba anocheciendo y sentía hambre y sed. Durante toda aquella interminable jornada había caminado sin cesar, viéndose obligado a rehacer camino por dos veces consecutivas, ya que tropezó con el mar y tuvo forzosamente que retroceder.

Debía tener mucho cuidado.

Estaba seguro de que no tardarían en dar la alarma y que los "Hombres Fríos" se lanzarían en su búsqueda.

Lo que no comprendía era la existencia de tanta gente que, indudablemente, no parecían ser "Gamma". Siempre creyó que la ciudad de los "Amos" debía estar vacía, habitada tan sólo por aquellos poderosos y crueles señores. No importaba.

Tenía que encontrar el camino para regresar a la ciudad-colmena, para volver junto a Jennifer y el niño. Pero ahora tenía hambre y sed.

Había visto muchos establecimientos, aunque no comprendió el porqué de aquella exhibición de alimentos. Pero no se atrevió a acercarse a ninguno de ellos, debido a la gente que le rodeaba por doquier. Ahora era distinto.

Se encontraba en un barrio tranquilo, silencioso, casi desierto. Y cuando vio el surtido escaparate de una tienda, profusamente iluminado, no pudo resistir más y caminó hacia allí.

Se puso furioso al ver que existía una barrera de cristal entre él y los ansiados alimentos.

A través del escaparte vio a un hombrecillo regordete que llenaba el cesto de una mujer, junto al mostrador. Reflexionó unos instantes, diciéndose que era posible que el hombre no lo reconociera como a un "Omega".

Allí, en la ciudad de los "Gamma", ni siquiera debían conocer la existencia de los esclavos de las fábricas. Entró.

La mujer salía en aquel momento y el hombre regordete se acercó a Lionel con una sonrisa comercial en sus gruesos labios.

—¿Qué desea, señor?

—Algo para comer.

—¿Tiene preferencia por alguna cosa en particular?

—No, me es lo mismo. Y déme algo para beber.

—Bien. Le prepararé una bolsa.

El hombrecillo fue de una estantería a otra, llevando una bolsa de papel donde iba colocando la mercancía. Puso algunas latas de carne, una de piña tropical, un paquete de queso, otro de salchichas y, finalmente, dos latas de cerveza.

Tendió la bolsa a Lionel, que la cogió con mano ávida.

—Son tres con sesenta, señor.

Walter frunció el ceño.

Giró sobre sus talones, con la evidente intención de dirigirse hacia la puerta.

Pero el hombrecillo, con una ligereza extraordinaria, se le adelantó, colocándose en la puerta del establecimiento, con los brazos extendidos.

Había perdido su sonrisa.

—Si no tiene dinero, ¿para qué me ha molestado? Déme la mercancía y váyase. No me obligue a llamar a la policía...

¿"Dinero"? ¿"Policía"?

Lionel intentaba entender el complejo lenguaje del hombrecillo. Sin embargo, se dio cuenta de que lo que el otro deseaba era impedirle salir de allí.

Algo había marchado mal. ¿Se habría percatado de que era un "Omega"?

—¡Devuélvame mis cosas! —instó el otro, con voz chillona.

Aquello enfureció a Lionel.

Avanzando hacia el hombre, le dio un empellón, haciéndole caer al suelo. Luego salió de la tienda, mientras el hombrecillo gritaba tras él, con aquella voz chillona y desagradable.

—¡Socorro! ¡Policía! ¡Al ladrón!

Walter no se molestó siquiera en echar a correr. Ni se volvió.

Por eso no vio al hombrecillo, que había corrido hacia un coche-patrulla que pasaba por allí.

—¡Oficial! —gritó el tendero—. ¡Aquel hombre me ha robado! Se ha llevado mi mercancía sin pagarme y me ha golpeado, tirándome al suelo.

El sargento McLister sonrió.

—Se lo traeremos en seguida —dijo. Y volviéndose hacia su compañero, añadió—: Vamos, Charlie... allí va...

El otro puso en marcha el coche, al tiempo que decía:

—Debe estar loco ese tipo... Ni siquiera ha apretado el paso.

—No te preocupes. En cuanto nos vea, echará a correr.

Pero no ocurrió así.

Momentos después, el coche-patrulla pasaba ante Lionel, frenando en seco. McLister bajó del vehículo, interpelando al desconocido.

—¡Eh, usted! ¡Espere!

Walter se detuvo, volviéndose.

Fue entonces, al ver el uniforme de los policías, aunque aquello no tenía ninguna significación concreta para él, que intuyó el peligro.

Y echó a correr.

—¡Vamos, Charlie! —gritó el sargento.

El coche dio un respingo, aumentando de velocidad en pocos segundos. Así adelantó al fugitivo, tras el que corría McLister.

Luego, en una hábil maniobra, Charlie subió a la acera, cortando el paso del delincuente.

Deteniéndose, Lionel se volvió hacia el sargento.

Una furia loca se apoderó de él.

Empuñando con fuerza la bolsa, levantó el brazo y se lanzó hacia el policía.

McLister no esperaba nunca que un simple ladronzuelo de comida le hiciese frente. Por eso no intentó defenderse y recibió el golpe sobre la cabeza, desplomándose como un saco.

Charlie, que había saltado del coche, sacó la pistola, al tiempo que se estremecía de pies a cabeza pensando si el sargento habría muerto.

—¡Alto! —gritó.

Pero Lionel siguió corriendo.

Entonces, furioso, Charlie disparó. Lo hizo con una precisión matemática, hija de un entrenamiento constante que le había convertido en uno de los mejores tiradores del distrito al que pertenecía. Se quedó boquiabierto.

Estaba completamente seguro de haber metido la bala en los riñones del desconocido.

Pero éste prosiguió su alocada carrera, desapareciendo en la próxima esquina.

Temblando, Charlie se acercó entonces al cuerpo del sargento, arrodillándose a su lado. Le palpó el pulso y, al no encontrarlo, desabrochó la guerrera, colocando su mano sobre el pecho del policía.

El corazón no latía.

El sargento McLister había muerto.

Al golpear a aquel hombre con el paquete, la bolsa de papel se había desgarrado y Lionel perdió todo su contenido.

No pensó en ello hasta haberse alejado bastante del lugar donde intentaron detenerle.

¡Aquellos malditos servidores de los "Gamma" habían descubierto que él era un "Omega"!

Le perseguirían por todas partes, sin descanso. Tenía que huir.

Abandonar aquella ciudad, alejarse de ella cuanto antes, pero encontrando el camino que le llevase a la ciudad-colmena. Dejó de correr.

El corazón le brincaba desaforadamente en el pecho. Respiraba con dificultad y tuvo que detenerse un poco para recobrar el aliento. Miró a su alrededor.

Las casas ofrecían el mismo aspecto en aquella calle tranquila. Había jardines delante de cada edificación.

De no haberse encontrado en aquella triste situación, Lionel se hubiera parado a contemplar aquellas casitas que, no obstante, le causaron una encantadora impresión.

¡Qué diferencia con las feas casas-colmenas!

Se imaginó, por un instante, al pequeño de Jennifer jugando en uno de aquellos jardines, bajo la feliz mirada de la madre. Rechinó los dientes.

—¡Malditos! —rugió.

Ahora que conocía la ciudad de los "Amos", hablaría de ella a sus compañeros de trabajo. Les contaría todo lo que había visto, aquellas ventanas iluminadas que mostraban mil golosinas para el estómago, vestidos para mujeres y hombres...

El cuerpo le recordó dolorosamente que no había probado bocado desde hacía muchísimo tiempo. Maldijo a los dos hombres uniformados, al hombrecillo que gritaba de aquella manera desaforada. Y, de repente, se sintió cansado. Todas sus ansias de seguir andando desaparecieron como por ensalmo. Volvió a mirar en derredor suyo y se dirigió a uno de los jardines, buscando un lugar en el que poder tenderse un poco. Y

descansar.

La hierba era suave y olía muy bien. Caminó sobre ella, alejándose de la vereda que dibujaba un trazo serpenteante delante de la casa. Una de las ventanas estaba iluminada. Movido por una curiosidad que aminoró un tanto el cansancio que le dominaba, Walter se acercó, cautelosamente, diciéndose que podría ver algo, allí dentro, de lo que luego hablaría a los otros "Omega".

Fue aproximándose a la ventana. Pegándose a la fachada, se movió, poco a poco, adelantando la cabeza, hasta que consiguió echar una ojeada al interior del edificio. ¡Estuvo a punto de lanzar un grito! Se quedó inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua de piedra, con los ojos desmesuradamente abiertos. Como platos.

Porque allí, en una linda habitación, había una mujer que mecía dulcemente una cuna. ¡Y aquella mujer era... *Jennifer*!

—Tendré que informar al Gobierno.

Abel frunció el ceño.

—¿Es verdaderamente necesario, profesor?

Mars asintió con la cabeza.

—Imprescindible, doctor. Ese asunto puede tener mucha más importancia de la que aparenta. No podemos ocultarlo...

Y al ver la expresión de desconsuelo que aparecía en el rostro de Currigan, se apresuró a agregar:

—No se preocupe. Hablaré con el presidente y con el secretario de Estado. Ellos no informarán más que a un limitado número de personas: las estrictamente indispensables.

—Entiendo.

—Además, piense que vamos a necesitar su apoyo, el del Gobierno naturalmente, para poder realizar los ensayos suficientes que nos permitan entrar en comunicación con ese otro universo.

—Entonces, ¿está usted dispuesto a hacer algo en favor de esos desdichados "Omega"?

—¡Naturalmente! No sólo me empuja el indudable interés científico del asunto, que me apasiona, sino el deseo de llevar la justicia a ese mundo que, por lo que hemos leído, podríamos calificar de "negativo".

—¿Y Lionel?

—¿A cuál se refiere usted?

—Al número uno. Él espera mi respuesta y mi decisión de ir allí para ayudarle.

—No veo ningún inconveniente en que usted haga una y otra cosa. Si el procedimiento del electroschock resulta válido, mejor. Pero lo que yo me propongo es muy distinto.

—¿Puede decírnoslo? —intervino Forrester, mordido por la curiosidad.

—¿Por qué no? Yo voy a intentar, con otros amigos míos, preparar una expedición a ese mundo. No obraremos, desde luego, como piensa hacerlo el doctor Currigan; es decir, no emplearemos el "cambio" de una criatura de ese mundo con otra del nuestro.

—¿Cómo lo conseguirán entonces?

—Cuando hayamos logrado montar un procedimiento seguro para viajar de un universo a otro. No podemos depender de criaturas del mundo negativo.

—Entiendo.

—De todas formas, necesitaremos los informes que usted y Lionel nos envíen hasta que nosotros hayamos preparado nuestro aparato.

—Cuente conmigo.

—Gracias doctor. Mi hija Sonia irá con usted a su casa, donde permanecerá para recibir y enviar los mensajes, una vez haya conseguido pasar al universo negativo.

—De acuerdo.

—Mi hija Sonia es doctora en Física y conoce, por lo tanto, todos mis trabajos. Puede serle, doctor, de gran utilidad.

—Yo también quisiera ayudarle —terció Forrester.

—Me parece muy bien, amigo mío.

Mars se puso en pie.

—Puesto que todo ha quedado aclarado, voy a dar instrucciones a Sonia. ¿Cuándo se propone contestar a Lionel, doctor?

—Esta misma noche.

—¿Utilizando una descarga de rayos X?

—¡Oh, no! Emplearé el mismo procedimiento que ha servido a Walter: una descarga eléctrica, simplemente. No quiero que ocurra nada malo. No sabe usted el mal rato que he pasado en la Comisión Médica.

De nuevo intervino Forrester:

—Ellos se dieron cuenta, en seguida, de que lo de su cliente había sido un desdichado accidente.

—Lo sé, pero me apena mucho lo ocurrido al pobre Clement.

Archibald salió unos momentos, volviendo poco después en compañía de su hija.

Sonia era una muchacha alta, muy hermosa, con una amplia frente y unos bellos ojos azules.

Saludó a los visitantes de su padre, escuchando luego lo que éste le decía.

—¡Pero esto es maravilloso, papá! Se ha confirmado por completo tu teoría...

—Así es, hijita. ¿Ayudarás a los doctores Currigan y Forrester?

—¡Encantada!

Momentos después, en el coche de Abel, se dirigían, atravesando la ciudad, a la casa del doctor, donde llegaron en veinte minutos.

—Utilizaremos la misma botella metálica —explicó Abel cuando estuvieron en su despacho—. ¿Quiere ponerse a la máquina de escribir, señorita Mars?

—Sí, doctor.

—Voy a dictarle un amplio mensaje para Lionel. Le enviaremos la botella. Y media hora más tarde le enviaremos, en el interior de una caja igualmente metálica, un aparato de electroschock y algunos relojes precisos.

Sonia metió el papel en el carro.

—Ya estoy preparada. Cuando quiera, doctor.

—Bien. Escriba...

Al salir de la fábrica, pasando por las puertas electrónicas de control, Lionel avanzó apresuradamente hacia el autobús, junto al que le esperaba su amigo.

—¡Hola, Alan!

—Hola. Subamos.

Como de costumbre, no hablaron una sola palabra durante el trayecto. Sólo al abandonar el vehículo, ya junto a la ciudad-colmena, Walter, que no podía más, inquirió:

—¿Le has visto?

—Sí.

—¿Y bien?

Semper caminó unos pasos antes de contestar.

—No me ha creído ni una sola palabra.

—Era de esperar.

—Pero le he convencido para que se reúna con nosotros, esta noche, en la casa que tú llamas la del "doctor".

Walter sonrió.

—¡Gracias, amigo!

El otro le devolvió la sonrisa.

—Te juro que no me extraña que Currigan me haya tomado por un loco. Yo mismo, a veces, me pregunto si no estaré soñando. Hoy tuve que recibir dos pequeños avisos para no perder el ritmo del trabajo.

—Ten mucho cuidado, Alan.

El otro se echó a reír.

—Es que no sé si sabes que, a veces, se me ocurre que lo mejor para mí sería recibir una de esas descargas que hizo que el otro Lionel fuera a tu mundo.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Yo no tengo aquí a nadie, y, por lo que me has contado, tu mundo es un lugar estupendo. ¿Qué hace el otro Alan?

—Ya te lo dije: es periodista.

—¿Y eso qué es?

Lionel le explicó, como pudo, lo que era la Prensa y la complicada mecanización que era necesaria para hacer que el público estuviera informado de lo que sucedía en el mundo.

—Debe ser un trabajo muy bonito.

—Lo es.

—¿Y dices que ese Alan Semper no tiene familia?

—No. Es un soltero empedernido.

El tono de voz de Semper cambió bruscamente.

—Yo hubiera podido ser muy feliz, pero mi esposa murió... así como mi niño...

—Ya lo sé. Y créeme que lo siento.

Semper sonrió de nuevo.

—Eso pertenece al pasado. Pero no creas que te hablaba en broma antes. Me vendrían muy bien unas largas vacaciones en ese maravilloso mundo tuyo...

—¡No digas tonterías!

—¿Tonterías?

—Sí. Bien sabes que es imposible un cambio, a menos que cuando tú recibieses la descarga, al otro Alan le ocurriese algo igualmente tremendo. Además, la descarga suele ser mortal.

—Vale la pena probarlo...

Lionel se volvió hacia él, fulminándole con la mirada.

—No cometas locuras, muchacho. Deja las cosas como están. Si todo sale bien, este mundo volverá a ser como antes, como el mío.

—Estaba bromeando, Walter.

—Lo suponía. Vamos a mi casa.

Echaron a andar.

Alan miró de reojo a su amigo. No había hablado en broma, sino muy en serio.

Desde que oyó contar a Walter tantas y tantas cosas maravillosas de su mundo, Alan no había dejado de pensar en ello.

¡Claro que valía la pena intentarlo! Después de todo, si la descarga le mataba, no iba a salir perdiendo demasiado. Pero si acertaba...

Se pasó la lengua por los labios, como si se relamiese por anticipado.

¡Naturalmente que lo intentaría!

IX

Al percatarse de que el niño se había dormido, Jennifer sonrió, empujando luego la cuna hacia el rincón de la estancia.

En la chimenea, los falsos troncos de materia refractaria, rodeados por hilos incandescentes que lanzaban rayos infrarrojos, proyectaban en la habitación un dulce calor agradable. Jennifer suspiró.

Hubiera dado cualquier cosa por tener a su lado a Lionel. No se explicaba que su esposo, justamente en el momento en que más le necesitaba, hubiera cedido a los requerimientos de su director.

¿O es que el periódico le importaba más que su familia? Sonrió.

No debía dejar llevarse por aquellas deprimentes ideas. Estaba completamente segura del amor que la profesaba su esposo. Y si ahora se hallaba lejos, debía ser por algo verdaderamente importante. Se dirigió hacia el mueble bar.

Hubiera tomado algo, pero resistió la tentación, abriendo la tabaquera, de la que extrajo un cigarrillo, que encendió luego, saboreando el perfumado humo del tabaco.

Tomó asiento en uno de los cómodos sillones del living, echando una ojeada hacia la cuna, donde el pequeño continuaba durmiendo.

Pensó luego en que Lionel no había visto al niño desde que había estado en la clínica, apenas una hora después del nacimiento de su hijo. Pronto volvería a verle, pensó.

Bruscamente, sin saber exactamente por qué, se estremeció.

Fue una sensación difícil de catalogar, como si tuviera el presentimiento de que algo extraño iba a ocurrir. Se puso en pie.

Estaba completa, absolutamente convencida de que "algo" iba a acontecer en cualquier momento. No sabía qué, pero experimentaba

una intranquilidad creciente, una angustia que iba apoderándose de ella de una forma espeluznante.

Se quedó en pie, mirando en derredor suyo, fijándose en la cuna donde dormitaba el niño, sintiendo que le temblaban las manos, que oleadas de calor le subían a las mejillas.

Y de repente... llamaron a la puerta.

No a la principal, sino a la que daba a la cocina. Una llamada apagada, casi imperceptible, pero que penetró en su cerebro como si los golpes resonasen directamente en los huesos del cráneo.

—¡Voy! —dijo, al tiempo que echaba a andar.

Atravesó el living, recorriendo el pasillo hasta llegar a la cocina. Ésta era ancha, limpia, moderna, funcional. La puerta estaba al otro lado, junto al monumental refrigerador.

La puerta estaba formada por un marco en el que se adaptaba un cristal de roca, traslúcido. Ella vio la silueta que se dibujaba sobre el cristal. Y una emoción intensa se apoderó de ella. Abrió la puerta.

—*¡Lionel!*

Él se quedó mirándola. Tenía una expresión rara en el rostro. Ella notó en seguida que él había adelgazado. Tenía dos arrugas, en forma de paréntesis, que le rodeaban la boca. Los ojos estaban rodeados por amplias ojeras.

—Pasa...

Entró, arrastrando los pies, dejándose caer sobre una de las sillas, suspirando profundamente.

En aquellos momentos, ni siquiera se preguntó lo que Jennifer y el niño estaban haciendo allí, en la ciudad maldita de los "Amos". Estaba demasiado débil para preocuparse.

—Tengo hambre, Jennifer.

Ella se echó a reír, profundamente emocionada.

—¡Qué tonta soy, querido!

Corrió hacia el refrigerador. Luego se activó, yendo de un lado para otro, colocando plato tras plato sobre la mesa.

—Come, cariño.

Se extrañó no tanto del apetito extraordinario que demostró tener Lionel, sino de algo vago que había en su actitud, algo distinto, que ella no conseguía analizar, pero que su intuición femenina percibía agudamente.

Cuando hubo saciado, aparentemente, su hambre y su sed, levantó la cabeza para mirarla.

—¿Qué haces aquí, Jennifer? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Ya comprendo. Te han traído para tenderme una trampa. Escapé de sus malditas casas, pero no pueden permitir que un "Omega" se pasee por la ciudad de los "Amos".

Ella frunció el ceño.

No había comprendido ni una sola palabra de lo que él acababa de decirle. No obstante, muchas otras veces, cuando su esposo regresaba tras algún trabajo agotador, solía estar aún bajo el influjo del reportaje que había hecho.

—Deberías acostarte, querido...

Él denegó enérgicamente con la cabeza.

—¡No! ¡Tenemos que huir de aquí! Hemos de volver a la ciudad-colmena antes de que nos descubran.

—Pero...

—¿Y el niño? ¿Cómo conseguiste sacarlo de la guardería?

Por primera vez, ella sintió miedo.

Aquella vaga impresión que la previno, desde el mismo momento en que Lionel entró en la casa, volvió a clavar su agudo aguijón en la conciencia despierta de la mujer.

Ahora, Walter se había puesto en pie y ofrecía un aspecto feroz, como si estuviera dispuesto a luchar contra cuantos enemigos se presentasen; pero, al mismo tiempo, ella leyó el pánico que brincaba en las pupilas del hombre.

—¡Prepara al niño, Jennifer! —instó él—. Nos vamos en seguida...

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para conservar la serenidad.

Por fortuna, era una mujer de pies a cabeza, capaz de dominar el pánico y actuar como si nada extraño ocurriera.

—Voy, querido —repuso, experimentando una cierta aprensión al aplicar aquel cariñoso apelativo a Lionel.

¿Qué estaba ocurriendo?

Por primera vez, se sentía separada de su esposo por una barrera que, de pronto, se había interpuesto entre ellos dos.

Súbitamente, una idea atravesó su mente. Se detuvo, cuando ya iba hacia la puerta, volviéndose.

—Voy a darte una taza de té. Perdona, Lionel. Lo había olvidado.

El hombre había vuelto a sentarse y siguió con la mirada los movimientos de su esposa. No llegaba a comprender lo que estaba ocurriendo.

Se preguntaba el motivo que "ellos" habrían tenido para traer a Jennifer y al niño a la ciudad de los "Amos". Y por lo que había visto por la ventana, les habían proporcionado una magnífica casa.

Rechazó las ideas con violencia.

¡Lo que ocurría es que querían capturarle!

Y no habían parado en medios. Quizá, para castigarle, iban a entregarle a los hombres que trabajaban en los misteriosos laboratorios de los "Gamma".

—Tu té, querido.

—Está bien, Jennifer, pero date prisa.

—Ahora mismo nos vamos. Voy a preparar al niño.

Abandonó la cocina, pasando al salón y dirigiéndose hacia la cuna.

El pequeño seguía durmiendo, con los puños fuertemente apretados, no lejos de la rosada boca.

Ella se volvió, poniendo las manos en los barrotes de la cuna, cubriéndola con su cuerpo, dispuesta a defender al niño... *a defender al niño...*

Se estremeció.

"¿Qué me está pasando. Dios mío? —se dijo, en voz baja—. Estoy aquí, dispuesta a defender a mi hijo... contra su padre..."

De nuevo sintió una cierta repugnancia al asociar a ella, de manera tan directa e íntima, el hombre que estaba en la cocina. Era como si algo, en su propio cuerpo, rechazase tal posibilidad.

Ella había descubierto, desde que se casó con Walter, esa intimidad que está muy por encima de las palabras que se pronuncian, de los actos que se realizan: una especie de comunión estrecha que hace que ninguna clase de barrera se levante entre dos esposos.

Y ahora...

¿Qué estaba ocurriendo? ¿De dónde procedía aquel sentimiento de asco que se estaba apoderando de ella?

¿Es que dejaría de amarle si estuviese enfermo... si hubiese perdido la razón?

Un escalofrío le recorrió la espalda.

De todos modos, había obrado con cuidado. Y ahora, toda oídos, escuchaba atentamente, oyendo incluso los fuertes golpes que su alocado corazón le daba en el pecho. Hasta que oyó el golpe fuerte, en la cocina.

Esperó unos instantes, medio muerta de miedo.

Luego avanzó cuidadosamente hasta la puerta, asomándose. Vio entonces que Lionel yacía en el suelo, junto a la silla, que había derribado al desplomarse.

Encendiendo nerviosamente un cigarrillo. Jennifer corrió hacia el teléfono, marcando un número mientras que los dedos le temblaban de forma exagerada.

Una voz cálidamente conocida sonó en su oído.

—¿Diga?

—¡Soy Jennifer Walter, doctor Currigan!

—Hola, Jennifer. ¿Ocurre algo?

—No lo sé, doctor. Estoy muy asustada. Lionel acaba de regresar a casa.

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Que Lionel ha vuelto. Le he encontrado muy extraño, doctor. Decía cosas disparatadas. Hablaba de llevarnos, al niño y a mí, a una "ciudad-colmena".

—¿Y qué hace ahora?

Ella notó perfectamente cómo temblaba la voz del médico.

—Le puse en el té una dosis del tranquilizador que me dieron en la clínica. Se ha quedado completamente dormido.

Abel dejó oír un profundo suspiro.

—¡Gracias a Dios! ¡Eres una mujer valiente!

—Pero, ¿qué ocurre, Abel?

—No te alarmes. Voy a enviar al doctor Forrester, aunque me gustaría que dejases la casa. Coge al niño y ve a casa de alguna amiga. ¿Es factible?

—Sí, pero...

—No me preguntes ahora, Jennifer. Debe bastarte saber que el hombre que está en tu casa no es tu esposo...

—¡Santo cielo! ¿Quién es entonces?

—Ya te lo explicará Forrester. Vete cuanto antes. Sería terrible si se

despertase antes de que Forrester esté ahí...

—Bien.

—Hasta luego, Jennifer.

—Adiós, doctor.

Dejó el combinado sobre la horquilla. Luego tiró el cigarrillo, sin mirar dónde lo hacía.

No perdió el tiempo. Ni siquiera se atrevió a echar una nueva ojeada por la puerta de la cocina. Estaba muerta de miedo.

¡Ahora comprendía aquella especie de ignota repugnancia que se había apoderado de ella cuando intentaba ser dulce y cariñosa con aquel hombre!

Currigan había dicho que no era *Lionel*. ¿Entonces?

Se puso un abrigo de piel, envolviendo después al niño. Un extraño olor a chamusquina irritó su pituitaria, pero no hizo caso, abandonando la casa y cruzando el jardín a toda velocidad.

La colilla había caído sobre la alfombra.

Al principio, la combustión pareció fracasar un poco; pero cuando Jennifer abrió la puerta para abandonar la casa, una viva corriente de aire hizo surgir una llamita que aumentó velozmente de tamaño.

Danzando alegremente, la llama llegó hasta la parte inferior de las cortinas que cubrían la ventana.

Momentos después, el fuego, por primera vez, rugía poderosamente mientras se extendía por el salón.

Muebles y objetos de madera ardieron como teas. La cuna se consumió en pocos instantes, mientras que en la vitrina, envuelta ahora por las llamas, la cristalería estallaba con sordas explosiones.

Caprichoso, el fuego no se dirigió directamente hacia la cocina.

Primero prendió la escalera que conducía a los dormitorios del piso superior, adonde llegó poco después, devorándolo todo. Luego, descendiendo por la parte posterior de la casa, prendió en los muros de la cocina y del cuarto de aseo.

Lionel se agitó en el suelo.

Acababa de abrir los ojos, pero aún tenía la conciencia medio velada por la acción del tranquilizante.

Sintió calor: un calor intenso que casi le chamuscaba la piel. Luego se puso en pie.

Fue entonces cuando se percató de que estaba completamente rodeado por las llamas.

Se despabiló de golpe.

Lanzando un pavoroso rugido, intentó atravesar la barrera de fuego que le separaba de la puerta de la cocina. Pero fue imposible y se vio obligado a retroceder de nuevo.

El calor era asfixiante.

Y, de repente, recordó a Jennifer y al niño. Un grito de terror se truncó en su enronquecida garganta. Inmediatamente, olvidando el peligro, pensando sólo en el que corrían las personas que amaba, se lanzó hacia el salón, por en medio de las llamas.

En la calle, junto a la gente que se agolpaba para ver el incendio, el

doctor Forrester sufría lo indecible.

Los bomberos estaban actuando con rapidez y eficiencia, pero él no dejaba de gritar, casi constantemente.

—¡Hay un hombre dentro!

Un sargento de la policía se acercó a él, sonriéndole.

—No se ponga nervioso, señor. Los bomberos están haciendo cuanto pueden. Cuando nos avisaron, ya era demasiado tarde. Estas casas arden como teas...

Los chorros de agua y de espuma caían en constante cascada sobre las llamas. Poco a poco, se fue venciendo el fuego, y sólo quedó, flotando sobre las ruinas de la casa, un humo denso que se elevaba lentamente hacia el cielo estrellado.

El policía meneó la cabeza.

—Si había un hombre ahí dentro —dijo, mirando al doctor—, no creo que haya podido salvarse...

Forrester se separó del grupo de curiosos, yendo a un bar cercano desde donde llamó a Currigan.

Después de recorrer todos los hospitales y clínicas de la ciudad, Alan Semper pensó que lo mejor sería investigar en las centrales de la policía.

Recorrió algunas de ellas, haciendo preguntas cuidadosas, del modo a no despertar demasiadas sospechas.

—Se trata de un amigo mío. Es la primera vez que viene a Nueva York. Y temo que se haya extraviado...

Eran las palabras que pronunciaba inevitablemente ante cada oficial de policía.

No obtuvo nada positivo.

Estaba ya desesperándose cuando detuvo el coche ante la Central de la calle 154 Este. Penetró en el edificio y repitió la misma cantinela al oficial de guardia.

—¿Cómo es ese amigo suyo?

—Alto, bien parecido. Llevaba una gabardina...

El otro se mordió los labios.

—Puede que no sea el mismo, pero dos de mis hombres han tropezado con un energúmeno que estaba robando en un *drugstore*, por este barrio. Intentaron darle alto y ese tipo agredió a un sargento, matándole. El otro agente disparó sobre él y jura que debió darle, pero el tipo se largó... y no hemos hallado sangre en el suelo.

Alan se estremeció.

Estaba completamente seguro de que se trataba de Lionel número dos. El que las balas del agente no le hubieran hecho daño alguno, demostraba palpablemente la certeza de lo que el doctor Currigan le había dicho acerca de la imposibilidad de muerte para una criatura del mundo negativo que se encontrase en la Tierra. ¡Pero Lionel había matado!

Eso quería decir que era un ser peligroso. Y que mientras se encontrase en libertad, podría seguir obrando de igual forma.

Consiguió una sonrisa que más fue una mueca.

—Mi amigo no es ningún asesino, oficial.

—Mejor para él. Porque se ha dado la orden de disparar sobre ese energúmeno en cuanto se le vea.

—Gracias por todo.

—De nada, señor.

Alan abandonó la central, con la frente perlada en sudor frío. Tenía que informar, cuanto antes, al doctor Currigan.

Detuvo el coche ante un bar y entró en él, tomando un "whisky" doble antes de dirigirse a la cabina telefónica.

Introdujo una moneda en la ranura y marcó un número.

En aquel preciso instante, le pareció *como si la cabeza le estallase en pedazos.*

X

Abel Currigan sonrió.

—Es la historia más disparatada que he oído jamás —dijo.

—No me extraña —sonrió a su vez Lionel—. Si me la hubieran contado cuando estaba en mi mundo, me hubiese echado a reír. Sin embargo, estoy seguro que, después de todos los detalles que le he dado, dará crédito a mis palabras.

Abel asintió con la cabeza.

—Claro que sí —repuso—, pero no es necesario que me llames de usted. Aquí somos todos hermanos...

—Perdona.

Currigan miró a la mesa, único mueble que había en la habitación.

—¿Crees verdaderamente que tus amigos de ese otro mundo conseguirán lo que tú lograste con la botella metálica?

Fue Alan quien intervino.

—¡Desde luego que sí!

Abel sonrió de nuevo.

—Cuando Semper me contó lo ocurrido y lo que querías de mí, ¡palabra que dudé bastante de tu razón!

—Lo comprendo.

—Pero ya estoy ahora tan interesado como vosotros. Sobre todo, cuando pienso que voy a estar un cierto tiempo de vacaciones, fuera de esa maldita fábrica y de sus controles.

Semper estuvo a punto de decir que también le gustaría a él hacer un viajecito al curioso mundo de Lionel, pero se abstuvo de todo comentario.

Él tenía su plan.

—No debe faltar mucho —dijo entonces Walter—. Deberíamos alejarnos un poco de esta habitación.

—¿Por qué? —preguntó el Currigan número dos.

—Por los efectos de la descarga que mis amigos deben estar preparando.

Luego se volvió hacia la puerta, al tiempo que decía:

—Vamos.

Salieron de la casa.

El cielo estaba profusamente estrellado y la temperatura no era demasiado baja. Pero Lionel se estremecía; de vez en cuando, mordido por la impaciencia y la emoción que ésta le procuraba.

Se quedó junto a la puerta de la casa medio derruida. Mientras, los otros dos caminaban juntos, arrastrando los pies.

—¿Qué piensas hacer en ese mundo? —preguntó repentinamente Alan.

—Conocerlo. Debe ser muy curioso. ¡Un mundo libre! ¡Imagínate!

Semper se pasó la lengua por los labios.

—Si alguna vez voy por allá —dijo en voz baja—, te buscaré para que nos paseemos juntos.

—¿Es que piensas pedir a Lionel que te cambie por el otro Alan?

—Ahora no. Se lo pediré más tarde. Quizá te dé una sorpresa cuando menos los pienses.

—¿Y crees que será sencillo encontrarme allí?

—Sí. Lionel me ha dicho que la ciudad de Nueva York ocupa la extensión de la nuestra, junto con las fábricas, que allí forman un barrio de casas altísimas, llamado Manhattan.

—De todas formas, debe ser dificilísimo orientarse.

—No lo creas. Tú vas a ir a parar a la casa de ese doctor Currigan, el hombre que va a tomar tu puesto. Procura ir allí a pasar las noches.

Abel se echó á reír.

—Por lo visto —dijo—, se te ha metido en la cabeza ir a visitarme.

Dieron la vuelta, caminando de nuevo hacia la casa.

—¿Todavía nada? —inquirió Currigan.

—No —repuso Lionel.

—Yo voy a irme —terció Alan—. No me necesitas, ¿verdad?

—¿Adónde vas?

—A casa. Estoy un poco cansado. Nos veremos mañana... cuando me presentes al nuevo Currigan.

—Como quieras.

Semper se alejó.

Nerviosamente, acarició el arma que llevaba en el bolsillo. Todavía estaba maravillado de haberse podido procurar aquella pistola tetanizante, que cogió del almacén de los vigilantes, sin que ninguno de éstos se diese cuenta.

No sabía si su loco proyecto iba a resultar. "Pero, por lo menos —se dijo mientras seguía caminando—, haré que ese canalla pague todo el mal que nos ha hecho."

No se dirigió hacia la ciudad-colmena, sino que torció a la izquierda, avanzando hacia las construcciones en las que habitaban los "Épsilon".

Había jurado vengarse de aquel monstruo que tantas veces le había amenazado y que le enviaba "descargas" de aviso que le producían terribles dolores de cabeza.

¡Ahora las pagaría todas juntas!

Semper sabía que el guardián de la sala de la fábrica donde él trabajaba solía pasar parte de las noches en compañía de unos amigos, jugando y divirtiéndose.

Lo había estado observando, desde un lugar oculto, mucho antes de

procurarse la pistola tetanizante, el arma que todos los "Épsilon" llevaban consigo y que producía efectos terribles, alterando las descargas nerviosas de los músculos y produciendo una especie de ataque epiléptico en quien recibía la descarga.

Los "Épsilon" empleaban aquellas armas con frecuencia, gozándose de sus efectos sobre los desdichados "Omega", riéndose a carcajadas mientras contemplaban al hombre que, tendido en el suelo, se retorcía en medio de dolorosas contracciones, con los ojos desorbitados y la boca llena de sanguinolenta espuma.

Alan rechinó los dientes hasta hacerse daño en las mandíbulas.

—Pronto pagarás todo lo que nos has hecho sufrir —dijo, apretando el paso.

No tardó en llegar al barrio habitado por los guardianes. Lo conocía perfectamente y se ocultó, detrás de unos arbustos, justo en el sitio ante el que tendría que pasar el "Épsilon" cuando regresase a su casa. Esperó.

No tenía prisa. Estaba seguro de que iba a conseguir algo verdaderamente importante. Y si lograba "lo otro", mejor que mejor. Aunque, en aquellos instantes, lo único que deseaba, de verdad, era vengarse del maldito y bestial "Épsilon". Oyó pasos.

No podía tratarse más que de su mortal enemigo.

Sacó el arma y la empuñó con fuerza. Los pasos se fueron acercando y muy pronto vio Semper la alta silueta del vigilante.

Hubiera podido disparar desde allí, por sorpresa, pero nunca lo hubiera hecho. Deseaba leer el miedo en los ojos de aquel hombre. Luego, cuando cayese al suelo, Alan dispararía unas cuantas veces más hasta conseguir que la fuerza tetanizante de las descargas matase al "Épsilon". Nadie sabría nunca lo ocurrido.

Cuando el otro llegó a su altura, Semper abandonó el escondite, plantándose ante el guardián, al que apuntaba con su pistola.

—¡Alto, canalla! —rugió—. Mira lo que tengo en la mano: una pistola tetanizante con la que voy a hacerte pagar todas las miserias que has hecho pasar a los "Omega".

El otro le miró con fijeza.

—No te saldrás con la tuya, maldito —rugió.

Al mismo tiempo, con una velocidad formidable, sacó su propia pistola, apuntando a Semper. Ambos dispararon al mismo tiempo.

Y Alan sintió *como si un profundo pozo se abriese a sus pies*. Cayó en una sima sin fondo, intentando desesperadamente, extendiendo los brazos, agarrarse a algo para detener la vertiginosa y terrible caída.

Pero no lo consiguió.

El vacío más absoluto le rodeaba.

Y siguió cayendo, girando en el centro de un vórtice sin fin, *camino de la nada.*

Fue como si alguien acabase de disparar un "flash" en el interior de la casa.

—¡Ya está! —exclamó Lionel, echando a correr hacia la puerta.

Abel le siguió.

Penetraron en tromba en la habitación, deteniéndose al mismo tiempo, mirando con admiración la botella que había sobre la vieja mesa.

Lionel se apoderó de ella, sacando los papeles enrollados que había en su interior. Los desenrolló, viendo que se trataba de hojas cuidadosamente mecanografiadas.

—¡Es el mensaje! —dijo, volviéndose hacia Currigan.

—Léelo.

Lo hicieron, juntos, pasándose las hojas que devoraban con la mirada. Tuvieron que repetir la lectura un par de veces para entender todos los cuidadosos detalles que Currigan había dictado a Sonia, la hija del profesor Mars.

Lionel, una vez terminada la lectura, lanzó un profundo suspiro.

—Dentro de veinte minutos enviarán una caja grande que contiene el aparato de electroschock y algunos relojes.

—¿Y ese aparato es el que vas a aplicarme a mí?

—Sí.

—No quiero bromas, Lionel, amigo mío. Lo que deseo es hacer un viaje interesante, no morir en esta casucha. La vida de un "Omega" es dura, pero sigue siendo vida.

—No te preocupes. No correrás peligro alguno. Piensa que el doctor Currigan va a exponerse al mismo aparato.

—Está bien.

Salieron de la habitación y de la casa, ya que el fogonazo era demasiado fuerte para resistirlo dentro.

Tomaron asiento en la escalinata del porche.

—¿Y qué piensas hacer cuando ese doctor esté contigo? —preguntó Abel.

—Mi interés mayor —replicó el otro— es llegar, sea como sea, a la ciudad de los "Gamma".

—¡Nunca lo conseguirás!

—¿Y por qué no?

—Es imposible.

—No lo creas. He visto la partida de los aparatos voladores que llevan el material obtenido en las fábricas hacia el Oeste. Ningún "Épsilon" va en ellos.

—¡Eso ya lo sé!

—Por lo tanto, podría subirse uno en uno de esos aparatos.

—¿Y el control de la fábrica?

—Ése es el único problema, pero mientras buscan al desaparecido, éste podría estar ya en la ciudad de los "Amos".

—¿Y crees que, una vez allí, saldría vivo?

—No lo sé, pero hay que exponerse. Los "Gamma" están demasiado seguros de sus cerebros electrónicos de control. Y, sin embargo, nadie ha notado que yo sustituyo al verdadero Lionel y que no soy un "Omega".

—¡Es cierto!

—Las máquinas no son siempre perfectas, Abel. Cuanto más complicadas, más defectos tienen. Yo sé ahora, porque he estudiado el

asunto, que es el control de entrada el que informa al cerebro electrónico del número de "Omega" que entran al trabajo. El peligro surgiría si los "Épsilon" que nos vigilan se viesen obligados a enviarme una descarga de "aviso". Entonces se percatarían que no poseo aparato receptor en mi cabeza. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Por eso procuro trabajar normalmente. Y como las máquinas se limitan a "contar", mi falsa personalidad les ha pasado desapercibida.

—De acuerdo, pero no ocurrirá lo mismo cuando el control de entrada note la falta del número 296503...

—Eso es cierto, pero no hay otro remedio. Currigan te sustituirá a ti, durante unos días, mientras los dos estudiamos lo que podemos hacer para ir a la ciudad de los "Amos".

—¡No te arriendo la ganancia!

Una nueva llamarada surgió de la casa.

—¡Vamos!

Allí estaba la caja metálica, de grandes dimensiones. Lionel la abrió con manos temblorosas, encontrando la maleta de electroschock y los relojes, así como dos pistolas de cachas nacaradas. Sonrió.

—El médico no ha olvidado nada. Son armas de nuestro mundo.

—¿Más poderosas que las pistolas tetanizantes de los guardianes?

—Sí, Abel. Éstas producen la muerte.

Hubo una pausa.

—¿Estás dispuesto? —inquirió Walter, mirando a su amigo.

—Cuando quieras.

—Túmbate en la mesa.

Currigan lo hizo. Alan, siguiendo las instrucciones que había leído en el mensaje, colocó los electrodos en las sienes de su amigo.

—¿Tienes miedo? —inquirió.

El otro esbozó una sonrisa.

—No las tengo todas conmigo —repuso—, pero, ¡adelante!

—Buen viaje, Abel.

—Gracias.

El aparato estaba dotado de pilas. Después de algunos instantes de emocionante duda, Walter oprimió el botón.

Currigan se encogió, al recibir la descarga eléctrica. Su cuerpo se tendió como un arco, dejando un espacio vacío entre su cabeza y sus pies.

Luego se agitó rápidamente, en poderosas contracciones.

Abel le había colocado un trozo de goma en la boca, para que no se mordiese la lengua. Ahora le sujetó por los hombros para evitar alguna dolorosa fractura.

Pero el ataque duró muy poco.

Respirando profundamente, el paciente dejó escapar la goma de su boca y abrió los ojos.

—Hola, muchacho —dijo.

Sólo entonces se percató Lionel que estaba ante el doctor Currigan.

¿Qué estaba haciendo allí?

Tenía un extraño aparato en la mano. Y mirando a su alrededor, se percató de que se encontraba en una reducidísima habitación, una especie de caja de madera y de cristal.

De una manera instintiva, sin saber exactamente por qué lo hacía, colgó el aparato que tenía en la mano del gancho de ebonita.

Luego salió de la cabina.

—Hola, Alan. ¿Me pagas un trago?

Se volvió, sorprendido y asustado. Pero casi en seguida sonrió. Tenía ante él a una deliciosa criatura vestida de forma atractiva, que le sonreía... ¡y que se había cogido familiarmente de su brazo!

Ella le llevó hasta el mostrador. Ambos se encaramaron en los altos taburetes.

Todavía sorprendido, pero percatándose de que había conseguido pasar al mundo de Lionel, Alan procuró comportarse lo más normalmente posible.

El barman les sirvió dos martinis.

—¿Trabajas mucho? —le preguntó la joven.

—Bastante.

—Hace mucho que no he visto a Lionel. Me dijeron que su esposa había tenido un niño. ¿Es cierto?

Semper contestaba con cuidado. Dijo que sí y luego bebió un poco, notando que el líquido tenía un sabor agradable.

—¿Conoces al doctor Currigan? —preguntó entonces.

Ella le miró, sorprendida.

—¿Te burlas de mí? ¿O acaso has tomado más martinis que de costumbre? Bien sabes que sí conozco a Abel...

Alan se percató de que acababa de cometer el primer error. Tendría que ser más cuidadoso, de aquí en adelante.

—Era una broma —dijo, sonriendo—, pero vas a reírte cuando te diga que no recuerdo dónde vive Abel.

—¡Me estás tomando el pelo!

—No, no es eso. Lo que ocurre es que he bebido demasiado y se me han olvidado algunas cosas.

Ella le miró, sin dejar de sonreír.

—¿Una amnesia alcohólica?

—Es posible.

—Está bien, Alan. Tú ganas... Si lo que deseas es que te acompañe, lo haré. Es posible que alguna vez te decidas a declararte...

Él no comprendió la última palabra.

—Anda, paga... ¿o es que tampoco tienes dinero?

¡Otra palabra desconocida!

Prudentemente, Alan repuso, ensombreciendo su expresión.

—No, no tengo.

La muchacha llamó al barman, abrió su bolso y pagó. Luego cogió a Semper del brazo, sonriendo.

—¡Vamos, calamidad! A veces me pregunto si no soy una loca al haberme enamorado de ti.

Al salir a la calle, ella preguntó:

—¿Y tu auto?

Pero no dejó que el joven replicase. Había visto el coche y lo llevó hacia él.

—¡Hasta te has dejado las llaves! —exclamó—. Anda, sube. Conduciré yo... ¡No puedo fiarme de un hombre como tú!

Semper estaba maravillado.

Miraba por la ventanilla a la luminosa ciudad, viendo otros muchos vehículos, mucha gente, amplias ventanas que dejaban ver cosas que él no conocía.

El mundo de Lionel era algo fantástico. Se respiraba aquella estupenda libertad por todas partes. Y mirando de reojo a la joven, que conducía a su lado, Semper, el triste y pobre "Omega", el número 350037 de la ciudad maldita, se sintió, de repente, más feliz que jamás hubiera soñado ser.

XI

La cólera seguía ocupando su mente de manera absoluta. Pero su sorpresa fue grande al encontrarse en aquel local, que abandonó en seguida, echando a andar por las iluminadas calles de aquella ciudad que no conocía. Pero no le importaba.

Durante años, desde que salió de la guardería especial, le habían educado para ser un vigilante, un "Épsilon". Y lo seguiría siendo.

Poco le interesaban cuantas cosas extrañas le rodeaban. En su cerebro, después de la agresión de que había sido objeto, sólo había una idea, un propósito que comulgaba exactamente con su deber: *Encontrar al "Omega" y matarle.*

No lograba explicarse dónde había conseguido la pistola tetanizante el número 350037, pero en cuanto lo hallase y lo destruyera, se apoderaría del arma para colocarla de nuevo en el almacén. Luego escribiría su informe. Y hasta sería posible que los "Gamma", agradecidos por su lealtad, le nombraran jefe de los "Épsilon".

Apretó el paso.

Hacía sobrehumanos esfuerzos por no dejarse impresionar por todo cuanto le rodeaba. Consiguió así ser completamente impermeable a la luminosidad de los escaparates, al gentío que circulaba por las calles, a los vehículos que parecían desfilar por la calzada.

Sólo pensaba en su deber.

Por eso, cuando vio de repente aquel coche, conducido por una muchacha, a cuyo lado iba el "Omega" número 350037, se sintió inmensamente feliz. ¡Había tenido suerte!

Vio que el auto se detenía ante una casa pequeña, de dos plantas, y que los dos jóvenes se apeaban, entrando en el edificio. Sonrió.

En cuanto a Alan Semper, que acompañaba a la joven y se encontraba en el portal de la casa del doctor Currigan, le pareció, al volverse un instante, ver la odiosa silueta del "Épsilon" contra el que había disparado su pistola tetanizante.

El cruel vigilante, cuyo nombre conocía. Forrester.

Se sentó sobre la vieja mesa.

—Ya estoy aquí, muchacho.

—¿Ha sido penoso...?

Abel Currigan se echó a reír.

—¿Doloroso? ¡En absoluto! Una sensación de mareo y luego, de repente, ¡todo terminó! Espero que mi homónimo haya sentido tan poco como yo. Di instrucciones a Sonia, la hija del profesor Mars.

—¿Y Jennifer?

—¿Tu esposa? Bien, así como el niño. Aunque, como no quiero ocultarte nada, he de decirte que surgieron ciertas dificultades. Pero tienes una mujer sencillamente formidable.

—¿Qué quieres decir? ¿Le ha ocurrido algo?

—¡Oh, no! Tienes que comprender que la aparición del otro Lionel nos produjo cierta extrañeza. Sin saber lo que ahora sé, creí que se trataba de un enfermo mental y se lo envié a Forrester.

—¿Y bien?

—Se escapó. No sé cómo lo hizo, pero consiguió salir de la clínica. Luego, y esto demuestra que el destino ama gastar bromas pesadas, encontró a Jennifer y al niño.

—¡Dios mío!

Abel sonrió.

—No te hagas mala sangre, Walter. Tu mujer "olió" algo raro en el hombre que se presentó en tu casa... y que parecía ser su esposo.

Lionel rechinó de dientes.

—No se le haría ningún mal, ¿verdad? ¿No se atrevería a tocarla?

—No, Walter. No ocurrió nada. Te lo aseguro. Jennifer se portó maravillosamente bien. Drogó el té de Lionel y, mientras él dormía, me telefoneó. Le dije que abandonase la casa con el niño. Así lo hizo. Después... ocurrió aquello.

—¿El qué? —preguntó Walter con un hilo de voz.

—La casa ardió.

—¿Eh?

—Sí. Y Lionel desapareció. Es muy posible que muriera en el incendio.

No quiso repetir las palabras del profesor Mars. No quería hacerlo. Se había puesto en pie y apretó el brazo de Walter con fuerza.

—Jennifer y el niño están a salvo, Lionel.

—Gracias.

—¿Cuál es ahora tu plan?

—Iremos a casa. La Jennifer de este mundo no sospecha nada. Por el camino iremos estudiando nuestros planes.

—De acuerdo. ¿No me dijiste que el Alan Semper número dos estaba contigo?

Lionel sonrió.

—Se ha ido. Es tan extraño y divertido como el Alan que tú y yo conocemos. ¡Vamos!

Abandonaron la casa, después de ocultar el aparato de electroschock y los relojes. Por el contrario, cada uno de ellos se cargó con una pistola, ocultándola entre sus ropas.

—Es extraño ver mi casa reducida a ruinas —dijo Abel, mirando

hacia atrás.

—Esto no es el Nueva York que tú conoces, Abel. Mañana andarás por Manhattan, convertido ahora en un grupo de inmensas fábricas.

—En tu informe decías que esas fábricas producen cosas raras que son enviadas hacia el Oeste.

—Es cierto. Yo mismo he visto piezas y máquinas que nunca había visto antes. No sé en qué las utilizarán los "Gamma". Aunque pronto lo sabremos.

—¿Estás dispuesto a ir allí, a esa especie de ciudad prohibida?

—¡Desde luego! Sé que va a ser difícil, ya que tendremos que faltar al control de entrada, pero no veo otra solución.

—Esto es un mundo extraño, Lionel.

Le contó, mientras seguían andando, todo lo que había dicho el profesor Mars, así como de sus proyectos para pasar, sin necesidad de cambio alguno, al mundo negativo.

Walter sonrió.

—No creo que lo consiga.

—¿Por qué no?

—Porque he llegado a la conclusión de que es necesario, para que un hombre llegue hasta aquí, que otra criatura de este mundo vaya hacia el nuestro. Es una especie de equilibrio vital entre ambos universos: el positivo y el negativo.

—Mars piensa de forma diferente.

—Se equivoca. Ya lo verás. Sólo es posible hacer que trozos de materia inorgánica atraviesen la barrera que separa los dos universos. Así hemos podido enviar la botella, la caja, los aparatos... Pero cuando se trata de seres vivos, la cosa es distinta. Es como si los dos mundos exigiesen una especie de "rehén" mientras que se hace tal cambio.

—En ese caso, no creo que tú y yo solos podamos hacer lo que nos proponemos.

—Ya veremos.

Estaban acercándose a la ciudad. Lionel extendió el brazo.

—Ahí tienes las casas-colmenas, Abel.

—¡Dios mío, y qué horribles son!

—Los que las construyeron no se preocuparon mucho de la estética ni de la higiene, ¿verdad?

—¡Es monstruoso!

—Pues así viven millones de seres, Currigan. Seres trepanados para ser convertidos en esclavos de unos amos implacables.

El doctor suspiró.

—Cada vez estoy más de acuerdo contigo, Walter.

—¿En qué?

—En que esos "Amos", o "Gamma", como tú los llamas, no pueden ser, en modo alguno, criaturas humanas. La maldad que representan estos edificios no puede ser producto de un ser como nosotros, por perverso y malo que sea.

Iba a contestar Lionel cuando se quedó de piedra. Extendió el brazo, señalando una silueta que caminaba hacia las casas.

—¡Mira! —exclamó.

—¿Quién es? —preguntó el médico, al que la poca iluminación no permitía distinguir con claridad los detalles.

—¡Lionel!

—¿Eh?

—Sí. El verdadero Lionel de este mundo. ¡Ha regresado! Y ahora va hacia su casa. ¡Ven! ¡Tenemos que impedirlo!

Echó a andar, seguido por Abel. Momentos después llegaban a la altura del "Omega".

—¡Eh! —le gritó Walter.

Al ver al otro Lionel abrió los ojos desmesuradamente. Luego su mirada se posó, con un brillo interrogativo, en el rostro de Currigan.

—¿Quién es este tipo, Abel? —preguntó—. ¿Y qué estás haciendo con él?

El doctor Currigan se quedó boquiabierto.

Comprendía perfectamente la difícil situación en que se encontraba. Había reconocido al Lionel que tuvo en su clínica, antes de enviarlo a la del doctor Forrester.

Pero no supo lo que decir.

Por su parte, Walter juzgó a gran velocidad las dificultades que podían surgir de la inesperada aparición de su "gemelo".

No pensó, en aquellos instantes, que acababa de desaparecer la única posibilidad que tenía de regresar a su verdadero mundo. Lo que más le interesaba era impedir, fuera como fuese, que el otro Lionel pudiera complicar el plan que el doctor Currigan y él querían llevar a cabo.

No lo dudó ni un segundo.

Avanzando un paso, descargó un soberbio puñetazo sobre el mentón del otro. El Lionel Walter número 296503 cayó de espaldas, quedando sin sentido.

Abel miró a su amigo.

—¿Qué has hecho?

—He aplicado la única solución, doctor. Tenía que impedir, fuera como fuese, que este hombre se presentara en su casa, descubriendo la verdad a su mujer. No creo que la Jennifer de este mundo posea las cualidades de la otra. Y todos nuestros planes se hubieran venido ruidosamente abajo...

Currigan señaló el cuerpo inmóvil del hombre.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Convencerle de la verdad. Ayúdame, doctor.

Lo cogieron entre los dos, sacándole de la zona luminosa de la entrada de la ciudad-colmena.

Cuando se encontraron en la sombra, que proyectaba un viejo y derruido edificio de la antigua ciudad de Nueva York, del que no quedaban más que las paredes desnudas, dejaron la inanimada carga en el suelo.

Currigan le tomó el pulso.

—Parece que está volviendo en sí —dijo.

—Mejor que mejor. Pero ayúdame a sujetarle mientras le hablo. Debe estar muy furioso.

En efecto, cuando Lionel abrió los ojos intentó desesperadamente escapar de las férreas manos que le sujetaban.

—Tranquilo —le dijo Walter—. Vamos a soltarte en seguida, pero antes queremos que nos escuches, si es que no quieres recibir otro golpe como el que antes te he propinado.

Lionel hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Entonces, Walter empezó a hablar. Lo hizo despacio, repitiendo algunos detalles hasta descubrir en las pupilas del hombre la luz de comprensión que demostraba que el otro le había entendido perfectamente.

—¿Lo entiendes ahora? —inquirió, cuando acabó su fantástico relato.

—Le creo —repuso el otro—. Eso explica mi estancia en su mundo. Pero espero que no haya ocurrido nada malo a Jennifer. Ni al niño.

Lionel sonrió.

—Comprendo tu preocupación, amigo. Es la misma que yo sentí desde que llegué a tu mundo. Y por lo que me han informado, diste un gran susto a mi esposa.

—No fue culpa mía. Cuando la vi, creí que los "Épsilon" la habían llevado a aquella extraña ciudad en la que todo me fue mal desde que llegué a ella.

—Debió ser una horrible pesadilla para ti.

—En efecto. Pero yo no sabía que el peligro en el que me encontré, cuando su casa se prendió fuego, iba a ser lo suficientemente fuerte como para hacerme volver a mi mundo.

Walter asintió con la cabeza.

—Por lo visto —dijo—, es necesaria una gran reacción para poder atravesar la barrera que separa estos dos mundos repetidos. Y cambiando de tema, ¿vas a colaborar con nosotros?

—Sí.

—Recuerda lo que te he dicho. No digas nada a Jennifer. Ni a nadie. El propósito que tenemos el doctor Currigan y yo es el de hacer lo posible para librarnos de la tiranía de los "Gamma".

—Cuenta conmigo.

—De acuerdo. Tu llegada ha sido providencial. Ahora no tendré que faltar al trabajo para investigar lo que ocurre en la lejana y misteriosa ciudad de los "Amos".

Walter se había puesto en pie, y los dos hombres le acompañaron hasta la entrada de la ciudad-colmena.

—Te deseo mucha suerte —dijo el número 296503.

—Gracias —repuso el otro. Se alejó después, junto al médico, caminando en silencio durante unos instantes.

—Tú, Abel —dijo luego—, tendrás que ir al trabajo mañana por la mañana.

—¿Es que intentas ir solo a la ciudad de los "Gamma"?

—No hay más remedio. Si notasen la falta de un "Omega" en una de las fábricas, darían la alarma, sin duda alguna.

—Entiendo.

Lionel esbozó una sonrisa, poniendo una mano sobre el hombro del doctor.

—No tengas miedo, Abel. Obraré con cautela.

—Así lo espero. ¿Volverás pronto?

—Lo antes posible.

La joven se detuvo en el umbral, soltando el brazo de Alan Semper.

—Te dejo, encanto. Y espero que no vuelvas a perder la memoria otra vez.

Una sonrisa forzada se pintó en los labios de Alan.

—¿Crees que bromeaba?

Ella se encogió graciosamente de hombros.

—Contigo nunca se sabe. Y no olvides que estaré en el bar, para el momento en que te dignes a hacerme un poco de caso.

—Lo prometo.

Ella descendió las escaleras del porche, y él la siguió con la mirada hasta que la joven subió a un taxi.

Alan llamó a la puerta.

Lo hizo, mirando hacia el paseo, recordando haber visto el rostro cruel del vigilante al que había disparado su pistola tetanizante.

Por lo visto, pensó, los disparos habían coincidido y ambos contendientes se vieron proyectados hacia aquel singular mundo.

—Buenas noches, Alan.

Se volvió, sobresaltado, mirando con admiración la hermosa joven cuya silueta se recortaba en el umbral de la puerta.

—Hola —saludó.

—Pasa —le dijo ella, haciéndose a un lado.

Semper se sintió a gusto cuando la puerta se cerró a su espalda. No le tranquilizaba demasiado la presencia de un "Épsilon" en aquel maravilloso mundo. Sabía, por otra parte, que su enemigo no pararía hasta destruirle.

Siguió a la joven, atravesando un vestíbulo para después tomar un largo pasillo que desembocaba en un living.

—La experiencia ha resultado, Alan —explicó la muchacha—. Ha sido un verdadero éxito. El doctor Currigan está ya "al otro lado".

—¿Y el otro Currigan?

—Arriba, descansando un poco. Quería salir en seguida, pero la descarga eléctrica le había fatigado bastante.

Semper se percató de que la muchacha no dudaba en absoluto de su identidad. Tampoco quiso dar demasiadas explicaciones. Y como deseaba ardientemente confiarse a alguien, dijo:

—Voy a subir a verle. ¿En qué habitación está?

—La segunda a la derecha.

Alan subió los escalones de cuatro en cuatro, empujando después la puerta indicada por la mujer. Currigan estaba sentado en un sillón, con los ojos entornados, un vaso medio vacío en la mano derecha.

Se levantó al ver a Semper, frunciendo el ceño.

—¿Es que no me conoces, granuja? —inquirió el recién llegado.

El otro frunció el ceño.

—No tengo ese gusto, señor.

Alan lanzó una carcajada.

—¿Sabes que te has vuelto muy elegante, 654312? Te lo dice el 350037.

Currigan abrió unos ojos como platos.

—Entonces... ¿eres tú?

—¡El mismo! Ya te dije que vendría a visitarte, amiguito.

—¿Cómo lo has logrado?

—Todavía no me lo explico. Había cogido una pistola tetanizante del almacén de los guardianes. Mi única idea era la de vengarme de aquel "Épsilon" de mi sala de trabajo.

—¿Le atacaste?

—Sí. Pero hice el tonto. Debí de haberle disparado por la espalda, como se merecía. En vez de eso, quise ver el miedo reflejado en sus ojos. Y los dos disparamos al mismo tiempo.

Hizo una pausa.

—Luego me encontré aquí, en este mundo estupendo. Pero lo peor es que, cuando una encantadora muchacha me conducía a esta casa, vi a ese maldito guardián.

—¿Te ha seguido?

—Me temo que sí. Está fuera, esperando...

—Ese tipo no parará hasta capturarnos.

—Ya lo sé. Por el momento, lo mejor que podemos hacer es no salir de esta casa.

Desde el mismo momento en que tuvo conciencia de haber llegado a aquel extraño mundo, el "Épsilon" se percató también de que su pistola tetanizante, la que empuñaba en el momento de ser agredido por aquel despreciable "Omega", había desaparecido.

Sin aquel arma, se sentía desnudo. Y ahora que había descubierto el escondite donde se ocultaba el 350037, necesitaba más que nunca un arma para terminar para siempre con aquel asqueroso traidor, ¿Es que no habría armas en esta inmensa ciudad?

Estaba seguro de lo contrario. Y echó a andar, por el barrio tranquilo y silencioso, mirando hacia un lado y otro, en espera de encontrar lo que tanto necesitaba. Tuvo suerte.

Un agente de policía pasó cerca de él, dándole las buenas noches. El "Épsilon" contestó con un gruñido, pero su mirada se clavó en la funda de cuero brillante por la que asomaba la culata de algo que se parecía enormemente a una pistola tetanizante.

Dejó que el hombre se adelantara, echando luego a andar tras él.

Cuando saltó sobre el agente, lo hizo con una precisión matemática, golpeando la nuca del hombre, que se desplomó como fulminado por un rayo. Se apoderó del arma, alejándose rápidamente de allí.

Pasaba por delante de la puerta de la casa donde se había ocultado el "Omega" cuando una de las ventanas se abrió, asomándose a ella una joven.

—¡Eh, doctor Forrester! ¿Qué está haciendo usted por ahí?

Él comprendió en seguida que la muchacha le había tomado por otro.

Se alegró en su interior de que así fuera. Lo único que le interesaba era penetrar en aquella casa y terminar, de una vez para siempre, con

la misión que constituía su principal deber.

Al ver que no contestaba, y conociendo la proverbial timidez del psiquiatra, la muchacha insistió:

—Pase usted, doctor. Voy a abrirle. Tengo muchas cosas interesantes que contarle.

Momentos después, el falso doctor Forrester penetraba en la casa.

XII

Al norte de la zona de fábricas, en una amplia extensión de terreno llano, se encontraba la base aérea de la que salían los aparatos voladores hacia la misteriosa ciudad de los "Gamma".

En cuanto se hubo despedido de Currigan, que ocuparía en el trabajo el lugar del "Omega" 654312, Lionel se dirigió hacia el Norte, ocultándose en los alrededores de la base aérea.

No había ni un solo ser humano en aquel lugar. Sólo se levantaba, desafiante hacia el cielo, una altísima Torre de Control, en cuyo interior era fácil presumir se encontraba un complicado cerebro electrónico, responsable absoluto y exclusivo de todo el trafico aéreo.

Walter vio acercarse unos monstruosos vehículos, que descargaron en las bodegas de los aparatos voladores las extrañas máquinas e instrumentos que se fabricaban en la ciudad fabril. No perdió mucho tiempo.

Después de hacer algunas pequeñas pruebas, que le convencieron plenamente de la inexistencia de aparatos de detección, Lionel se acercó a uno de los aviones, penetrando en su interior y colocándose en un sitio a donde no llegaran las poderosas garras de las grúas de carga y descarga. Esperó.

Media hora después se cerraron automáticamente las compuertas del aparato, y éste empezó a moverse hacia la pista de despegue, donde se elevó casi verticalmente, alejándose rápidamente de allí. Una intensa emoción se apoderó del joven.

Si todo iba bien, pronto se encontraría en aquella misteriosa ciudad desde donde los "Hombres Fríos" dominaban el único continente de aquel planeta que había sobrevivido a la Gran Hecatombe. ¿Serían, tal y como él pensaba, seres no humanos?

Había pensado mucho sobre aquel punto. Y ahora, a medida que se acercaba a la solución de la angustiosa pregunta que se había planteado tantas veces, no estaba tan seguro como antes de que los "Amos" no fueran criaturas de carne y hueso.

Le bastó recordar algunos ejemplos de lo que había ocurrido en su mundo, en su humanidad. Allí, en la Tierra, la ambición había subyugado a millones de seres. Y habían sido hombres como él los que despreciaron a sus semejantes, considerándolos como simples tornillos de una tremenda maquinaria que trabajaba para ellos.

Sintió que el aparato perdía altura.

Con la misma suavidad que había despegado, el avión se posó sobre la tierra. Y las compuertas volvieron a abrirse, al tiempo que Lionel oía el fragor de las máquinas descargadoras. Se acurrucó aún más en el

rincón en el que se había ocultado.

Luego, poco a poco, se arrastró hacia la puerta del avión, arriesgándose a echar una ojeada hacia el exterior. Estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro.

Porque el campo de aviación estaba lleno de hombres, que manejaban las máquinas, que hacían moverse las poderosas grúas, que iban y venían solicitados por mil tareas distintas. ¡Los "Hombres Fríos"!

Esperó pacientemente a que oscureciera. No se atrevía a salir en plena luz. Y cuando la oscuridad cayó sobre la base aérea, salió del aparato y empezó a andar, mirando a uno y otro lado, avanzando cuidadosamente, sin rumbo fijo.

Al fondo, se levantaban colosales edificios, profusamente iluminados. El campo había quedado desierto y sólo las siluetas de los aparatos voladores se recortaban en la luz difusa que venía de un cielo estrellado. Siguió andando.

Temía encontrarse, en cualquier momento, frente a uno de aquellos hombres que había visto trabajar durante todo el día. Era aquello lo que no acertaba a comprender.

Porque le había llamado poderosamente la atención una especie de identidad existente entre los hombres que vio trabajar, desde el interior del avión. Eran tan alucinantemente iguales, que parecían haber salido de un exclusivo y único modelo. No se atrevió a acercarse a la ciudad, sino que se desvió hacia la derecha, acercándose a un edificio de una sola planta cuyas paredes parecían construidas en metal de color grisáceo.

Se maravilló al ver que la puerta estaba abierta.

Y algo le empujó a entrar. Atravesó el umbral y luego un amplio vestíbulo, descendiendo por una escalinata metálica que le condujo al subsuelo.

Una luz mortecina, de color verdoso, daba un aspecto fantasmagórico al interior del edificio. Así llegó a un pasillo, en el sótano, una de cuyas paredes estaba construida en cristal transparente. Lo que vio al otro lado le puso los pelos de punta.

Se apoyó en el muro de cristal, no dando crédito a lo que estaba viendo. Había una docena de lechos y, sobre ellos, aparentemente dormidos, reconoció a los hombres más famosos que habían existido jamás.

Los fue mirando, de uno en uno, al tiempo que sus trémulos labios repetían el nombre de aquellos hombres de ciencia, cuyos descubrimientos habían revolucionado la vida en la Tierra.

Al primero que vio fue a Albert Einstein. Junto al padre de la célebre teoría de la Relatividad, se encontraba Werner Heisenberg, el autor de la "Fórmula Cósmica". También estaba Plank, el genial descubridor de los "cuantas", el italiano Enrico Fermi... y otros muchos a los que Lionel recordaba perfectamente. ¿Qué hacían aquellos genios allí?

Era indudable que se trataba de los personajes "repetidos", hermanos gemelos de los que habían vivido y muerto en el otro mundo, en el universo al que pertenecía Lionel Walter.

Estaba tan ensimismado que no se percató de un cierto cambio en la

tonalidad de la luz que parecía brotar de las paredes metálicas.

El verde fue cediendo hasta convertirse en un anaranjado intenso. Y como si aquello hubiese sido una señal especial, los hombres de los lechos se despertaron, levantándose, caminando luego hacia las mesas de trabajo, en un ángulo de la estancia, donde también se veían poderosas calculadoras electrónicas. Lionel estaba asombrado.

Moviéndose por el pasillo, siguiendo las siluetas de aquellos superhombres, tropezó con una fisura que, como vio después, dibujaba el contorno de una puerta, sobre el cristal del muro. La empujó con todas sus fuerzas. ¡Y la puerta se abrió!

Maravillado, Walter dudó unos instantes antes de decidirse a atravesar el umbral. Lo hizo luego, avanzando tímidamente hacia los sabios que, de espaldas a él, conversaban animadamente.

Fue Albert Einstein el primero que descubrió la presencia de Lionel.

Una bondadosa sonrisa se pintó en el arrugado rostro del genial físico.

—¿Deseaba usted algo?

Todos se volvieron hacia el recién llegado, mirándole con curiosidad y simpatía.

Un nudo se formó en la garganta de Walter. Pero de repente, sin saber cómo, empezó a hablar, contando precipitadamente sus aventuras, el lugar del que procedía, sus deseos, así como los del profesor Mars de liberar a los "Omega" de la terrible opresión de los "Gamma".

Fue Max Plank quien tomó la palabra para contestar:

—Nos alegramos mucho de su llegada, señor Walter. Hay bastantes errores en lo que usted ha dicho. Pero es natural. Éste es, en efecto, el Universo Negativo, igual al de usted, y que constituye, en realidad, la otra posición de lo que podríamos llamar una posibilidad cósmica. Lo de positivo y negativo no encierra en sí ninguna idea peyorativa. Son, sencillamente, los dos lados de una misma página.

—¿Y por qué ha de existir un mundo negativo?

El sabio sonrió.

—Ni siquiera nosotros lo sabemos. Sin embargo, mi querido señor Walter, la situación actual en la que nos encontramos puede ser una respuesta adecuada a su pregunta.

—No entiendo.

—En seguida va a comprender. Voy a relatarle algo que empezó aquí, en este mundo negativo, hace unos años. Un pueblo poderoso, pero en decadencia biológica, venido de un punto exterior a nuestra galaxia, se propuso conquistar el Sistema Solar. Pronto se dieron cuenta de que de todos los planetas que rodean a nuestra estrella, sólo el tercero, es decir, la Tierra, era apto para la vida tal y como ellos la necesitaban.

"Pero al mismo tiempo se percataron de que el Tercer Mundo estaba habitado por una especie inteligente, poderosamente armada, dispuesta a defenderse ante cualquier amenaza exterior, olvidando las intestinas querellas que la han desangrado desde los albores de la Historia. Estudiaron nuestro mundo y eligieron este continente para su futura serie. Lanzaron sobre el resto centenares de bombas nucleares y

atómicas, destruyendo más de las tres cuartas partes de la Humanidad.

—Entonces, ¿no hubo guerra entre los hombres?

—No. Fue un ataque procedente del espacio exterior. Y aquí surge lo maravilloso, señor Walter: el ataque iba dirigido contra el *mundo positivo*, contra *su propio mundo.*

—¿Eh? Mi mundo no recibió ningún daño...

—Ya lo sé. Y fue gracias a lo que podríamos llamar "una desviación espacio-temporal" que, en el momento del ataque, hizo que nuestros agresores pasaran, sin darse cuenta, de una dimensión a otra, de un universo a otro, atacando al negativo en vez de al positivo.

—¡Dios mío!

—Seguramente —prosiguió diciendo el hombre de ciencia—, la existencia de dos mundos idénticos es una especie de mecanismo de defensa.

Lionel le miró fijamente.

—Pero, incluso si es así, ¿qué diferencias existen entre los dos universos? ¿Y por qué habría de salvarse precisamente el positivo?

—Me gustaría conocer las respuestas, amigo mío. Quizá su mundo posea un destino más limpio y próspero que el nuestro, como ha demostrado lo ocurrido.

—Entonces, ¿esos hombres que he visto vienen del Espacio?

—No. Esas criaturas que usted ha visto no son seres humanos, sino robots.

—Ahora comprendo que los "Omega" los recuerden con el nombre de "Hombres Fríos".

—En efecto. Cuando los invasores llegaron, lo primero que hicieron fue fabricar esos robots, que se encargaron de capturar y trepanar a todos los humanos que se habían escondido en los refugios antiatómicos. Muchas de aquellas criaturas tocaron a sus apresores, experimentando una sensación helada al contacto con sus cuerpos metálicos. De ahí proviene el nombre de "Hombres Fríos" que les dieron.

—¿Y los verdaderos invasores?

—Están en su ciudad.

—¿Cómo son?

El sabio se encogió de hombros.

—No lo sabemos. No los hemos visto jamás. A nosotros nos "repitieron", ya que muchos de los que hay aquí habían muerto cuando llegaron los invasores. Pero ellos poseen la facultad de poder reproducir la estructura cerebral y física de cualquier ser humano.

—Deben ser muy poderosos.

—Lo son, pero no tanto como ellos quisieran. Si lo fueran en grado extremo, no habrían echado mano a nuestros pobres cerebros.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que nos necesitan. Cuando llegaron aquí, cometiendo el error de penetrar en un mundo de una dimensión que no les pertenecía, se encontraron encerrados en una trampa sin salida.

—¿No pueden abandonar la Tierra?

—No, porque no pertenecen a nuestra dimensión. Por eso reclamaron nuestros servicios. Quieren que les ayudemos y construyamos un

dispositivo físico y espacial para que puedan volver a su lejana galaxia. Estamos aquí en estado de hibernación, despertando cuando ellos desean que continuemos trabajando en los planos del aparato que necesitan para irse.

—Y después del daño que han hecho a este mundo, ¿van ustedes a ayudarles?

—No. En realidad, todos los aparatos que se han fabricado y traído aquí forman un colosal generador de rayos cósmicos que, muy pronto, destruirá para siempre este mundo y todos los que están en él, incluidos nuestros odiosos invasores.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lionel.

—Entonces, ¿no se puede hacer nada para salvar a los pobres "Omega"?

—Nada. Los invasores son demasiado poderosos y para destruirlos hemos de aniquilar este mundo negativo.

Puso una mano sobre el hombro de Lionel.

—Regrese cuanto antes a su mundo, amigo. Y olvide todo lo que ha visto aquí. Considérelo, si quiere, como una alucinante pesadilla.

En los delgados labios del "Épsilon" apareció una sonrisa, que más tenía de mueca que de otra cosa.

—¿Está usted sola? —preguntó a Sonia.

Ésta denegó con la cabeza.

—No. Alan Semper y el Currigan que ha venido del otro espacio están arriba, charlando.

La sonrisa se acentuó en los labios del vigilante.

—Voy a verlos.

—Suba, doctor Forrester. Yo me voy a casa. Volveré mañana por la tarde. Es casi seguro que Lionel nos envíe algún mensaje más.

—De acuerdo.

Esperó hasta que la muchacha hubiera cerrado la puerta.

Luego, sacando el arma que había robado al policía, la examinó detenidamente hasta que comprendió su funcionamiento. Subió lentamente los escalones, uno a uno.

Una vez en el rellano superior, se detuvo, escuchando con atención. No tardó en percibir el rumor acallado de una conversación, acercándose a la puerta de donde parecía proceder aquel cuchicheo. Apretó con fuerza la pistola.

Luego, de un golpe seco, abrió la puerta.

Alan y Currigan se volvieron al mismo tiempo, contemplando al recién llegado con los ojos desmesuradamente abiertos. En cuanto al "Épsilon", no tenía ojos más que para Semper.

—Aquí estoy, número 350037 —dijo, entre dientes—. Ahora vas a pagarlas todas juntas. He venido a matarte.

Y levantó la mano armada.

Rápido como una exhalación, Abel Currigan se lanzó sobre el agresor, recibiendo el balazo en pleno pecho. Pero sin cejar en su empeño, cogió las muñecas del guardián, peleando con él hasta que el segundo disparo brotó de la pistola, vuelta ahora hacia el rostro del falso doctor

Forrester. Se desplomaron juntos.

Alan se acercó a ellos, mirándolos con espanto.

Recordaba lo que Lionel había explicado, después de leer el informe del doctor Currigan, donde se decía que una criatura no podía morir si se encontraba en un mundo distinto al suyo. ¡Y el guardián y Abel yacían muertos en el suelo!

Entonces comprendió que la muerte había sido producida allí por criaturas de la misma dimensión, del mismo universo. Y se preguntó, con horror, lo que podía haberle sucedido al verdadero Abel Currigan.

XIII

Alan Semper abrió los ojos.

Se puso en pie, mirando con asombro la extraña arma que tenía en la mano: algo que parecía ser remotamente una pistola, pero que tenía una forma que nunca había visto.

Entonces vio al hombre tendido en el suelo. Se estremeció.

Soltando el arma, con un gesto de repugnancia, se arrodilló junto al cuerpo inmóvil, sin osar tocarlo, pero alargando hacia él sus temblorosas manos.

—¡Doctor Forrester! ¡Doctor Forrester! —gritó desesperadamente.

El arma, hacia la que volvió una mirada aterrorizada, parecía hacerle comprender que *había matado* a su amigo. Pero, ¿por qué? La última cosa que recordaba era el hallarse en un bar, telefoneando a la casa del doctor Currigan. Se puso en pie.

El cuerpo le temblaba. Apenas si le sostenían las piernas. Miró a su alrededor, buscando ayuda, deseando que alguien apareciera, y temiéndolo al mismo tiempo, consciente de la tremenda responsabilidad que se derivaba del crimen que acababa de cometer.

—¡Dios mío! —exclamó, aterrado.

No reconocía el lugar en el que se encontraba. Miró detenidamente las feas edificaciones que tenía a la izquierda y luego, volviendo el rostro hacia el otro lado, vio la escasa luminosidad que brotaba de un grupo de casas todavía más horribles que las anteriores.

Se acercó de nuevo al cadáver, mirándole con fijeza, con ojos de hipnotizado, sin explicarse cómo Forrester y él habían llegado hasta allí y, sobre todo, qué hacían ambos con aquellas extrañas pistolas en la mano.

No podía comprender, ni siquiera imaginar que el cuerpo que tenía a sus pies era el del falso Forrester, el de un miserable vigilante de la fábrica, conocido por su crueldad y su implacable odio hacia los "Omega".

Tampoco podía saber que el verdadero doctor Forrester había muerto al fallecer el "Épsilon" en la casa de Currigan. Y que debido a una ley inmutable, el *mundo positivo* había devuelto al *negativo* una entidad biológica que no le pertenecía.

Por eso, el cuerpo del guardián había regresado allí, mientras que el del verdadero Forrester yacía ahora a los pies del asombrado Alan, el "Omega" número 350037, que contemplaba también el cadáver de un

Currigan que creía su compañero —el 654312—, cuando en realidad era el del verdadero doctor.

Nada podía quedar en un universo que no le perteneciese.

En aquel momento, Alan oyó pasos.

Se volvió, justo a tiempo para ver a un grupo de hombres que se acercaba a él, con gestos amenazadores. Todos ellos empuñaban pistolas tetanizantes.

Habían oído los disparos y salieron corriendo hacia el lugar de donde habían surgido las detonaciones.

Nada más llegar, miraron con horror el cuerpo de su compañero, levantando luego la mirada para clavarla, cargada de odio, en Alan.

—¡Maldito "Omega"! —rugió uno—. ¿Cómo te has atrevido a disparar sobre un "Épsilon"?

Aquellas palabras fueron como una insólita revelación para el joven.

Se dio cuenta, repentinamente, de que se hallaba en el "otro mundo", al que había llegado sin saber cómo. Sonrió, seguro de sí mismo.

—Se equivocan, señores. Yo no soy un "Omega". No tienen más que mirar en mi cabeza... ¡no encontrarán cicatriz alguna!

Un sordo rugido fue la respuesta.

—¡Muere, perro! —aullaron los guardianes levantando sus manos armadas.

—¡No! —suplicó Alan—. Les he dicho la ver...

No pudo terminar la frase. Ladraron las armas de los "Épsilon", de cuyos cañones brotaron cortas llamas verdosas.

No tiraban con el propósito de paralizar al "Omega", sino que habían concentrado la acción tetanizante de sus armas para provocar la muerte en el cuerpo del que creían asesino del guardián que yacía en el suelo. A Alan le pareció que el cuerpo le estallaba.

Una sensación indescriptible se apoderó de él.. Y pensó que la tierra se había abierto a sus pies y que se hundía, se hundía, interminablemente, en un abismo que no tenía fin.

Cuando se desplomó, los guardianes le contemplaron durante largo rato. Parecían indecisos, hasta que uno de ellos rompió el silencio.

—¿Qué estamos esperando?

Los otros le miraron.

Comprendían perfectamente lo que deseaba su compañero, lo que querían comprobar todos ellos. Pero hacía falta que alguien hiciera el primer gesto.

El que había hablado antes dejó escapar una risita sardónica.

—No habréis creído las paparruchas que ha contado ese imbécil, ¿verdad?

—No, pero... —musitó uno de ellos.

—¿Pero qué?

—Es extraño que ese "Omega" haya conseguido apoderarse de una pistola tetanizante y, lo que es más, atreverse a atacar a uno de los nuestros.

—¡Nunca había sucedido! —intervino un tercero.

El que llevaba la voz cantante se encogió de hombros.

—¡Tenía que suceder! De un tiempo aquí, ¿cuántas veces hemos

tenido que emplear las "descargas" en la fábrica?

—Bastantes.

—Eso os demuestra que estos perros se están acostumbrando a ladrar cada vez más fuerte.

Esperó unos instantes, mirando a sus compañeros de hito en hito.

—Ya veo que seguís dudando —dijo después—. Pero os voy a demostrar que estáis equivocados. ¿Habéis visto alguna vez a alguien que no lleve la cicatriz en la cabeza?

Todos denegaron con un gesto unánime.

—Entonces, ¿por qué teméis mirar el cráneo de este tipo?

Se adelantó, inclinándose junto a Alan. Palpó la cabeza y volvió el rostro hacia los demás.

Había en sus pupilas un brillo de triunfo.

—¡Venid, aquí, idiotas! ¡Acercaos!

Fueron aproximándose uno a uno, palpando el cráneo del muerto, comprobando la existencia de la cicatriz que demostraba, de manera palpable, que aquel hombre era el "Omega" 350037.

Los hombres de ciencia le volvieron la espalda.

Todavía bajo la emoción que había experimentado al ver aquellos rostros que todos los libros de ciencia reproducían, Lionel retrocedió lentamente hacia la puerta, en el muro de cristal.

Estaba profundamente orgulloso de su especie. Porque había oído, de los labios de uno de aquellos genios, que estaban dispuestos a sacrificarse para terminar con los invasores del mundo negativo. Cerró la puerta con cuidado.

Pero no se movió de allí durante unos minutos. A través del muro de cristal, contempló a los famosos hombres de ciencia, trabajando junto a una mesa de dibujo.

Plank había hablado de "rayos cósmicos". Algo sencillamente fabuloso.

Y Walter, mientras se alejaba por el iluminado pasillo, pensó, con amargura, que si los hombres de su mundo hubieran sido capaces de reunir un plantel de cerebros como aquél, se hubiesen conseguido cosas sencillamente formidables. Salió del edificio.

Sin darse cuenta, movido por un deseo más fuerte que el temor que sentía, volvió la cabeza hacia la ciudad iluminada, más allá de la base aérea.

¿Quiénes eran aquellas criaturas misteriosas?

Habían sido capaces de destruir la mayor parte del mundo negativo, se apoderaron del resto, construyeron las fábricas y las ciudades-colmena. Pero había aún más.

Fueron capaces de "repetir" la existencia de hombres que, al igual que en el mundo positivo, habían muerto en su mayor parte.

Su curiosidad de periodista parecía incitarle a que no abandonase aquella fabulosa ciudad sin intentar ver a los misteriosos atacantes de la Tierra negativa. Echó a andar.

Su mayor preocupación estribaba en su miedo a los "Hombres Fríos", a los robots que pudieran muy bien ser los centinelas permanentes de

la ciudad de los "Gamma".

Pero pronto se tranquilizó. Cuando los vio amontonados, en el suelo, comprendió en seguida que sus "Amos" los desconectaban durante la noche. Sonrió.

La suerte parecía favorecerle. Si se daba prisa, quizá podría echar una ojeada a alguna de las construcciones a las que se estaba acercando, para regresar después a bordo del aparato volador, que, sin duda alguna, regresaría luego a la ciudad-colmena.

A medida que se aproximaba a las casas, descubrió que eran semiesféricas y que tenían una cierta semejanza, aunque no de tamaño, con los clásicos "igloos" de los esquimales.

No existían calles, propiamente dichas, entre aquellos curiosos edificios. Incluso el terreno que las rodeaba estaba inculto y sin pavimentar.

Una luminosidad rosada, la misma que había aparecido en la sala de hibernación, brotaba de las semiesferas, que, como pudo comprobar poco después, estaban construidas en una sustancia transparente. Quizás una nueva fórmula de plástico, pensó.

Se acercó a una de ellas. Agachado, para no ser descubierto desde el ulterior, llegó hasta tocar con las manos la fina y fría superficie de la materia transparente. Se inclinó aún más, terminando por tenderse en el suelo.

Lo primero que vio fue el suelo del interior de la casa. Parecía hecho de espuma. Luego levantó un poco la cabeza para echar una ojeada general al extraño habitáculo.

Entonces le vio. Tuvo que cerrar los labios, apretándolos con fuerza, para no lanzar un grito de horror. ¡Nunca había imaginado nada semejante!

La cabeza era humana, pero no como la de cualquier ser que Lionel conociese.

Tenía la cara muy pequeña, apenas la décima parte del cráneo. Éste era enorme, gigantesco, descomunal. La frente era amplísima y poseía dos elevaciones, dos montículos por encima de los arcos superciliares.

Bajo éstos, los ojos eran de pequeño tamaño, de color azul, entre unos párpados sin pestañas. La boca era también pequeña, como la de un niño, con delgados y finos labios exangües. En cuanto al cuerpo...

Era tan pequeño, tan delgado y frágil en comparación con el monstruoso cráneo, que desaparecía casi bajo él. Y lo más horrible era que estaba encerrado en una especie de aros, que se prolongaban hacia arriba en una serie de soportes en los que se apoyaba la descomunal cabeza.

De no haber sido por aquel curioso aparato ortopédico, el cráneo gigantesco hubiera aplastado el cuerpo con una facilidad escalofriante.

Walter comprendió entonces que se hallaba ante una criatura en la que sólo el cerebro se había desarrollado, en detrimento de un cuerpo que no era, a fin de cuentas, más que un apéndice inservible... que terminaría por desprenderse y secarse...

Como la cola de los renacuajos, cuando se convierten en ranas adultas. Aquellos seres estaban llevando a cabo una terrible

metamorfosis, convirtiéndose en meros cerebros.

No era extraño que poseyeran poderes que hasta habían sorprendido a los sabios de la sala de hibernación. Pero, no obstante y a pesar de todo, Lionel no pudo evitar una sensación de lástima hacia aquellas criaturas.

Era el precio que pagaban por un desarrollo a ultranza de la mente. Y Walter se estremeció al pensar que la Humanidad, de no poner coto al culto desmesurado que se hacía a la inteligencia, podría abocar a algo tan monstruoso como lo que tenía ante los ojos. Retrocedió.

Sí, era mejor que los sabios destruyesen aquel mundo, evitando que los invasores pudieran encontrar el medio de escapar a la trampa dimensional en la que habían caído.

En libertad, aquellas criaturas eran capaces de apoderarse del universo entero. Y eso sería fatal. Porque en el interior de aquellos monstruosos cerebros no había piedad alguna para las criaturas que ellos consideraban tan inferiores como una hormiga pareciera a un hombre.

Cerebros repletos de procedimientos geniales... pero donde no había lugar para la comprensión, el amor...

Pasó de nuevo junto a los robots amontonados. Luego, apretando el paso, se dirigió hacia el aparato volador que le había traído aquí. Se escondió en su interior. Ya no tenía que hacer nada en la ciudad misteriosa de los "Gamma". Ni en el mundo negativo.

Su objetivo era el de llegar a la ciudad-colmena, buscar al doctor Currigan y regresar, cuanto antes, a su propio mundo.

Antes de que los sabios pusieran en marcha los destructores acumuladores de rayos cósmicos.

Sonia abrió la puerta de la casa del doctor Currigan, cerrando después tras ella.

Le extrañó el silencio que reinaba allí.

Fue al laboratorio, comprobó que no había nadie y luego pensó que el falso Currigan, Alan y el doctor Forrester debían haber salido a dar una vuelta.

Se disponía a preparar el mensaje que iba a enviar a Lionel cuando, movida por una extraña premonición, que confundió de momento con una simple curiosidad, subió escaleras arriba.

Cuando abrió la puerta de la estancia que había designado al falso Abel, retrocedió, llevándose las manos a la boca, intentando ahogar el grito de terror que se estaba formando en su garganta.

Bajó los escalones de cuatro en cuatro.

Precipitándose hacia el teléfono, marcó el número de su propia casa.

La voz del profesor sonó casi en seguida en su oído.

—¿Quién llama?

—¡Soy yo, papá! ¡Ven en seguida!

—¿Ocurre algo, Sonia?

Ella lanzó un sollozo.

—¡Es horrible, papá! Te lo ruego... ¡Ven!

—Espérame ahí, querida. Llegaré ahora mismo.

En efecto, quince minutos más tarde, Mars detenía su coche junto a la casa de Currigan.

Al oír el vehículo, Sonia abrió la puerta y bajó las escaleras del porche, echándose a los brazos de su padre.

—¡Papá!

—Cálmate, por favor. Vamos adentro.

Una vez hubo cerrado la puerta, colocó las manos en los hombros de la atribulada muchacha.

—Ahora, explícame...

Ella hizo un gesto con la cabeza, hacia la escalera.

—Arriba, papá... están muertos...

Mars subió la escalera, penetrando en la estancia.

Había tres cadáveres. El de Currigan, el de Alan y el del doctor Forrester.

Para salir de dudas, Mars se inclinó, recorriendo el cráneo de los tres, con mano experta. *Ninguno de ellos tenía cicatriz en la parte posterior de la cabeza.*

Mars no podía explicarse lo ocurrido.

Bajó de nuevo a la planta baja, yendo hacia el laboratorio de Currigan, donde se había refugiado Sonia.

Ella le miró con fijeza.

—Están muertos, ¿verdad?

—Sí.

—¿También el falso Currigan?

—No es el falso. Es el doctor...

—¡Pero no es posible!

—Lo es. Ya te dije que nadie puede morir fuera de la dimensión exacta de su universo. El falso Currigan, no sé cómo murió, murió aquí. Inmediatamente se hizo un "cambio" entre los dos mundos. Y puesto que aquí había un muerto, el médico debía morir para que la trasmutación espacial fuera posible.

XIV

En cuanto el aparato volador le dejó en la base aérea. Lionel se dirigió rápidamente hacia la ciudad-colmena.

Fue directamente a la casa del verdadero Lionel, no encontrando a nadie en ella, ya que tanto el hombre como Jennifer debían estar trabajando. Tuvo que esperar hasta el atardecer.

Pero cuando vio llegar a Walter, comprendió, nada más mirarle, que algo terrible debía haber sucedido.

El "Omega" le estrechó la mano, sentándose después a su lado.

—Currigan ha muerto —anunció con voz Sonia.

Lionel se estremeció.

—Cayó fulminado junto a la máquina donde trabajaba. Los vigilantes fueron a recoger su cuerpo.

—Pero se darían cuenta de que no era un verdadero "Omega".

El otro movió la cabeza de un lado para otro.

—Lo era. Examinaron su cráneo y encontraron la cicatriz en la parte

de la nuca.

Lionel se estremeció de nuevo.

Había olvidado lo que le comunicara el propio Currigan, cuando le habló de la imposibilidad de que una criatura muriese fuera del espacio-tiempo de su propio universo.

¿Qué habría ocurrido al verdadero doctor Currigan?

—Hay todavía algo más —dijo el otro.

—Te escucho.

—Alan atacó a un "Épsilon", matándolo con una pistola tetanizante que había robado en el almacén. Le mataron los vigilantes.

Pero Lionel no escuchaba ya a su interlocutor. Estaba deseando ponerse en comunicación con su propio mundo. Y así se lo dijo al otro.

—¿Querrás venir conmigo a la casa de la ciudad destruida?

—Sí, vamos.

Cuando llegaron a la casa en ruinas, la noche se había cerrado por completo.

Lionel examinó los relojes que guardaba allí, comprobando que estaba acercándose la hora de la comunicación.

Se hizo ayudar por su compañero, disponiendo los cables para que se produjera la descarga en el mismo instante en que Sonia lo hiciera en el mundo positivo.

Quince minutos más tarde, mientras ellos esperaban fuera de la casa, se produjo el fogonazo de costumbre. Entraron.

Había una caja metálica, de más reducido tamaño que la grande que habían enviado la vez anterior. Lionel la abrió, lanzando una exclamación de sorpresa:

—¡Un transmisor de radio!

Así era, en efecto.

El joven leyó la nota que iba junto al aparato, esbozando una sonrisa.

—El profesor Mars ha conseguido un transmisor que va a permitir que conversemos directamente con él. Me alegro que así sea, ya que tengo que comunicarle muchas cosas.

El otro Walter frunció el ceño.

—¿Es cierto que has ido a la ciudad de los "Gamma"?

—Sí.

—¿Y qué has visto?

—Ahora te enterarás, cuando hable con el profesor.

Manipuló el aparato, hasta que por el diminuto altavoz se oyó una voz lejana, aunque muy clara, que Walter reconoció en seguida.

—Soy yo, profesor.

—Me alegro de oírle, Walter. ¿Cómo va eso?

—He estado en la ciudad de los "Gamma". Escúcheme con atención.

Y relató, con todo lujo de detalles, su fantástico viaje.

Habló de la sala de hibernación, de los famosos hombres de ciencia que había encontrado allí, de lo que le habían dicho, de los proyectos de aquellos sabios para evitar, fuera como fuera, que las extrañas criaturas del espacio pudieran escapar a la trampa dimensional en la que habían caído. Luego habló de las criaturas.

Tuvo que repetir la descripción para saciar la curiosidad del profesor

Mars.

—Entonces —dijo éste cuando Lionel terminó su relato—, ¿quieren destruir el mundo negativo?

—Sí, profesor. Es la única manera de evitar que los "Gamma" les obliguen a encontrar la fórmula de pasar al mundo positivo.

—Entiendo.

—Quisiera preguntarle una cosa, señor.

—Diga.

—¿Está ahí el doctor Currigan?

Hubo un silencio antes de que se oyera de nuevo la voz de Mars.

—Currigan ha muerto, así como Semper y Forrester.

—¡Dios mío!

—No nos explicamos lo sucedido. Pero, pensándolo un poco, he llegado a la conclusión de que, por algún motivo, los homónimos de Semper y Forrester llegaron a nuestro mundo.

—¡Y se mataron entre ellos!

—Eso es lo que temo.

—Así se explica todo. Debe haber una ley, profesor, que prohíbe que una criatura pueda morir fuera de su propia dimensión.

—Es cierto. También he descubierto otra ley, amigo Walter: Para pasar de un mundo a otro, del positivo al negativo, o viceversa, hay que servirse del ejemplar repetido de uno mismo.

Walter se puso pálido.

—Le comprendo, profesor. Y como él otro Lionel está aquí, a mi lado, eso quiere decir que estoy irremisiblemente condenado a permanecer en este mundo.

—Sólo hasta que sea destruido.

—Entiendo. Cuando los sabios de la sala de hibernación produzcan la descarga de rayos cósmicos, el Lionel del mundo negativo morirá, así como todos sus habitantes. Y entonces yo me encontraré ahí, pero muerto.

—Así lo temo, Walter. Yo estoy trabajando en la invención de un aparato que nos permitiera pasar de uno a otro lado de esa barrera que nos separa. Pero transcurrirán meses antes de que consiga lo que me propongo.

—Demasiado tarde.

Hubo un silencio.

Y entonces, una mano apretó con fuerza el brazo de Lionel, haciendo que volviese la cabeza para encontrarse con la límpida mirada del "Omega".

—Tú no morirás, amigo —dijo el Lionel negativo—. Has hecho demasiadas cosas por nosotros. Conozco tus hermosos proyectos y, si hubiera sido posible, habrías peleado por nuestra libertad.

Walter sonrió tristemente.

—Eso no tiene importancia...

—No lo creas. No voy a permitir que te quedes aquí, en un mundo que no es el tuyo, en un universo en el que no hay esperanza para nadie.

—Te lo agradezco, pero no podemos hacer nada.

El otro denegó con la cabeza.

—Podemos intentar algo.

—¿El qué?

—Enviarte a tu mundo.

—¿Te has vuelto loco? ¡Eso es imposible!

—Podemos intentarlo. No olvides que yo volví a mi mundo de una manera especial, sin que tú regresaras al tuyo. Cuando me encontré rodeado por las llamas, en tu casa, escapé de aquella dimensión, pero sin que hubiera intercambio, saltándose así una ley que parecía hasta entonces inmutable.

—Eso es cierto.

—Ya sé que no podemos intentar el procedimiento del choque eléctrico en el cerebro, como hiciste para que el doctor Currigan llegase aquí, a cambio del otro Abel.

—Cuando te decía que no hay manera de hacerlo...

—Te equivocas. Vas a meterme en esa caja metálica grande y provocar la descarga eléctrica, como si fuera uno de los aparatos que han venido desde tu mundo.

—¡Eso puede significar la muerte!

El otro sonrió.

—No me da miedo, amigo mío. He oído lo que has contado a ese profesor Mars y sé que nuestro mundo va a desaparecer dentro de poco.

—Es cierto.

—Lo creerás o no, pero ese final es como una liberación que todos los "Omega" estábamos esperando ansiosamente desde hacía mucho tiempo Por lo menos, ahora tendremos la completa seguridad de que nuestros hijos no serán esclavos.

—Yo hubiera querido hacer algo más positivo por vosotros.

—Y te lo agradezco. Anda, prepara la caja.

Lionel obedeció, ayudando al otro a penetrar en el receptáculo metálico.

Luego se acercó a la emisora, comunicando el proyecto al profesor Mars.

—No vamos a conseguir nada, Lionel —repuso el hombre de ciencia— . Las leyes, entre los dos mundos, son inmutables.

—Yo no lo creo, profesor. Si así fuera, cuando Lionel escapó de nuestro universo y del incendio de mi casa, yo hubiera tenido que encontrarme en aquel lugar. Pero falló una cláusula de esa famosa ley. Faltó aquel principio que hizo que Lionel y yo pasáramos de un mundo a otro, cuando yo fui atropellado por el coche y él recibió la descarga de los vigilantes. Ambos estábamos en peligro, en aquella ocasión. Pero no sucedió así cuando él escapó del incendio.

—Es cierto. Además, de todas formas, vale la pena intentarlo.

—Prepárese entonces.

—De acuerdo.

Lionel dispuso los cables, colocándolos a cierta distancia de la caja metálica en la que había encerrado al "Omega".

Abandonó la estancia, con el conmutador en la mano y un reloj en la otra.

Había precisado exactamente, con el profesor Mars, el momento en que debía producirse la descarga en ambos mundos.

La aguja del segundero avanzaba velozmente hacia la cifra sesenta.

Lionel apretó el botón. El fogonazo le cegó. Permaneció unos instantes como atontado, regresando luego a la estancia, mientras experimentaba un extraño temblor de piernas.

¡La caja había desaparecido!

Se precipitó hacia la emisora, llamando al profesor Mars con voz trémula y llena de emoción.

—Sí, amigo mío —le dijo Mars—. La experiencia ha dado resultado. Lionel está aquí.

—¡Gracias a Dios!

—Ahora escuche bien, Walter. Túmbese en la mesa y colóquese los electrodos en las sienes. Mójelos con un poco de agua y coja con la mano derecha el conmutador del electroschock. ¿Entendido?

—Sí.

—Mantenga el reloj ante su vista. A la hora exacta que voy a señalarle, apriete el botón del conmutador.

—Así lo haré.

Se tendió en la mesa, después de humedecer con agua los electrodos, que colocó, con su casco correspondiente, sobre su propia cabeza.

La mano derecha sujetaba el conmutador y la izquierda, con el codo apoyado en la mesa, permitía a Lionel contemplar la esfera luminosa del reloj.

Todo dependía de lo que iba a ocurrir dentro de poquísimos segundos.

Si la experiencia fallaba, podría morir o, lo que sería mil veces peor, quedar en aquel mundo que no era el suyo, lejos de su esposa, de su hijo, de sus amigos...

La aguja marcó la hora exacta. Lionel apretó el botón.

Un relámpago pareció atravesar su cabeza de parte a parte. Sintió como si girase en el centro de un vertiginoso vórtice. Luego se hundió profundamente en un abismo sin fondo.

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue la sonrisa del profesor Mars y el encantador rostro de su hija Sonia.

—¡Cuidado, Lionel!

Reconoció la voz, al tiempo que saltaba a un lado, como movido por un poderoso resorte. Era la voz de Alan Semper, su viejo compañero de trabajo en el periódico.

El chirriante ruido de los frenos pareció envolverle por completo.

Una brisa fortísima, como un huracán que se hubiese despertado súbitamente a su lado, le barrió el cuerpo, al tiempo que una masa grisácea pasaba rozándole, helándole la sangre en las venas.

Medio mareado, con el corazón brincándole alocadamente en el pecho, vio a Semper que corría hacia él, cruzando la calle, sujetándole después con sus fuertes brazos.

—¡De buena te has escapado, Walter! Un poco más y ese coche te hubiera aplastado. ¿En qué ibas pensando?

Lionel sonrió. Luego, volviéndose, señaló el alto edificio de la clínica que se levantaba al otro lado de la calle.

—Jennifer acaba de tener un niño —explicó.

—Pues Jennifer ha estado a punto de quedarse viuda, y el niño huérfano de padre. Vamos, Walter. Vayamos al bar. Creo que necesitas un buen trago.

FIN